

M. Basilea Schlink

# Así Seremos Diferentes

“Medicina espiritual” para tratar uno por uno  
los rasgos pecaminosos de nuestro carácter

# ASÍ SEREMOS DIFERENTES

“Medicina Espiritual”  
para tratar uno por uno  
los rasgos pecaminosos  
de nuestro carácter.

M. Basilea Schlink

© Verlag Evangelische Marienschwesternschaft e.V.  
Darmstadt, Alemania  
Todos los derechos reservados.  
Título original en alemán: So wird man anders

Primera edición en alemán 1971  
Edición en español 1998  
Versión como PDF en español 2022  
ISBN 978-3-87209-916-7

Todos los derechos están protegidos por las leyes internacionales del Derecho del Autor. Los contenidos y/o portada no pueden ser reproducidos total ni parcialmente por sistemas, impresión, audiovisuales, grabaciones o cualquier medio, sin permiso del dueño del copyright.

[info-es@kanaan.org](mailto:info-es@kanaan.org)

[www.kanaanhispano.net](http://www.kanaanhispano.net)

# CONTENIDO

## Primera Parte **LA PAGA DEL PECADO Y LA BATALLA DE LA FE**

1. Una conversación y sus consecuencias.....7
2. Mi descubrimiento más importante  
después de mis estudios universitarios.....10
3. ¿Es el pecado un concepto pasado de moda  
o nuestro peor enemigo?.....28
4. Al fin y al cabo  
¿no somos una nueva creación?.....37
5. Reglas para la batalla de la fe  
contra el pecado.....46

## Segunda parte **PECADOS INDIVIDUALES**

1. Amargura: la falta de espíritu  
de reconciliación.....49
2. Amor al mundo: el apego excesivo  
a las personas y a las cosas de esta tierra.....54

3. Amor al poder: el deseo de dominio.....	60
4. Autocompasión.....	64
5. Avaricia: el deseo desmedido.....	68
6. Calumnia: la murmuración.....	74
7. Celos.....	80
8. Cobardía.....	83
9. Codicia: la lujuria.....	88
10. Agradar a los demás.....	96
11. Crítica: el juzgar a los demás.....	101
12. Curiosidad.....	107
13. Deseo de imponer la voluntad propia.....	112
14. Deseo de recibir atención y reconocimiento.....	117
15. Desconfianza.....	121
16. Desobediencia.....	127
17. Distracción: falta de concentración, pensamientos fantasiosos.....	133
18. Egoísmo.....	138
19. Envidia.....	143
20. Falta de amor.....	147
21. Falta de compasión: dureza de corazón.....	152
22. Falta de respeto: la negación de la autoridad.....	158

23. Falta de confiabilidad: la irresponsabilidad.....	163
24. El enojo: la irritabilidad.....	167
25. Hipocresía.....	172
26. Impaciencia.....	179
27. Incredulidad: El desánimo.....	185
28. Indiferencia: la tibieza, la apatía.....	191
29. Ingratitud.....	196
30. Ira y enojo.....	200
31. Justicia propia: la autojustificación.....	204
32. Locuacidad.....	212
33. Mentira: la inclinación a esconder algo.....	216
34. Mezquindad.....	221
35. Orgullo: la altivez.....	225
36. Evitar la cruz: la falta de disposición para sufrir.....	232
37. Reprimir u ocultar las faltas.....	239
38. Preocupación: ansiedad.....	244
39. Presunción: la vanidad.....	251
40. Pleitos: peleas, discordia.....	255
41. Rebeldía.....	261
42. Ridiculizar: la burla.....	265
43. Susceptibilidad: facilidad para ofenderse.....	269
44. Trabajo excesivo: el hiperactivismo.....	274
45. Comodidad y flojera: la pereza.....	279

# Primera Parte

## LA PAGA DEL PECADO Y LA BATALLA DE LA FE

## UNA CONVERSACIÓN Y SUS CONSECUENCIAS

Este libro tiene su pequeña historia. Hace muchos años, en época de Navidad, estaba sentada con mis hijas espirituales compartiendo nuestras experiencias. Una de las hermanas hizo una petición, las demás se unieron a ella: "Madre Basilea, ¿podría usted decirnos qué podemos hacer para ser liberadas de aquellos pecados que parecen estar adheridos a nosotras?"

La respuesta se transformó en una larga conversación, pues cada una acabó mencionando sus pecados y manifestando su anhelo de saber cómo podían experimentar la redención de Jesús. Ninguna se sintió avergonzada porque el Espíritu de verdad de Dios estaba entre nosotras. Cada una sabía que estaba "enferma" y que necesitaba ser sanada por Jesús. De modo que deseaban ardientemente que se les hiciera un diagnóstico acertado y un tratamiento adecuado.

Finalmente, la conversación terminó con una petición: "¡Por favor, escriba algo en cuanto a la batalla de la fe contra el pecado que pueda ayudarnos de un modo práctico!" Entonces, escribí unas pocas páginas respecto a algunos de los pecados para las hermanas que lo necesitaban y ellas pusieron a

prueba la receta. Después de un tiempo, mis hijas me dijeron que les había ayudado tanto que deberían ponerse a disposición de todos los que estuvieran buscando encontrar una salida de la angustia que causa el pecado. De este modo, las páginas fueron complementadas y posteriormente se publicaron en forma de libro. Esto lo hicimos con una alegría triunfante en nuestros corazones: "Así que, si el Hijo los hace libres, ustedes serán verdaderamente libres" (Juan. 8:36).

Publicamos este libro en forma revisada y ampliada. Los métodos aquí descritos han sido probados y resultaron ser eficientes, no sólo por mí y por mis hijas espirituales, sino también por muchos que han llegado a Canaán, o que han leído este libro en otras partes. Nuestras hermanas cuentan que en los retiros, la reunión en la cual se distribuyen la "medicina espiritual" es una de las más alegres. También se experimenta "gozo en el cielo" en las tardes cuando la gente se reúne alrededor de la "farmacia espiritual", para recibir consejo y ayuda con respecto a sus pecados por medio de alguno de los capítulos de este libro. Es maravilloso ver a los esposos ayudándose a escoger su medicina y a padres que la escogen para sus hijos o viceversa.

Cuando la directora de una comunidad en el extranjero descubrió este libro y escuchó los testimonios de nuestras hermanas que viven según estos preceptos, sintió una inmensa alegría al recibir la "farmacia" para sus hijas espirituales y pensó que

esto produciría una gran renovación ¿Y por qué no habría de producirse esta renovación?

Hemos descubierto que cuando realmente peleamos la batalla de la fe, confiando diariamente en Jesús, efectivamente se produce una liberación y una transformación. ¡A Dios sean dadas las gracias y la adoración!

Permítanme dar una pequeña indicación acerca de algo que he aprendido por experiencia: Este libro no es para leerlo de una sola vez; los capítulos que tratan pecados específicos están pensados como una ayuda para los momentos en que estamos pasando por situaciones que nos hacen más conscientes de aquellos rasgos de nuestro carácter que son pecaminosos.



De modo que este libro nos ayudará a sacar ventaja de tales situaciones, así como también nos indicará cómo orar y pelear una auténtica batalla de la fe con respecto a ellos.

*Haz doble clic sobre la imagen*

## MI DESCUBRIMIENTO MÁS IMPORTANTE DESPUÉS DE MIS ESTUDIOS UNIVERSITARIOS

Todos somos iguales. Vivimos con nuestras familias o pasamos el tiempo con otras personas en el trabajo o en la escuela y observamos cuidadosamente su comportamiento. Vemos que algunos son irritables y sensibles; otros se enojan fácilmente; unos se sienten heridos con facilidad; otros son deshonestos; y aún otros se dejan llevar por sus impulsos. Hallamos difícil tolerar las debilidades de los demás. Nos irritamos cada vez que vemos que las personas actúan de esta manera. Usualmente no decimos nada porque lo entenderían mal, pero si hubiera algún modo, haríamos cuanto estuviera a nuestro alcance para cambiar esas características negativas de sus personalidades.

Sin embargo, ocurre algo muy extraño: Si nosotros mismos tenemos la tendencia de irritarnos a menudo, de enojarnos, de sentirnos amargados, de ponernos celosos, de no ser sinceros, de ser impulsivos, generalmente no nos sentimos culpables ni avergonzados por esto. Tal vez sólo por el hecho de que creemos en Cristo estamos convencidos de que tenemos la seguridad de la salvación, de que estamos en el "barco" que nos llevará a la gloria celestial, sin embargo, no nos damos cuenta de cómo Satanás se

ría despectivamente de nosotros y con mucha razón. Sin que lo sepamos, Él se ha apoderado de nuestro barco, por cuanto nosotros persistimos en el pecado.

## LA HORA DE DESPERTAR

Pero, un día desperté espiritualmente. Antes estaba acostumbrada a enojarme cuando algo no salía como quería o cuando alguien me decía algo que me irritaba. No pensaba que hubiera hecho algo malo. Estas reacciones comenzaban a formar parte de mi personalidad. Me había convertido a Cristo y eso era lo importante, pensé. Hasta que un día, pocas décadas atrás, mis ojos interiores se abrieron.

Aún puedo recordar dónde estaba sentada cuando comencé a llorar amargamente después de haber tenido, una vez más, una reacción de irritación contra alguien.

¿Qué fue lo que me hizo llorar? De repente me encontré frente al hecho de que Jesús pagó el precio de mi redención. Jesús derramó su sangre por mí a fin de que fuese transformada a Su imagen. ¿Dónde estaban las similitudes entre Jesús, el Cordero de Dios, y yo? Él era manso —y prometió el Reino de los Cielos a los mansos. ¿Pero era yo mansa? Mi relación con Jesús había llegado a ser como la relación con una persona muerta. Era como si Jesús hubiera llegado a ser simplemente una fórmula matemática para mí. Ciertamente creía que Él había pagado el precio de la redención por mí, que Él me

había comprado para hacerme libre y que en Él era justificada. Pero con el transcurrir del tiempo esta fe se había convertido en una fórmula vacía.

¿Dónde estaba este maravilloso Jesús viviente en mi vida? Porque Él está vivo hoy y todavía podemos causarle tanto dolor como lo hicieron sus discípulos hace mucho tiempo. No obstante, Él es todavía el Señor y no debemos entristecerlo porque entregó su vida por amor a nosotros.

Fue entonces cuando pude comprender cuánto lo entristecemos y lo avergonzamos con nuestras vidas al no cumplir su último ruego: *"Si se aman los unos a los otros, todo el mundo se dará cuenta de que son discípulos míos"* (Juan 13:35). Esto penetró profundamente en mi corazón. Mi comportamiento hacia mi prójimo no era un ejemplo de amor. Algunas veces era lo opuesto. El amor hace lo bueno para los demás, pero yo estaba haciéndoles la vida difícil. Había considerado la gracia como algo barato y la vivía superficialmente como si no tuviera valor. Sin embargo, la gracia fue comprada para nosotros mediante el pago de un precio alto, la muerte sacrificial de Jesús, de modo que sólo podemos tomar una actitud delante de esta gracia consagrándonos completamente al Señor. Entonces tenemos que odiar lo que Él odió tanto y por lo que pagó tan alto precio para vencerlo: el pecado. Él odió tanto al pecado que murió para ponerle fin.

## ODIO HACIA EL PECADO

Jesús dijo: " *Si alguno viene a mí, y no renuncia... a su propia vida*" – y con esto Él se refiere a nuestro ego, a nuestro Yo pecaminoso – "*no puede ser mi discípulo*" (Lucas 14:26 RVC) ¡Yo me estaba engañando a mí misma! Pensaba que era discípula de Jesús, pero no lo era porque no odiaba el pecado. En ese tiempo, hace más de treinta años, Dios abrió mis ojos y me permitió comprender lo que realmente era el pecado. El pecado debe ser tan odiado que Jesús dice que es mejor sacarnos los ojos que darle lugar o tolerarlo en nosotros. Sería mejor cortarnos las manos que aceptar lo malo y pecaminoso. Ahora bien, comprendí que el pecado se difunde como un cáncer. Pero yo no había considerado como pecaminosas mi rebelión y mis reacciones de enojo cuando era víctima de alguna injusticia. De repente comprendí que me sucedía lo mismo en otros casos, por ejemplo, ya no trataba de hacer lo posible para "santificar el día de reposo del Señor". Y Jesús había dicho: "*Si ustedes me aman, obedecerán mis mandamientos*" (Juan 14:15). Sus mandamientos eran, en primer lugar, los Diez Mandamientos, los cuales Él interpretó con un significado más profundo en el Sermón del Monte, haciendo así que su alcance fuera más amplio. ¿Acaso no había leído lo que expresó el discípulo que le era más cercano a Jesús? "*Pero si alguno me dice: "Yo le conozco", y no obedece sus mandamientos, es un mentiroso y no hay verdad en él*" (1 Juan 2:4).

Por lo tanto, aunque decía que creía en Jesús, en

verdad era una mentirosa por mi forma de actuar y estaba fuera del Reino de Dios. De repente la luz de Dios me tocó en lo profundo cuando leí en Gálatas 5:19-21 donde dice el apóstol Pablo que los creyentes que viven en enemistades, disputas, discordias, celos, etc. “no tendrán parte en el reino de Dios”. Esto significa que tales personas quedarán fuera del Reino de los Cielos por la eternidad. Jesús nos habla claramente de un castigo si no perdonamos y tenemos compasión con los demás como Él tiene con nosotros.

## NO REDIMIDO A PESAR DE LA REDENCIÓN

De esta manera, pude comprender que había algo errado en mi vida espiritual. Ciertamente yo sabía del sacrificio de Jesús como Cordero de Dios, Él nos redimió para que pudiéramos “vivir una vida nueva”, pero esto sólo era un conocimiento meramente intelectual. No nos sirve de nada tener dinero en el banco si no acudimos a reclamarlo. Tampoco nos sirve de nada saber acerca del sacrificio de Jesús y que Él derramó su sangre, si no reclamamos ese beneficio. De modo que la gracia ofrecida seguía siendo para mí un "capital muerto". Comprendí entonces que saber acerca del sacrificio de Jesús no nos hace nuevas criaturas. Sólo la fe viva puesta en acción en la batalla espiritual puede hacer esto. La Sagrada Escritura dice: *"Pelea la buena batalla de la fe"* (1 Timoteo 6:12). Si a mí me corresponde apoderarme de algo, entonces debo

tomar la iniciativa. Si me corresponde pelear, debo hacer el esfuerzo necesario y yo no lo había hecho.

El apóstol Pedro escribió en una carta dirigida a cristianos: *"... porque su enemigo el diablo, como león rugiente, anda buscando a quién devorar"* (1 Pedro 5:8). Yo no había tenido en cuenta la verdad de este hecho. Significa que estoy en peligro, aunque pueda exhibir mis credenciales espirituales: ser bautizada, convertida o llena del Espíritu Santo. Tengo un enemigo que siempre me persigue, para hacerme caer y vencerme. Él quiere hacerme su presa. Si el enemigo no sólo me está amenazando, sino que ya comenzó a pelear, estoy perdida si no tomo las armas y entro en el campo de batalla. De modo que emprender la batalla de fe o no hacerlo no es un asunto que nosotros podamos decidir, pues es una absoluta necesidad. De otro modo, estaríamos irremediablemente perdidos.

No podemos ser pasivos ni quedarnos sin hacer nada, a menos que no nos importe ser presas del enemigo. Ante estos hechos, comprendí que había estado haciendo castillos en las nubes porque no había tomado en serio lo que Jesús y los apóstoles dijeron claramente en la Sagrada Escritura. Así que no era extraño que no hubiera victoria en mi vida. La Sagrada Escritura nos llama con insistencia a pelear contra el pecado para que podamos vencerlo y ganar la corona de victoria. En Apocalipsis, dice Jesús a las iglesias: *"El que salga vencedor, recibirá todo esto como herencia"* (21:7).

## LA RAZÓN DE LA TRISTEZA

Lo que he expuesto explica por qué, en ese tiempo, no sintiera regocijo por la maravilla de la redención y por lo cual otros no podían ver la alegría de Jesús en mí. No era de extrañarse que yo no fuera feliz pues estaba yendo por el sendero equivocado de la gracia barata que no era el camino de Jesucristo y que por ende no podría llevarme a la meta. Si no luchamos, no seremos coronados. ¡Y qué lucha la que el Señor exige de nosotros! Es una lucha que llega hasta el punto de derramar la sangre, como nos dice la Carta a los Hebreos (12:4).

No obstante, yo no había tomado una acción decisiva contra mis pecados en mis oraciones diarias de fe. No había peleado contra mis inclinaciones pecaminosas que tanto avergonzaban a Jesús y que me ataban a esta tierra y a Satanás. No había tomado en serio el mandamiento de Jesús según el cual es mejor sacarnos un ojo que permitir que nos sirva de causa para la caída. En otras palabras, yo debía haber iniciado una incansable lucha contra las causas de los pecados. Debía haber sentido tal odio hacia todo lo que le da lugar al mal en nosotros, que no debía descansar hasta darle muerte. Así, de repente, comprendía por qué no era normal mi actitud pasiva. En el momento en que una persona descubre que tiene cáncer, abandona su trabajo y su familia, se somete a una operación y probablemente invierte mucho dinero en el tratamiento. Aunque el desarrollo del cáncer sólo pudiera resultar en la muerte física, se hace todo lo posible por recuperarse.

## EL PECADO ES UN CÁNCER

¡Qué peligroso tumor canceroso es el pecado! Es algo horrible. Esto lo dice tanto la Biblia como la realidad de la vida. El pecado es agresivo en nuestras vidas. Deja sus marcas en nuestro rostro y conducta, y arruina nuestra personalidad. Nos hace culpables delante de Dios y del hombre. Hace que todos seamos infelices. El pecado nos llevará a un lugar terrible por toda la eternidad, que coincide con su maldad y tenebrosidad, el reino de las tinieblas, del cual Jesús tanto habla. Un lugar de horror y tormento.

Sí, el pecado es un veneno que lleva a la muerte eterna. Esa es la razón por la que Jesús dice a sus discípulos: *"No tengan miedo de los que matan el cuerpo pero no pueden matar el alma; teman más bien al que puede hacer perecer alma y cuerpo en el infierno"* (Mateo 10:28). Este temor no había llegado hasta lo profundo de mi corazón. Aunque conocía esta verdad, no había cambiado radicalmente mi vida.

En realidad, había una actitud contradictoria en mi corazón. Tomaba más en serio una enfermedad física en mí que la enfermedad espiritual de pecado, que realmente podía ser mortal. Contra esta última enfermedad no había realizado un tratamiento para ser libre y sana. Yo no quería que el bisturí me cortara profundamente y pusiera de manifiesto mi

pecado, de tal modo que tuviera que confesarlo tal como dice la Sagrada Escritura: *"Por eso, confiéscense unos a otros sus pecados..."* (Santiago 5:16). Había varias cosas que yo no confesaba porque si lo hacía, me habría costado un precio: heriría mi orgullo. No rompí definitivamente con mi pecado. Por ejemplo, cuando tenía un apego emocional exagerado hacia otra persona, no me proponía evitar estar con ella, sin embargo, si yo estaba físicamente enferma, consideraba un hecho que debía ir al hospital y apartarme de mis seres queridos. Del mismo modo, cuando estaba disgustada con alguien no iba a reconciliarme pues a mi orgullo eso le hubiera costado mucho.

## LA SIMPATÍA CON EL PECADO

Aunque yo conocía bastante la Biblia, no había comprendido todo lo que la Biblia dice respecto a una cosa: el odio hacia el pecado. Esta es la única razón por la cual la redención de Cristo tiene un gran significado. Mientras permitía que el pecado permaneciera en la oscuridad y no saliera a la luz por medio de la confesión, lo toleraba y lo nutría de tal modo que se extendía cada vez más y entonces Satanás, el rey de las tinieblas, tenía derecho sobre mí. Así que en vez de dar un paso firme contra el pecado, tenía palabras de autocompasión para mí y excusas para mi pecado. Sentía lástima de mí misma porque la gente me estaba haciendo la vida difícil. Trataba de justificar mi amargura. No notaba que

esta actitud permitía que mi pecado se fortaleciera y echara raíces profundas. Mi lema debió ser: "¡Muerte a mi pecado! ¡Ponerlo a la luz!" Pero, en vez de esto, traté al pecado suavemente y con cuidado de modo que continué viviendo sumergida en él.

¿Dónde estuve yo espiritualmente en ese tiempo, a pesar de que confesaba que Jesús era mi Redentor? Yo pensaba que pertenecía a Él. Sin embargo, más o menos lo había perdido porque no guardaba sus mandamientos y así no podía heredar el reino de Dios. Estaba muy lejos de Él.

### ¿PODEMOS TENER LA SEGURIDAD DE LA SALVACIÓN?

¿Podemos tener la seguridad de que somos salvos? Sí, pero no con el prerequisite de la gracia barata. Esto se me hizo claro. Todo pecador, sin importar lo malo que haya sido, puede tener la seguridad de su salvación.

Pero el pecador tiene que admitir concretamente la verdad de que es un pecador. Debe tener contrición, es decir, dolor por causa de sus pecados. Si yo estuviera entristecida por mi enfermedad de pecado como lo estaría por un cáncer, no podría tolerar aquello que me causa tanto dolor, sino que haría lo posible para deshacerme del dolor y del pecado que me hace infeliz. Y esto es posible. Jesús derramó su sangre. Su sacrificio en el Calvario es un hecho

histórico y puedo reclamar sus beneficios. Él declaró: "¡Consumado es!", y puedo confiar que Él cumpla esta promesa en mi vida. Él ya obró la victoria. Él me dio todo, yo sólo tengo que aceptarlo. No necesito liberarme a mí mismo del pecado, pues Él hizo la obra para redimirme, pero debo reclamar su victoria para mí.

El hecho de que soy pecadora y seguiré siéndolo toda mi vida no afecta mi seguridad de salvación. Por el contrario, esta seguridad estará libre de volverse una fórmula vacía de fe si comprendo plenamente esta verdad. Así, el conocimiento gozoso del perdón de Jesús y la seguridad de mi salvación se mantendrán frescos en mi corazón.

De este modo, puedo ponerme al pie de la cruz, con el corazón contrito, y pedir gracia. Entonces, tal como le sucedió al ladrón que se arrepintió cuando estaba en la cruz, el paraíso se abrirá para mí. Sin embargo, durante los últimos años, antes de llegar a este punto decisivo en mi vida, había dejado de hacer esto. Ya no lloraba por mi pecado ni tenía un corazón contrito. De modo que ya no dependía de la gracia. Ésta era la razón por la cual no me encontraba llena de gratitud y de alabanza al Señor. Yo había estado viviendo de una gracia barata, que no me traía el fruto de la redención ni la gran alegría de poder reflejar más y más a Jesús.

Comprendí que permanecer en nuestros pecados hereditarios y en nuestra naturaleza no quebrantada,

sin arrepentimiento, esto nos conducirá a terribles consecuencias. Nietzsche, un filósofo alemán, pudo defenderse diciendo: “Es necesario que los cristianos parezcan más redimidos para que yo crea en un Redentor”. Muchas personas han renunciado a Jesús y se han levantado contra Él, siguiendo el ejemplo de este ateo, justificándose por el hecho de que los cristianos tienen apariencia de no ser redimidos. Aquel día se abrieron mis ojos y comprendí cuán equivocada era mi actitud hacia el pecado. Todas las verdades bíblicas no sólo se enfrentaron conmigo, sino que penetraron profundamente en mi corazón y tocaron mi conciencia. Con mucha tristeza, comprendí lo que había hecho al tomar mi culpa de forma tan liviana ante Dios y las personas. Comencé a odiar el pecado, que tanto le costó a Jesús. El pecado es horrible, destruye la vida del individuo y la de la familia y hasta de la comunidad. Sí, incluso nos ata a Satanás.

## LA CONFESIÓN: PUNTO DECISIVO DE LA VIDA

Ese día se convirtió en un momento decisivo y muy bendecido en mi vida. Expuse mi pecado radicalmente y abiertamente a la luz más que nunca. Comprendí que mientras el pecado permaneciera en la oscuridad, oculto a los ojos humanos y también a mis propios ojos, porque yo no quería hacerle frente, continuaría extendiéndose. Decidí sacar el pecado a la luz, porque entendí que ésta desenmascara al enemigo. Poner algo a la luz significa confesarlo

delante de Dios y del hombre. Así que acudí a cierta persona y le dije cuál era mi pecado. Llamé al pecado por su nombre. Se lo volví a presentar a Jesús, en presencia de mi confesor y renuncié a él. Comprendí que sin esta confesión no me sentiría libre; con este pecado oculto, el enemigo continuaría reteniéndome en sus manos.

En ese momento, cuando pude ver el pecado por lo que realmente es, entendí que lo importante no es el pecado en sí, sino más bien mi actitud hacia éste. Si conservo el pecado en mi corazón, por indiferencia o por desánimo, le doy a Satanás la oportunidad y el derecho de utilizar mi conducta pecaminosa para obtener de mí un fruto del infierno. Pero si yo le presento mi pecado a Jesús, si lo confieso delante de las personas, puedo constatar que la sangre de Jesús lo borra. Si reclamo para mí el sacrificio de Jesús vez tras vez por medio de la oración de fe, descubriré que *"...allí donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia"* (NBD. Romanos 5:20).

## EL SIGUIENTE PASO

Sin embargo, la confesión y el tomar una posición contra el pecado no era todo lo que tenía que hacer. Debía acercarme a las personas contra las que había fallado, ya fuera a través de palabras o de obras, y aunque en realidad no podía "reparar las faltas", me sentí impulsada a hacer lo posible para tratar de sanar las heridas que había ocasionado en señal de gratitud a Jesús, por el perdón que me dio y por el dolor que me causaba haber hecho mal a otros.

El acto pecaminoso fue borrado por la Sangre del Cordero. Ya no tenía que sentirme abatida por causa de esto; ya no tenía que estar acusándome por ello, ni revolcarme en esto. Pero, aunque verdaderamente creía que el acto pecaminoso – ya fuera de palabra o de hecho – era borrado por la Sangre del Cordero, también entendía que la raíz del pecado, todavía estaba en mí. Yo podía sentirlo. Entonces entendí que tenía que iniciar batallas de fe, proclamando la Victoria de Jesús sobre mi pecado. Pues la Sangre del Cordero no sólo tiene poder para purificarme de mi pecado, sino también para liberarme de este rasgo pecaminoso que está profundamente arraigado en mi personalidad y en mis inclinaciones.

## LA BATALLA DIARIA DE LA FE

Es un asunto de pelear una batalla intensa y perseverante. Así que comencé a pelear esta batalla de fe diariamente. Presentaba a Jesús mis pecados y les daba el nombre correspondiente. Cada día tomaba por lo menos 15 minutos para invocar el nombre de Jesús y proclamar en oración Su Victoria con versículos bíblicos y textos como el siguiente:

*"En el Nombre de Jesús y  
en Sus heridas hay victoria.  
Jesús aplastó la cabeza de la serpiente  
y también venció su poder sobre mí.  
Él ganó esta victoria. ¡Aleluya! Amén.  
Soy libre de..."*

Cada vez añadía el nombre de uno de mis pecados.  
Cantaba estrofas de victoria:

*Alabo el Nombre de Jesús en todo su poder:  
Deshace todo lazo de pecado en nuestro ser.  
En este Nombre hay poder que trae liberación:  
A los enfermos da salud, al alma da su paz.<sup>1</sup>*

Y alababa Su preciosa Sangre, porque sabía que, entonces, algo sucedería. Digamos, en sentido figurado, que la Sangre del Cordero es la mejor medicina para los males de mi pecado. No puedo dejar de aprovecharla. Cuando alabamos la Sangre de Jesús, Satanás se rinde. Él y sus demonios están detrás de nuestros pecados específicos. Entonces, llegó a ser un gran don de gracia para mí el poder creer en Jesús, el Victorioso, en Su Sacrificio y en Su Palabra: "*¡Consumado es!*", y creer en el poder transformador de Su Sangre. Si reclamamos esa Victoria por fe, dando gloria a Su Sacrificio y a la Sangre que Él derramó por nosotros, seremos transformados.

*Yo confío que renovará  
Tu Sangre santa, oh Jesús,  
por eso yo la alabaré  
porque del mal me libraré.*

Luego realmente experimenté cómo el Señor me liberó de varias ataduras de pecado durante el transcurso de los años, conforme a Su Palabra: "*Así que si el Hijo los hace libres, ustedes serán verda-*

*deramente libres"* (Juan 8:36). Descubrí que éstas no son palabras vacías. Por medio de la batalla de fe podemos realmente ser liberados de nuestras cadenas. Jesús se llama a sí mismo el Redentor. Por esa razón, Él no puede hacer menos que libertarnos de las cadenas del pecado. Su nombre es Sí y Amén, y actuará haciendo honor a Su nombre. Su objetivo es redimirnos.

Este conocimiento me llenó de gran alegría. No hay pecado para el cual no sea efectivo Su poder redentor. Sea que faltemos a la verdad vez tras vez, o que nos dejemos llevar constantemente por nuestros deseos, por la envidia, por discordias, o que nos ofendamos fácilmente, etc. No importa cuál sea nuestra cadena, podemos ser libertados de ella, aunque sigamos siendo débiles y sujetos al pecado, mientras estemos en esta tierra.

Sí, porque el que venció todos los pecados y poderes del enemigo está peleando a favor de nosotros. La victoria final será nuestra sin importar cuánto pueda durar la batalla. Puede haber una serie de batallas perdidas, pero no habrá una guerra perdida, mientras permanezcamos firmes en la fe y no temamos ser humillados, cuando comprendemos cuán presos estamos.

## LA CRISIS DE LA FE

Es cierto que muchas veces, cuando comenzamos a pelear una batalla de fe contra determinados pecados, todo parece estar peor que antes, pero entonces es cuestión de continuar peleando, sabiendo que el enemigo está furioso y haciendo su mayor esfuerzo para mantener su garra sobre nosotros porque sabe que una poderosa victoria, una liberación, se aproxima. El que no huya de esta pelea, sino que pacientemente marche por el largo sendero de las humillaciones, experimentará el poder redentor del Vencedor, Jesucristo. De eso yo misma puedo dar testimonio.

En estas circunstancias, cuando me encontraba en medio de una batalla especialmente difícil, el conocimiento de la Victoria incondicional de Jesús traía gran alegría a mi corazón. Tengo un Señor que Sacrificó Su vida por mí y es Vencedor.

Puedo pelear contra mis pecados proclamando: "¡Jesús es Vencedor!" Tengo un Señor que, como Cordero de Dios, quebrantó triunfantemente el poder de Satanás y del pecado. De esto me puedo apoderar por la fe. Esta es la verdad y hará que todo poder de Satanás y del pecado se rinda.

Aunque este libro trata de nuestras "enfermedades del pecado", lo estoy escribiendo con gran alegría porque no necesitamos seguir con estas dolencias. Cuando nos enfermamos físicamente no sabemos si hemos de mejorar o si existe alguna medicina que

pueda curarnos. Pero qué hecho tan triunfante es éste: saber que podemos recuperarnos de estas serias “enfermedades” que padecemos, cuyas consecuencias llegan hasta la eternidad y nos recuperaremos porque hay una Medicina que nos puede sanar completamente. Es la Sangre del Cordero que fluye libremente de sus Heridas. En ella está la victoria. Ahí están las Palabras de Jesús en la Cruz: “¡Consumado es!”. Ahí está el Sacrificio del Calvario. El que reclame para sí estas verdades mientras pelea la batalla de la fe se sanará espiritualmente. Vencerá sus pecados, si está dispuesto a permitir que el Señor lo corrija: “*a fin de que participemos de su santidad*” (Hebreos 12:10) y poder reflejar Su imagen para la gloria de Él.



## ¿ES EL PECADO UN CONCEPTO PASADO DE MODA O NUESTRO PEOR ENEMIGO?

Antes de tratar/hablar sobre los pecados específicos, permítanme decir algo acerca de la enorme importancia de pelear nuestra batalla de fe contra el pecado.

Estamos viviendo en un tiempo en que al pecado ya no se le considera un problema. Ha perdido importancia, no se le toma en cuenta. Hoy en día se niega la existencia del pecado y de Satanás. El concepto "pecado" ha sido erradicado del vocabulario del hombre moderno, pues la gente dice que el pecado no existe en realidad. Esa es la razón por la cual no tienen que luchar contra él, sino que más bien le dan la oportunidad de florecer. Pero la realidad de nuestros tiempos constituye una prueba de que Satanás en verdad existe, de que el pecado es un poder satánico y que los resultados del pecado son la desdicha y la destrucción. El mundo de los crímenes, el creciente porcentaje de suicidios y de adicción a las drogas nos muestra esta realidad y sus desastrosas consecuencias.

Hoy más que nunca Dios nos permite tener una percepción visual mayor sobre los efectos del pecado. Es difícil encontrar otra cosa que nos llame tanto la atención como el pecado. En nuestra época,

sólo hay una forma de impedir la desgracia, la destrucción, la criminalidad y la decadencia moral, y esto es: odiar al pecado y romper con él. Sobre todo, los cristianos tenemos que tomar más seriamente al pecado como nunca antes, porque éste provoca juicio. Y la Palabra de Dios nos dice que el juicio comienza por la casa de Dios (1 Pedro 4:17), es decir, por nosotros.

Nosotros, los cristianos de hoy, seremos considerados los principales responsables por nuestra actitud hacia el pecado y seremos juzgados según normas más severas porque hemos recibido las directrices claras de la voluntad de Dios y la redención de todos nuestros pecados por medio de nuestro Señor Jesucristo. Siempre que dejemos de llevar nuestros pecados a la Cruz de Jesús, que no los confesemos ni nos apartemos de ellos, éstos comenzarán a obrar en nuestras vidas. Es entonces cuando perdemos la paz y la alegría, pues nuestros pecados nos separan de Dios. Peor aún, el pecado nos trae una terrible cosecha para la eternidad. Tendremos que sufrir por causa de él, ya que ha de ser juzgado severamente en el mundo por venir. El apóstol Pablo nos dice que incluso los cristianos tienen que comparecer *"ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba lo que le corresponda, según lo bueno o lo malo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo"* (2 Corintios 5:10).

Las personas inteligentes son las que examinan sus pecados a la luz de las Escrituras y emprenden una

batalla de fe contra ellos. El que hace esto también debe tomar una posición contra el falso amor fraternal, que muchas veces tolera el pecado. La gente pretende apuntar como causa de todos los males y necesidades sociales (por ejemplo, los barrios pobres, las prisiones, las perversiones sexuales, y la drogadicción...) a las condiciones sociales, políticas, y a la propia estructura de la sociedad. Y trata de hallar una solución por medio del llamado "activismo social". Sin embargo, los hechos demuestran que no son las condiciones sociales las responsables de la difusión del pecado, pues vemos que el crecimiento del crimen, de la decadencia de la personalidad y de la vida de una nación se encuentra más en países socialmente prósperos, como los Estados Unidos, Alemania e Inglaterra. Tal avalancha de drogadicción y criminalidad, que conduce a la miseria y a la ruina, sólo puede ser causada por el pecado. Y el pecado se está esparciendo porque la gente no quiere hacerle frente, no quiere molestarse en castigarlo. En vez de ello, lo dejan reinar con libertad.

Cada vez que hacemos que los pecados de otras personas parezcan inofensivos, por medio de un falso amor fraternal es porque no queremos pelear contra nuestro pecado ni romper definitivamente con él. Eso significa que nos hemos metido en el campo del enemigo porque el pecado y Satanás andan juntos. Jesús, que ama tanto a los pecadores, odia el pecado porque es la ruina del pecador.

Él condenó el pecado tomándolo sobre Sí mismo en nuestro lugar, para mostrarnos mediante su muerte que cualquiera que peca realmente merece morir.

Jesús exige que luchemos categóricamente contra el pecado: *"Así pues, si tu ojo derecho te hace caer en pecado, sácatelo y échalo lejos de ti; es mejor que pierdas una sola parte de tu cuerpo, y no que todo tu cuerpo sea arrojado al infierno"* (Mateo 5:29 DHH). Repetidas veces Él nos dice contundentemente que el pecado ha de ser juzgado por Dios y que el pecado no perdonado, ya sea de un individuo o de una nación ocasionará desgracia en la tierra y que después de la muerte los lanzará al reino de las tinieblas y del horror. Y este reino de condenación, del cual Jesús habla, es una realidad.

El mensaje de Jesús es: *"¡Arrepiéntanse!"*. ¡Apártense de sus caminos de pecado! Jesús toma tan en serio el pecado. Él no sólo dice que los Diez Mandamientos son obligatorios para nosotros, sino que profundiza su significado, agregando incluso las miradas de lujuria y las palabras llenas de ira. Él amenazó con el castigo del infierno si nosotros no nos arrepentimos ni lamentamos el haber cometido esos pecados, pues Dios ya había advertido que no cumplir los Diez Mandamientos traería a las personas destrucción y juicio severo.

En las cartas del Nuevo Testamento se puede ver cuán en serio se tomaban los apóstoles el pecado. Lo llamaban por su nombre. El apóstol Pablo no sólo

pudo cantar himnos de alabanza por el perdón y el amor paciente en 1 Corintios 13, él también exigió solemne y sinceramente que los pecadores fuesen castigados (1 Corintios 5:5). Él le escribió a Timoteo: "A los que siguen pecando, debes reprenderlos delante de todos, para que los demás tengan temor" (1 Timoteo 5:20).

Quien no quiera llegar a ser culpable por estar de acuerdo con el pecado, al tener un concepto equivocado del amor fraternal, debe tomar una posición contra éste. Pues cualquiera que realmente cree en Jesucristo y lo ama, tiene que odiar lo que Jesús odia, y Jesús odia el pecado. No puede permitir que el pecado parezca inofensivo, ni tolerarlo, ni dejar de llamar pecado al crimen, a la dependencia de las drogas y a la depravación moral. Según la Sagrada Escritura el pecado debe ser castigado porque nos hace culpables y es la ruina para nosotros mismos y nuestra nación.

Si los cristianos dejamos de tomarlo en serio, al tener una falsa interpretación del amor fraternal, y en cambio, buscamos la manera de declararlo inofensivo y lo toleramos, y tal vez aun tratamos de glorificarlo, como lo hacen los representantes de la "nueva moralidad", llevaremos también a otros al pecado y haremos que se tambaleen. Entonces nos tocará el severo veredicto de Jesús: *"A cualquiera que haga caer en pecado a uno de estos pequeños que creen en mí, más le valdría que lo hundieran en lo profundo del mar con una gran piedra de molino*

*atada al cuello*" (Mateo 18:6). Sí, esa falsa tolerancia permite que el pecado florezca. Priva al individuo de la oportunidad de experimentar el perdón de Jesús, por medio de la tristeza por el pecado y el arrepentimiento. Le despoja de una genuina sanidad de sus necesidades espirituales por medio de su Salvador.

Por esa razón, nuestro amor al prójimo sólo es genuino si está arraigado en el amor a Dios. La Escritura dice: *"En esto sabemos que amamos a los hijos de Dios – el amor fraternal en el verdadero sentido de la palabra – cuando amamos a Dios"*. Y la prueba de que amamos a Dios está en que *"guardamos sus mandamiento"* (1 Juan 5:2 RVC). Pero cualquiera que obedece sus mandamientos toma una posición contra el pecado porque el pecado es del diablo. *"El que practica el pecado es del diablo"* (1 Juan 3:8). Nuestra tarea es la de pelear contra Satanás y contra el pecado, de modo que el desenfreno y la destrucción no se difundan entre nosotros por causa de nuestra propia falta, pues *"el pecado va en contra de la ley"* (1 Juan 3:4 NTV).

Las siguientes páginas tienen como objetivo ayudarnos a pelear la auténtica batalla de la fe, guiando nuestra atención hacia los pasajes de las Escrituras que muestran como Dios, el Señor, condena las diversas clases de pecados y lo que Él dice acerca de las terribles consecuencias y castigos – aún hasta el punto de la condenación – si persistimos en ellos.

Por el hecho de que Dios es Sí y Amén, y porque todo ha ocurrido siempre tal como Él dijo que ocurriría, esto también llegará a suceder: *"nadie puede burlarse de Dios"* (Gálatas. 6:7). Lo que el hombre siembre a través de su pecado, eso es lo que cosechará. Esto determinará dónde ha de pasar la eternidad. Y es imposible determinar cuántas personas arrastraremos con nosotros, bien sea para la condenación eterna, o en caso de que hayamos peleado la buena batalla de fe, hacia la gloria eterna.

Cuando leemos la Palabra de Dios y somos confrontados por ella, nos vemos tentados a decir como los discípulos del Señor: *Esto que dice es difícil de aceptar ¿quién puede hacerle caso?"* (Juan. 6:60 DHH). Pero luego tenemos que oír lo que Jesús les respondió: *"Jesús, dándose cuenta de lo que estaban murmurando, les preguntó: ¿Esto les ofende?... El espíritu es el que da vida; el cuerpo no aprovecha. Y las cosas que yo les he dicho son espíritu y vida"* (Juan 6:61,63 DHH).

Justamente porque las palabras de Jesús son espíritu y vida, no son duras. Si creemos en ellas, nos harán libres y felices. ¿Hay alguna gracia más maravillosa que la oferta de completa redención por Quien es, por naturaleza *el Redentor*, a pesar de nuestro pasado cargado de culpa, a pesar de estar masivamente encadenados al pecado, a pesar de la dureza de nuestro corazón y a pesar de nuestras inclinaciones arraigadas y hereditarias? ¿No dijo el mismo Jesús: *"Así que, si el Hijo los hace libres, ustedes serán verdaderamente libres"* (Juan. 8:36)?

Dios es Sí y Amén. Si tomamos en serio Sus palabras con respecto al pecado y admitimos el error, experimentaremos el poder de su redención y la realidad de su liberación, lo que nos salvará del castigo eterno.

¿Habrá un precio que se considere muy alto por la redención que Él nos da en esta corta vida? Al fin y al cabo, la aflicción no es sino leve y momentánea (2 Co. 4:17). ¿Y no será seguida por una eternidad donde hemos de ser coronados como vencedores en esta corta batalla de fe? Un sabio dijo una vez que nuestra vida terrenal, en comparación con la eternidad, es como el vuelo de un pájaro a través de una habitación. Entra volando por una ventana y sale por la otra. Su vida real la pasa afuera. Así mismo, nuestro tiempo en la tierra no es sino un momento que pasa en comparación con la eternidad. ¿Y por qué querríamos gastar ese momento tratando de escapar en vez de pelear? Sin embargo, Satanás sugiere que hagamos esto. En el breve curso de esta vida, él permite que permanezcamos en el pecado sin sentirnos perturbados. Él utiliza todos los métodos posibles para calmar nuestras conciencias, tratando de hacer que nos consideremos salvos por medio de una "gracia barata". Pero si esto pasa, nos sorprenderemos cuando se abran nuestros ojos en el otro mundo y veamos cuán lejos estamos de Jesús.

No seamos parte de aquellos que rechazan como "un discurso duro" la preciosa oferta que nos hace Jesús, de redimirnos de todos nuestros pecados, y no

murmuremos contra Sus condiciones. Sabiendo que algunos tenían esta actitud, Jesús dijo: "Pero todavía hay algunos de ustedes que no creen" (Juan 6:64). Jesús extiende su mano hacia nosotros para ofrecernos eterna redención. ¿Quién no estaría dispuesto a aceptar su mano y a pagar cualquier precio por alcanzar la meta suprema que Jesús quiere que alcancemos: "¡las Bodas del Cordero!"?



## AL FIN Y AL CABO ¿NO SOMOS UNA NUEVA CREACIÓN?

*"Por lo tanto, el que está unido a Cristo es una nueva persona. Las cosas viejas pasaron; lo que ahora hay, es nuevo"* (2 Corintios 5:17). ¿Es eso realmente cierto? ¿Es el "nuevo hombre", del cual tanto habla el apóstol Pablo, una realidad o no? Jesús realmente prometió esta renovación a todos. ¿Pero no nos desilusionamos cuando nos miramos a nosotros mismos y vemos lo contrario? ¿Cómo debe entenderse este contraste? La Palabra de Dios nos dice que la "nueva creación" es un hecho, pero la realidad que diariamente experimentamos nos dice algo muy diferente.

La solución a este problema se me reveló a través de una comprensión más profunda de la Biblia. Luego de desilusionarme de mi misma muchas veces y pasar por períodos de desánimo y abatimiento, entendí que la Biblia considera este contraste y nos indica el modo de vencerlo. Cuando la maravilla de las maravillas nos sucedió— nacer de nuevo por el Espíritu Santo (Juan 3:3-5) — cantamos himnos de alabanza, pues en realidad nació una "nueva criatura" por obra del Espíritu Santo, un hombre espiritual, como un niño recién nacido. Y este nuevo hombre, esta maravillosa creación de Dios demuestra que está vivo. Tiene un corazón que se identifica

con Dios, que se alegra por la redención de Jesús, mientras que el hombre natural es indiferente y egocéntrico. El hombre espiritual que está en nosotros tiene nuevos ojos, nuevos oídos, ve y percibe aquello que nunca había notado antes. En su propia vida y en los acontecimientos mundiales reconoce el amor de Dios y Su plan para la salvación. Reconoce el pecado como tal y lo detesta; capta la gracia como gracia y responde a Jesús con amor y entrega. Tiene una boca nueva de la cual fluyen palabras de oración y alabanza.

Sin embargo, el nacimiento del hombre espiritual en nosotros no es el fin. Cuando nacemos de nuevo, el hombre espiritual es como un niño recién nacido. Y sobre todo, el viejo hombre, el hombre natural, aún no ha muerto. Ha sido condenado a muerte; ha sido destronado. Y él siente esto, justamente como Herodes sintió intuitivamente que el Niño era una amenaza para él y que su reino tendría fin. Esa fue la razón por la cual odió al niño Jesús y lo buscó para matarlo. Asimismo, con el nuevo nacimiento, una batalla comienza dentro de nosotros, entre el espíritu y la carne, entre el nuevo y el viejo hombre. *"Porque los malos deseos están en contra del Espíritu, y el Espíritu está en contra de los malos deseos. El uno está en contra de los otros"* (Gálatas 5:17). Tenemos que estar preparados para esta batalla. Las Sagradas Escrituras muestran esto como una realidad en la vida de los cristianos.

De modo que cuando nacemos de nuevo, comienza una amarga batalla y todo depende de quién crece y quién disminuye. ¿De qué lado estamos? ¿A quién preferimos? ¿Cuál de los dos nos disgusta? ¿Quién saldrá victorioso? No podemos servir a dos señores. Tenemos que amar a uno y aborrecer al otro. Pero, ¿cómo puede el hombre nuevo, espiritual, llegar a la madurez, " *a la plena y completa medida de Cristo*" (Efesios 4:13 NTV), y ser victorioso? ¿Y cómo puede morir de hambre el viejo hombre?

Antes de buscar una respuesta a esas preguntas, recordemos un hecho consolador. El Espíritu Santo, el mismo que obró el nacimiento del hombre espiritual en nosotros, es también un poderoso Auxiliador, con el que podemos contar en la batalla contra el hombre natural. El Espíritu obra continuamente en nuestra alma remodelándola. Sin su ayuda, nunca obtendríamos la victoria en la lucha contra el hombre natural y contra los lazos del pecado. La Palabra de Dios nos afirma que "*el Espíritu Santo nos ayuda en nuestra debilidad*" (Romanos 8:26 NTV).

Me gustaría dar un testimonio personal sobre la importancia de tres acciones que ayudan a crecer y triunfar al hombre espiritual que está en nosotros. La primera es hacer todo lo posible para sentenciar a muerte al hombre natural. El apóstol Pablo dice: "*... si mediante el poder del Espíritu hacen morir las acciones de la naturaleza pecaminosa, vivirán*" (Romanos 8:13 NTV). Esto es lo que permite que el hombre espiritual viva y crezca. Esto significa que

se han de tomar medidas contra uno mismo, contra el viejo hombre, *“Y los que son de Cristo Jesús, ya han crucificado la naturaleza del hombre pecador junto con sus pasiones y malos deseos”* (Gálatas 5:24 DHH). Por tanto, tenemos que combatir contra nosotros mismos. Como dicen las Escrituras, tenemos que hacer morir los fuertes deseos del viejo hombre que están en nosotros.

Por ejemplo, el hombre espiritual necesita para su crecimiento una vida de oración. Pero si uno está dominado por una necesidad extremadamente fuerte de dormir o de hablar, y no quiere renunciar a ello, el hombre espiritual no puede crecer. Es entonces cuando no encontramos tiempo para estar con Jesús, para escucharlo y hablarle. Y si la comida desempeña un papel muy grande en nuestra vida, el crecimiento del hombre espiritual también será obstaculizado. Está claro que todo el que gratifica sus deseos carnales hace morir al hombre espiritual. Y el crecimiento del hombre espiritual también se ve obstaculizado, y nuestra vida espiritual moribunda, si permitimos que el hombre natural viva en amargura, sin reconciliación o incluso con odio.

Si con sinceridad deseamos el crecimiento del "nuevo hombre" tenemos que estar decididos a "hacer morir las obras de la carne". Tenemos que dar el golpe mortal a nuestros deseos carnales y a las malas tendencias, renunciando a ellos radicalmente. Esto significa que tenemos que dar media vuelta, por ejemplo, si solemos leer muchas cosas innecesarias

o indecentes que despiertan nuestros deseos carnales y los fortalecen. O si nos sentimos tentados a sentarnos frente al televisor para observar esas cosas, tenemos que negarnos a ello; esto es, deshacernos de cosas que nos roban el tiempo y el interés que deberíamos dedicar a Jesús. Allí está donde debemos comenzar a obedecer las Sagradas Escrituras y a "crucificar" cualquier cosa que favorezca a nuestro "viejo hombre".

Sin embargo, todo el que haya comenzado a tomar estas medidas se habrá dado cuenta de que no puede librarse por sí mismo. Más bien, luego de haber comenzado la batalla, de haberle declarado la guerra al viejo hombre, es cuando probablemente nos damos cuenta más de nuestras caídas y derrotas. Pero, a pesar de estas derrotas, le hemos dado a Dios una señal, mostrando nuestra disposición y que nuestra oración por liberación va en serio. Y entonces, precisamente cuando empezamos a gemir por nuestra incapacidad, como el apóstol Pablo en Romanos 7:24, a sufrir profundamente por nuestras debilidades y las medidas aparentemente inútiles tomadas en contra de nuestro ego, es entonces cuando estamos preparados para la segunda acción que nos ayudará a vencer en esta lucha. Muchas veces la aceptamos como un hecho, sabiendo que es parte de la batalla de fe contra el pecado, sin embargo, la mayoría no entiende cómo practicarlo a profundidad. Consiste en apoderarse del sacrificio redentor de Jesús. Tenemos que comprender profundamente y hacer nuestro por la fe lo que significa para nosotros

su muerte en la cruz. *"Y así como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así también el Hijo del Hombre tiene que ser levantado, para que todo el que cree en él tenga vida eterna"* (Juan 3:14-15 DHH).

Si miramos en fe a Jesús, el Señor crucificado, la vida divina, el Espíritu de Dios, fluirá en nosotros. Eso es lo que dice la Escritura. Jesús está esperando que lo invoquemos y le digamos: "La sangre que derramaste para la redención del mundo, tiene poder para hacer morir el hombre natural en mí, ¡para librarme de las cadenas que me atan!" Sí, podemos invocar al Cordero de Dios y confiar en que Jesús quebrantó el poder del pecado de nuestro hombre natural con todas sus exigencias, deseos, amarguras y su esclavitud a las cosas terrenales, a las personas, etc. Cuando miramos con fe al Señor crucificado, el hombre natural disminuirá y dejará lugar para el hombre espiritual y así éste podrá crecer y llegar a ser maduro hasta lograr la perfección.

Pero esto no significa mirar a Jesús sólo una vez y hacer una única oración, suspirando profundamente: "¡Señor, líbrame!" Cuando el israelita, mordido por una serpiente, apartaba su mirada de la serpiente levantada, su veneno lo mataba. Así, esto es una cuestión de perseverar y mantener la fe durante toda la vida. Esto significa que debemos estar fascinados por Jesús y su victorioso poder, que constantemente tenemos que apartar la mirada de nuestra condición de envenenados y mirar hacia Él, nuestro Redentor, y decirle: "¡Al final de la batalla, Tú serás el

victorioso!" Si la esclavitud contra la cual combatimos es fuerte, la batalla de fe durará años. Pero si luchamos con toda nuestra determinación, llegaremos a experimentar que Jesús dominó nuestra mayor debilidad y nuestras cadenas más fuertes. Tenemos que proclamar la victoria de Jesús día a día. Ya mencioné que esto lo he hecho diariamente durante un determinado período de oración. Proclamé su victoria sobre las cadenas de pecado que me ataban. Cuando hago esto, debo esperar que algo realmente ocurra. Jesús ha sufrido mucho.

Él ha sacrificado demasiado por mí, por cada uno, como para no ver algo del fruto de su redención en nosotros.

Pero aún si tratamos de "hacer morir las obras de la carne" y peleamos la batalla de la fe, confiando en la redención de Jesús, todavía el hombre espiritual no habrá salido victorioso. Las Escrituras hablan claramente de una tercera acción. Si queremos alcanzar la santificación de Dios y permitir que el viejo hombre sea vencido y el nuevo hombre llegue a la madurez, debemos aceptar la disciplina de Dios en nuestras vidas.

Ésta lleva nuestros deseos naturales a la muerte. Por ejemplo, Dios disciplina a una persona que está muy apegada a otras al permitir que se decepcione de ellas. De este modo el Señor trata de liberarla. Cualquiera que acepte esta disciplina, diciendo: "Sí, Padre", recibirá la ayuda de Dios en la lucha contra

sus cadenas. Una persona puede llegar a sufrir una grave enfermedad que la libera de la esclavitud al trabajo o al sensualismo. Si este amor emocional o apasionado es crucificado, habrá lugar en su corazón para que el Espíritu de Dios pueda derramarse, haciendo que el amor a Jesús tome más y más espacio. De esta manera, la alegría en Jesús aumentará.

Descubriremos que esta ley espiritual opera en todo tiempo, si amamos al nuevo hombre y odiamos al viejo. Es entonces cuando alabaremos a Dios por Sus correcciones. Ellas ayudan a dar muerte al hombre natural, de tal modo que pueda desarrollarse la vida del hombre espiritual.

Como hemos visto, la victoria del nuevo hombre, la verdadera liberación y el cambio en nuestras vidas se producen cuando:

- 1.** Tomamos medidas contra nosotros mismos (Romanos 8:13; Gálatas 5:4)
- 2.** Sobre todo, peleamos la batalla de la fe mirando a Jesús y usando las armas que Él nos dio para esta pelea (Hechos 12:1-2.)
- 3.** Al mismo tiempo, aceptamos las disciplinas de Dios (Hechos 12:10ss)

Estos son los requisitos previos para todo lo que está escrito en las siguientes páginas. Nunca estaré lo suficientemente agradecida por los cambios que se han obrado en las personas – entre ellas se incluyen mis hijas espirituales – que han vivido según estos consejos y peleado la batalla de la fe según estas reglas.

Madre Basilea

Es tu perseverancia en la fe y no las victorias o derrotas ocasionales, lo que decidirá la lucha contra el pecado.

Madre Martiria



## REGLAS PARA LA BATALLA DE LA FE CONTRA EL PECADO

La batalla contra el pecado es un deber absoluto porque estamos amenazados por un enemigo que constantemente nos incita a pecar para llevarnos a la ruina.

La batalla contra el pecado sólo puede pelearse con la actitud de Jesús hacia el pecado: Tomar medidas, no tener autocompasión; *“si tu ojo... te es ocasión de caer, sácalo”*.

La batalla contra el pecado no sólo implica reconocerlo, sino también dedicar tiempo y energía a la oración y dar el siguiente paso práctico de arrepentimiento.

La batalla contra el pecado es apartarse radicalmente del pecado, siguiendo el camino opuesto.

La batalla contra el pecado es establecer metas definidas de fe, comenzando con el verdadero arrepentimiento, la santa tristeza por el pecado y un corazón quebrantado y contrito.

La batalla contra el pecado implica poner las acciones pecaminosas bajo la sangre del Cordero, pero al mismo tiempo llevarlas a la luz, confesándoselas a quienes han sido afectados o heridos por ellas.

La batalla contra el pecado es reconocer a la luz de la verdad, el rasgo pecaminoso que hay detrás de la acción pecaminosa y tomar medidas contra él.

La batalla contra el pecado es no cansarse nunca de proclamar el victorioso Nombre de Jesús y perseverar en la fe hasta el final.

La batalla contra el pecado implica la disposición para decir "Sí" a la disciplina de Dios, la cual necesitamos para nuestra purificación y liberación.



La batalla contra el pecado es contar con Él, que ya ganó esta batalla: Cristo Jesús, que murió y resucitó de entre los muertos, a fin de salvarnos de nuestros pecados y garantizarnos una vida nueva en Él.

*Haz clic sobre la imagen*

SEGUNDA PARTE

**PECADOS  
INDIVIDUALES**

## **AMARGURA: LA FALTA DE ESPÍRITU DE RECONCILIACIÓN**

Cuando la gente vive en reconciliación, hay paz y alegría, como si fuese un pedazo del paraíso, pero en una casa donde la gente guarda amargura en sus corazones unos contra otros, donde se pelean y no se perdonan, allí hay un pedazo del infierno. Sabemos que es muy raro encontrar hogares que sean como un rinconcito del paraíso. La falta de reconciliación y la amargura son pecados ampliamente difundidos, especialmente entre los piadosos.

Sin embargo, este hecho nos parece incomprensible cuando observamos el Sermón del Monte. Allí Jesús dijo que habrá severo castigo para los que tengan cualquier rencor en sus corazones contra sus hermanos. Él nos exhorta a reconciliarnos con ellos a toda costa, porque de otro modo, habrá graves consecuencias (Mt. 5:23-26). El Señor dice que los que no se reconcilian serán lanzados en la "cárcel". Dicho en términos equivalentes, irán al reino de las tinieblas, donde habrá gran tormento y rechinarán los dientes. El apóstol Pablo escribe que los que están llenos de "peleas" merecen la muerte (Ro. 1:29-32). En otra parte, los rencorosos están incluidos entre los que merecerán la ira de Dios. (2 Ti. 3:3).

Los cristianos, quienes por serlo, no deberían caer bajo juicio, están amenazados de juicio y castigo, sí, incluso con el infierno, si rehúsan reconciliarse, pero ¿hay alguien que crea esto? ¿Alguien odia este pecado y quiere cortar con eso? ¿Habrá alguien que cree las palabras que Jesús dijo? Ellas son verdaderas y Él actuará conforme a lo que ha dicho. Normalmente no las creemos porque decimos que Jesús es misericordioso. Tal vez argumentamos del siguiente modo: Jesús conoce nuestros corazones; Él sabe cuán difícil es para nosotros perdonar a alguien que ha herido nuestros sentimientos o nos ha hecho algún mal injustamente o ha dicho algo acerca de nosotros que podría arruinar nuestra reputación o que ofende a nuestra familia. Imaginamos que Jesús entiende que no podemos vencer esa raíz de amargura que hay en nuestro corazón. Pensamos que Él entiende cuando despertamos por la noche e imaginamos que estamos viendo a esas personas ante nosotros y comenzamos a lanzar contra ellos una acusación tras otra.

Sí, nadie nos entiende y nos conoce tan bien como Jesús. Él conoce nuestros pecados y nuestras ataduras. Él se presenta a sí mismo como el "Sumo Sacerdote misericordioso". Pero aun así pronuncia una sentencia severa contra las personas que no viven en reconciliación, que están llenas de resentimientos y acusaciones. Y justamente por ser nuestro misericordioso Sumo Sacerdote que perdonó todos nuestros pecados, procede de esta forma. Pues si recibimos tanta misericordia por medio de Él, su

ira se levanta cuando no somos misericordiosos con los demás. Ya no podemos huir de esta realidad pues es evidente en la parábola del siervo falto de misericordia. Si el Señor nos perdona nuestros pecados mil veces, es de esperarse que nos retire el perdón y nos haga responsables de nuevo por todos ellos, si no perdonamos a otros. En ese caso, su ira nos juzgará (Mt. 18:33-34).

El resentimiento y la falta de reconciliación son pecados que claman al cielo, pues las voces de aquellos a quienes no queremos perdonar llegan al corazón de Dios y nos acusan. La respuesta de Dios nos sorprenderá: Aten a este siervo que se atreve a no perdonar, aun cuando yo le perdoné a él.

La amargura y la falta de reconciliación provocan la más severa ira del Cordero de Dios. Jesús nos prometió el perdón por medio de su sacrificio expiatorio, aunque hubiera podido acusarnos por nuestro pecado y por todo lo que hemos hecho contra Él. La falta de reconciliación y la amargura cierran el corazón de Dios a todas nuestras plegarias.

El resentimiento y las acusaciones contra nuestros hermanos no sólo establecen una barrera contra ellos, sino también una barrera contra Dios.

Así que el lema de nuestra vida debe ser vivir en reconciliación y enterrar nuestras acusaciones. De otro modo, seremos acusados y condenados, y habitaremos con los que se negaron a reconciliarse en el reino de las tinieblas, en la cárcel.

¿Cómo podemos liberarnos del rencor, de los pensamientos acusadores y de ese tipo de reacciones? Permitiendo que la luz de Dios nos ilumine y nos muestre que acusamos a otros de las mismas cosas por las que deberíamos acusarnos a nosotros mismos. La luz divina nos hará ver que decepcionamos a otros en las mismas áreas en que ellos nos decepcionan. También les hemos hecho la vida difícil. Así perderemos el deseo de acusar a nuestros hermanos y de persistir en la amargura, un pecado que nos ata a Satanás, el acusador. No podemos descansar, rogando y suplicando hasta que el Señor nos dé un corazón arrepentido por este pecado de la amargura. Por medio del arrepentimiento, nuestras acusaciones se disiparán, la falta de reconciliación y la amargura se disolverán y comenzaremos a ver, allí mismo donde antes estábamos ciegos.

Si tenemos en nuestros corazones algo contra el otro o sabemos que alguien tiene algo contra nosotros y no vivimos en reconciliación, hablemos con esa persona, si es posible. Si tal persona acepta estrechar la mano que le tendemos o no, es asunto de ella. Lo importante es que tengamos un corazón humilde y un amor genuino para nuestro oponente. En este amor hay gran poder para cambiar a otros y establecer una reconciliación. Mañana podría ser demasiado tarde para reconciliarnos con nuestro prójimo que nos ha herido. Si intencionalmente hemos pasado por alto la oportunidad de reconciliación, el acusador nos llevará a su reino. Cada vez que nos dejamos dominar por pensamientos amargos

y de acusación, vivimos en correspondencia con el acusador. Entonces, si estamos viviendo sin reconciliación es necesario que tomemos acciones inmediatas. Debemos renunciar de inmediato a nuestros pensamientos acusadores y pelear contra ellos la buena batalla de la fe con toda determinación.

Recordemos que Jesús vino a destruir las obras del diablo en nuestras almas: amargura, acusaciones, falta de reconciliación. Jesús nos envió al Espíritu Santo, el cual ha derramado en nuestros corazones el amor misericordioso de Dios. (Romanos 5:5) Quien crea esto, lo experimentará, si permanece confiando, esto es, si no se cansa de invocar diariamente el victorioso nombre de Jesús, por causa de su sangre redentora.

Siendo que Dios es Sí y Amén, seremos verdaderamente liberados conforme a la promesa de Jesús, según la cual Él nos libraré del poder del pecado.



## AMOR AL MUNDO: EL APEGO EXCESIVO A LAS PERSONAS Y A LAS COSAS DE ESTA TIERRA

Cuando el apóstol Pablo escribió: "*pues Demas que amaba más las cosas de este mundo me ha abandonado*" (2 Timoteo 4:10), quiso decir que Demas lo había olvidado y también había olvidado la obra de Jesucristo y se había desviado. Porque la misma Palabra dice: "Si alguno ama al mundo, no ama al Padre" (1 Juan 2:15). El que ama al mundo está bajo el dominio del "príncipe de este mundo", y ama lo que le rodea. Frecuentemente pensamos que el "amor al mundo" no es dañino y tratamos de justificarlo y disfrazarlo con la siguiente declaración: "Yo estoy abierto al mundo, no soy de mente cerrada". Sin embargo, el amor al mundo es un pecado peligroso: nos coloca en las manos del enemigo.

Para no caer en este engaño, tenemos que discernir si amamos al mundo como Dios amó al mundo (Juan 3:16) o como el príncipe de este mundo quiere que lo amemos. El apóstol Pablo nos da un ejemplo de cómo relacionarnos adecuadamente con el mundo. Él también vivió en el mundo y utilizó sus dones y bienes, disfrutándolos, pero dando gracias a Dios. En todo, Él amó y honró al Creador de todos los dones y lo alabó por ellos. Su alegría por todo lo

creado era su alegría por el Creador (Romanos 1:25). Por esta razón no le importaba si tenía bienes terrenales o no; estaba completamente libre de estas cosas, podía alegrarse por ellas cuando Dios se las daba.

Pero sería horrible si viviéramos para el mundo en vez de vivir para Dios, es decir, si amáramos a las personas, los bienes y las posesiones de este mundo más que a Dios y, por ende, estuviéramos atados a ellos.

Entonces estas palabras se aplican a nosotros: Sólo podemos servir a Dios o a Mamón (dinero, riquezas, materialismo), esto es, el mundo; sólo podemos amar a Dios o al mundo. Amar significa estar completamente dedicado a lo que se ama. Pues, sea cual fuera, una persona u objeto a que nos dedicamos, está robando el lugar de Dios en nuestras vidas. Por tanto, el amor al mundo es idolatría, un pecado serio que puede conducirnos al juicio de Dios porque ¿existe algún pecado mayor que tener un ídolo, cuando el primer mandamiento de las Escrituras nos ordena amar a Dios sobre todas las cosas? Apocalipsis 21:8 nos dice que los idólatras serán condenados al lago que arde con fuego y azufre. Por esto, el apóstol Juan escribe a la Iglesia Cristiana acerca de la idolatría, no refiriendo a una idolatría pagana, sino más bien, los ídolos representados por la profesión, la familia, la reputación, el arte, la naturaleza o cualquier cosa dada por Dios.

Puesto que el amor al mundo nos ata al príncipe de este mundo, que quiere llevarnos a su reino de tinieblas, tenemos que hacer la firme decisión de no escoger al mundo, sino a Jesús, como el gran Amor y Centro de nuestras vidas. El apóstol Pablo nos indica cómo hacerlo cuando escribe: "*... los casados deben vivir como si no lo estuvieran; los que compran deben vivir como si nada fuera suyo; y los que sacan provecho de este mundo deben vivir como si no lo estuvieran sacando*" (DHH) (1 Corintios 7:29-31). Es decir, en toda relación con personas o cosas del mundo, Jesús debe ser el Centro; nuestros pensamientos y emociones tienen que centrarse en Él. Entonces amaremos a otras personas y cosas sólo a través de Cristo. De esta forma podemos tener o dejar de tener cosas. El Centro, que es Jesús, siempre permanecerá: "*... todo es de ustedes, y ustedes son de Cristo*" (1 Corintios 3:22-23). Esta última parte es la más importante.

Pero si el amor al mundo de alguna forma se ha apoderado de nosotros, esto nos separará de Dios, aun aquí en la tierra. No hay mucha diferencia entre estar atados a cosas de este mundo que, en sí son buenas, como las artes, la ciencia y la naturaleza, o estar atados a personas creadas por Dios – o estar directamente atados a un deseo pecaminoso. ¡La esclavitud es esclavitud! Y ésta nos impide estar a disposición de Dios; nos encadena a Satanás, el príncipe de este mundo. Porque sólo los que están libres y a disposición de Dios están unidos a Jesús en amor. Él sólo está interesado en nuestro amor,

puesto que Él es el Único que puede correspondernos como ningún ser humano lo haría. Él tiene el derecho de hacernos esa exigencia absoluta. Él puede exigirnos que nos apartemos de toda esclavitud que pueda quitarle el amor que le pertenece. Él también dice esto con respecto a nuestras familias, nuestros padres, a quienes nos corresponde amar y honrar. Si los amamos más que a Jesús, no somos dignos de Él y perdemos el derecho de ser llamados sus discípulos (Mateo 10:37).

Jesús nos confronta con esta pregunta: "¿Qué y a quién amas tú?" Él no dice: "Los míos no deben tener familia, no deben estar interesados en las artes ni en las ciencias, ni en otras cosas"; Él sólo se preocupa de nuestro amor. Le interesa saber quién tiene el primer lugar en nuestros corazones, a quién estamos atados. Pero luego exige un rompimiento radical. Él espera que, por amor a Él, dejemos a personas y cosas a las cuales estemos falsamente atados. Él nos advierte "*... todos los que por causa mía hayan dejado casa, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o hijos, o terrenos...*" (Mateo 19:29).

Sí, Jesús no sólo dice, sino que exige que lo amemos más que a nuestro padre y nuestra madre: "*Si alguno viene a mí y no me ama más que a su padre, a su madre, a su esposa, a sus hijos a sus hermanos y a sus hermanas y aún más que a sí mismo, no puede ser mi discípulo*" (Lucas 14:26). Esto se aplica, por ejemplo, a la situación en que nuestros padres quieren impedirnos que pongamos nuestras vidas a

disposición de Jesús. Asimismo, Jesús nos muestra que tenemos que desechar nuestro ego pecaminoso y a toda persona que quiera convencernos de que vivamos para nuestro ego y otras cosas del mundo. Aborrecer es lo opuesto a tolerar. Jesús exige que aborrezcamos nuestra relación con personas a las cuales amamos de una manera exagerada, es decir, de tal modo que nuestros corazones y pensamientos quedan completamente cautivados por ellas. Esto fue lo que Él quiso decir con esta palabra.

Esto implica más que tomar una simple decisión. Si por ejemplo, estamos atados a una persona, tal vez tengamos que quemar sus cartas y fotografías para quedar libres de ella. O si el amor por las artes nos ha cautivado, tal vez debamos abandonar la colección. O si el alto estándar de vida constituye un ídolo para nosotros, tendremos que deshacernos de los lujos y reajustar nuestro estilo de vida según el Evangelio. Si "el ídolo de la televisión" nos domina, debemos abandonar el televisor.

Esto no podemos tolerarlo. Si no queremos que nuestra vida llegue a perder el poder y caer en las manos del enemigo, tenemos que declararle la guerra a este pecado de amor al mundo. Aunque Jesús ama tanto al pecador, Él odia el pecado y exige que los suyos también lo odien.

¿Cómo podemos llegar a ser libres de esa esclavitud? Sólo el amor hacia Jesús puede ayudarnos; si realmente le amamos, dejaremos todas las

cosas casi automáticamente, pues la exclusividad está dentro de la naturaleza del amor. Pero, ¿qué debemos hacer si no amamos lo suficiente a Jesús y las personas y las cosas tienen aún mucho poder sobre nosotros? Lo primero que debemos hacer es pedirle a Dios que nos conceda un corazón arrepentido por haber adorado ídolos e insultado su Nombre. Además, constantemente debemos alabar el poder de la sangre del Cordero sobre nuestras cadenas. Esa sangre tiene poder para romperlas porque fue derramada para hacernos libres.

Jesús está preguntándonos: "¿Quieres ser libre del pecado del amor al mundo?" Sólo su sangre será efectiva para aquellos que realmente lo deseen. Podemos estar seguros de que Jesús nos concederá el deseo sincero de ser libres aun cuando no lo tengamos porque Él también murió y resucitó de entre los muertos para poder darnos esta disposición. Él quiere librarnos del amor al mundo porque sabe que tal amor nos encadena al príncipe de este mundo, Satanás. Pero Jesús quiere concedernos la alegría ahora y en la eternidad al hacernos libres de las cadenas que nos atan a las tinieblas. Por ello nos exhorta: *"No amen al mundo, ni lo que hay en el mundo. Si alguno ama al mundo, no ama al Padre;...Y esto es lo que el mundo ofrece: los malos deseos de la naturaleza humana, el deseo de poseer lo que agrada a los ojos, y el orgullo de las riquezas. Pero el mundo se va acabando, con todos sus malos deseos; en cambio, el que hace la voluntad de Dios vive para siempre"* (1 Juan 2:15-17) con Jesús en Su Reino.

## AMOR AL PODER: EL DESEO DE DOMINIO

*“No queremos que éste reine sobre nosotros”* (Lucas 19:14 RVC). Ésta fue la razón por la cual nosotros los hombres matamos a Jesús. Queremos reinar por nuestra cuenta y no someternos a ningún otro. La envidia y el amor al poder fueron los principales pecados que clavaron a Jesús en la cruz. Esto es lo peor que puede decirse acerca de cualquier pecado. El deseo de dominar lleva en sí un poder destructivo. Este pisotea a todo el que trata de colocarse en su camino. Cualquiera que persista en ese pecado estará bajo el severo juicio de Dios, pues cada vez que tratamos de dominar, realmente nos estamos rebelando contra Dios y su dominio. No le dejamos lugar en nuestras vidas, así como ocurrió con el pueblo de Israel y sus autoridades. Ellos excluyeron a su Señor y Creador de en medio de ellos – tal como lo hacemos nosotros cuando queremos tener poder –, aunque Su dominio era de puro amor, igual que hoy.

El amor al poder está relacionado con el orgullo y la vanidad; es un rasgo de los malos gobernantes. La tiranía se expresa cuando queremos dar órdenes a quienes nos rodean e insistimos en que se cumplan nuestros caprichos. Este pecado demuestra que no tenemos humildad, pues cuando tratamos de dominar a otros, asumimos una posición que no nos

corresponde. Con nuestro amor al poder nos ponemos sobre un trono, bien alto, por encima de los demás y los dominamos con nuestras palabras y obras. No comprendemos que nuestra actitud es opuesta a la de Dios. Porque Dios reina de un modo diferente, por medio de un amor que sirve, como el que practicó Jesús entre los hombres. El poder de Jesús no fue violento; la autoridad de Su dominio reposaba en un humilde amor dispuesto a servir. *"En cambio yo estoy entre ustedes como el que sirve"* (Lucas 22:27). Por eso, el resplandor divino reposaba sobre Jesús, y también reposa sobre Sus seguidores que viven en humildad, sirviendo con amor. Estos son los que tienen verdadero poder, según las palabras de Jesús: *"Dichosos los de corazón humilde, pues recibirán la tierra que Dios les ha prometido"* (Mateo 5:5).

El amor al poder es un pecado especialmente serio porque Jesús, el Hijo de Dios, siguió el sendero de un amor humilde, manso y dispuesto a servir, y se entregó para redimirnos de nuestros pecados.

Sin embargo, somos particularmente vulnerables a este pecado cuando ocupamos una posición de liderazgo o somos responsables por otros, por ejemplo, la responsabilidad que tienen los padres con sus hijos. Los hijos desafían a sus padres, se rebelan contra ellos y, a veces, abandonan el hogar. ¡Muchas veces esto sucede porque los padres quisieron dominarlos! Esta es la razón por la cual el apóstol Pablo dice: *"Padres no hagan enojar a sus hijos, para que no se desanimen"* (Colosenses 3:21)

*"Y ustedes padres no hagan enojar a sus hijos sino más bien críenlos con disciplina e instrúyanlos en el amor del Señor" (Efesios 6:4). Ciertamente, los padres, los maestros y los directores no pueden eludir la responsabilidad de hacer reglamentos y asegurarse de que las cosas se hagan bien, y de lo contrario, ponerlas en orden. Pero son especialmente los líderes quienes perjudican la credibilidad del Evangelio al mostrar sed de poder. El apóstol Pedro amonesta a los ancianos de la iglesia: "Cuiden de las ovejas de Dios... no como si ustedes fueran los dueños de los que están a su cuidado... con humildad" (1 Pedro 5:2-3-5).*

Tenemos que elegir. ¿Queremos seguir a Satanás, quien quiso usurparle el trono a Dios, aunque era un ser creado por Él? ¿O queremos seguir a Jesús? El resultado de escoger cualquiera de estos caminos es claro. El ser discípulo de Jesús es incompatible con la sed de poder. Así que tenemos que apartarnos de este pecado, si queremos seguir a Jesús y no ser excluidos algún día de Su reino.

Ante todo, tenemos que rogarle al Espíritu Santo que nos muestre si en nosotros hay deseo de dominio. Esto debe hacerse si hasta el momento no lo hemos reconocido. Debemos procurar saber de las personas con las cual nos relacionamos, si les incomodamos o perturbamos su vida con una actitud dominante. Si nos dicen que sí, entonces debemos aceptar lo que dicen.

En segundo lugar, debemos rogarle a Dios que nos dé un corazón arrepentido, un verdadero pesar por este pecado que contrasta tan fuertemente con la humildad de Jesús. Además de eso, hace la vida difícil para quienes nos rodean y podemos transformarla en un infierno para ellos.

En tercer lugar, tenemos que meditar más en Jesús, nuestro Señor humilde y coronado de espinas, de quien emanó el poder del amor y orar: “Quiero estar a tu lado y de ahora en adelante, elegir el camino de tu amor manso y humilde. Quiero disponerme a aceptar que otros me gobiernen, en el hogar y en el trabajo, sujetándome a ellos y abandonando, si es necesario, algunas de mis posiciones y privilegios especiales”.

De esta manera, descubriremos que el cetro de dominio se nos quebrará en las manos y si diariamente le rogamos a Jesús que nos libre de esta esclavitud, desaparecerá por completo. Al orar por esto debemos contemplar siempre la imagen del Señor manso y humilde, que fue azotado y coronado de espinas. Él verdaderamente pagó el precio del rescate y fue por el camino de humillación para transformarnos a Su naturaleza y atraernos hacia los caminos de humildad. Así como todos pecamos en Adán, pues como sus hijos participamos de su naturaleza de pecado – que incluye el amor al poder –, así todos hemos sido unidos con Jesús y su naturaleza de humildad por medio de su redención. ¡Entonces descubriremos cuánta autoridad reside en la humildad!

## AUTOCOMPASIÓN

Todo lo que se opone al amor es pecado. En realidad, el pecado contra el amor es el más grande de todos, porque el amor es lo mayor y lo más maravilloso para lo cual Jesús nos redimió.

La autocompasión es uno de los pecados contra el amor. Sentir compasión por otros es uno de los atributos del amor. Pero cuando nos compadecemos de nosotros mismos estamos amándonos solamente a nosotros y dejamos de amar a otros. En este caso, nuestro amor se ha descarriado, tiene un falso objeto. Nuestro amor realmente debería pertenecer a nuestro prójimo, pero se lo retiramos y nos hacemos culpables de retenérselo. La autocompasión pertenece a las "enfermedades del ego", pues allí se afirma. Sin embargo, si queremos que el nuevo hombre surja, este pecado tendrá que morir.

Esto es especialmente evidente cuando Dios nos disciplina y nos juzga. En tiempos así, frecuentemente nos compadecemos de nosotros mismos; una actitud peligrosa porque no la reconocemos como pecado ni comprendemos que fortalece el "viejo hombre". Tal actitud nos coloca en las manos del enemigo y nos priva de la posibilidad de vencer en nuestra lucha contra el pecado.

La raíz de la autocompasión es el rechazo a admitir que somos pecadores, que necesitamos ser disciplinados. Si reconociéramos nuestros pecados y errores, estaríamos agradecidos cuando Dios comienza a combatirlos, cuando nos juzga y nos disciplina, aunque esto pueda dolernos. Dejaríamos de compadecernos de nosotros mismos y de quejarnos reconociendo que lo que hemos sufrido en el sentido disciplinario es realmente muy poco.

Los que se compadecen de sí mismos no tienen la actitud correcta hacia el pecado. Aun cuando no quieren admitirlo, el hecho es que no reconocen su pecado. Cuando pasan por una dificultad acusan a Dios en vez de acusarse a sí mismos y de ese modo levantan una barrera contra Él, atrayendo la ira de Dios sobre sí mismos y perdiéndose la gloria celestial. Los que se compadecen de sí mismos no actúan conforme a las palabras de la Escritura: "Procuren... la santidad, pues sin la santidad nadie podrá ver al Señor" (Hebreos 12:14).

Estas personas no están fascinadas por el deseo de lograr la santidad y ver a Jesús, sino que están fascinadas por su propio ego. Cuando están siendo disciplinados y juzgados por Dios, se quejan de que las cosas no les están saliendo bien. Esto los hace incapaces de comprender que la disciplina es la que los ayuda a participar "*de su santidad*" (Hebreos 12:10). Tampoco pueden ver que cuando se quejan y se compadecen de sí mismos, Satanás está detrás de ellos, riéndose despectivamente. Por el momento, él ha logrado su meta, pues ellos han caído presas de

un ídolo: su propio ego. Satanás sabe que la autocompasión fortalece los demás pecados y, por tanto, ese es un triunfo para él.

Ciertamente, con nuestra autocompasión estamos reaccionando en forma opuesta a la que se nos indica en la Sagrada Escritura. Debemos juzgarnos a nosotros mismos. Esto significa que nos corresponde hacerlo en forma especialmente severa cuando Dios nos juzga y nos impone disciplina. El apóstol Pablo escribe: *"Si nos examináramos bien a nosotros mismos, el Señor no tendría que castigarnos, aunque si el Señor nos castiga es para que aprendamos y no seamos condenados con los que son del mundo"* (1 Corintios 11:31-32).

Las Sagradas Escrituras nos desafían a tomar una posición contra el "viejo hombre", a condenarlo con su pecado para que Dios no tenga que hacer esto algún día: "¡Terrible cosa es caer en las manos del Dios viviente!" (Hebreos 10:31), porque Dios, el Juez, es Fuego consumidor. Esa es la razón por la cual nuestra meta tiene que ser siempre la de permitir que seamos juzgados por causa de nuestros pecados egoístas, como la autocompasión. Tenemos que reconocer nuestra culpa para que el juicio de Dios no caiga sobre nosotros en la eternidad.

Tenemos que renunciar decididamente a la autocompasión. No podemos darle lugar en nuestro corazón, porque ella nutre a otros pecados.

Con el primer pensamiento de autocompasión, tenemos que invocar la sangre del Cordero y decir:

*No quiero tener nada más que ver con la autocompasión; soy pecador y necesito esta disciplina, que es un castigo clemente en comparación con lo que mis actos realmente merecen.*

*Jesús, por causa de tu Redención, no permitiré que te alejes de mí hasta que hayas cambiado mi espíritu de autocompasión por uno de compasión hacia otros. Quiero renovar mi condena hacia la compasión que siento por mí mismo para que no tengas que juzgarme algún día por este pecado.*

Entonces, Jesús tendrá compasión de nosotros, terminará Su obra de santificación en nosotros y nos sacará de la escuela de la disciplina a su debido tiempo. Cuando tomamos medidas contra la autocompasión sin ninguna consideración por nosotros mismos, Dios el Padre se compadecerá de nosotros y nos tratará con amor como a Su propio Hijo.

La autocompasión y el justificarnos a nosotros mismos son el abono que alimenta nuestro pecado. El que quiere ser libre del pecado, tiene que arrancarlo de este abono, no importa cuán alto sea el precio.

## **AVARICIA: EL DESEO DESMEDIDO**

Cuando vemos algo que nos gustaría tener, ya sea para el cuerpo, el alma o el espíritu, nuestro corazón comienza a decir: " ¡Dámelo, dámelo!" Incluso el niño más pequeño puede experimentarlo, extendiendo su mano ansiosamente hacia la fruta prohibida, tal como hizo Eva, la madre de nuestra raza.

El deseo de poseer se puede expresar queriendo "tener más", "tener mucho" y/o "tener lo mejor"; cualquier cosa menor a estas categorías nos puede parecer insuficiente. Hay muchos niños – y, algunas veces adultos también – que amontonan más alimentos en sus platos del que pueden comerse y otros que siempre tratan de tomar el mejor trozo. El deseo de recibir más o preferir el alimento especialmente bueno es muy fuerte. En tiempo de guerra y hambre hemos visto lo que es ese poder. Las personas puedan perder su dignidad y quebrantar todas las normas éticas sólo para satisfacer sus deseos.

Además, todos sabemos cuánto ansiamos el sueño y la comodidad. Nuestra dependencia a esto puede ser tan grande que incluso podríamos perder las cosas esenciales de la vida, como el tiempo de oración, para poder dormir un poco más. Hay muchas cosas que estimulan nuestros deseos: la ropa moderna, el

anhelo de tener más dinero, más comodidades, etc. Pero en nuestros corazones no sólo existe la avaricia por las cosas visibles, sino también por las cosas que satisfacen el alma, tales como la atención, el respeto y el amor procedente de otras personas.

La avaricia es un pecado tan peligroso que fue el comienzo de la caída. Puede costarnos una vez más la pérdida del Paraíso y de la bendición de la primogenitura, como a Esaú. Por lo tanto, no podemos continuar despreocupados e indiferentes frente a nuestra avaricia por ciertas cosas, por ejemplo, nuestra esclavitud por la comida, por el sueño y/o nuestra ansiedad por el deseo de tener "más": más dinero, más bienes, más talentos o cualquier otra cosa.

La Sagrada Escritura dice: *"Pero los que viven con la ambición de hacerse ricos caen en tentación y quedan atrapados por muchos deseos necios y dañinos que los hunden en la ruina y la destrucción"* (1 Timoteo 6:9 NTV).

Es hacia allá donde nos dirige la avaricia, no sólo en esta vida, sino por la eternidad, pues muchas veces la avaricia nos hace pecar contra otros y también nos hace perder nuestra comunión con Dios. Cualquier cosa o persona, que no sea Dios, por la cual sintamos un ávido deseo o a la que estemos aferrados, es un ídolo. Y Dios no compartirá su amor con ellos. Si nos aferramos a ellos, perderemos el amor de Dios. Se nos irá la alegría que sentimos en Él. En la

parábola del hombre rico, Jesús nos muestra las consecuencias de la avaricia. Luego de satisfacer todos los deseos en su vida terrenal, su lengua le ardía en el otro mundo por causa de los deseos insatisfechos, y estaba "atormentado" (Lucas 16:24).

Todo depende de que seamos libres de la avaricia. Jesús nos muestra el camino para esto en la palabra "perder": *"Porque el que quiera salvar su vida, la perderá; pero el que pierda la vida por causa mía, la encontrará"* (Mateo 16:25 DHH). El lema "perder" es un arma en la lucha contra la avaricia. Pero, cuidado: Sólo si perdemos cosas, bienes, grandes o pequeños, tanto para el cuerpo como para el alma o el espíritu, podremos darle un golpe a la avaricia. Tenemos que comenzar a actuar categóricamente y apartarnos de las cosas que más deseamos en este momento. En espíritu debemos entregárselas a Dios y no pasar tiempo pensando en ellas. No debemos pedir las, ni tomarlas. Y al apartarnos de ellas debemos ser generosos en entregar y regalar y así la avaricia no podrá nutrirse y morirá de hambre.

Por ejemplo, si el deseo es comer mucho, debemos acostumbrarnos a comer con disciplina y orar, diciendo: "Tú, Señor, me has librado de esta esclavitud". Debemos considerar nuestro paladar como enemigo y no darle gusto especial hasta que no le importe lo que comamos. Solo así podremos disfrutar del buen alimento con gratitud por la gran bondad de Dios.

Y así también podremos sentirnos satisfechos con menos en otras ocasiones.

Actuaremos de manera semejante si estamos atados al sueño. Cuando vamos a dormir, debemos pedirle al Señor que nos despierte temprano o programar el despertador de tal modo que tengamos tiempo de orar al Señor al comenzar el día. También podemos pedir a otras personas que nos ayuden a levantarnos temprano. Tenemos que pedirle a Jesús que sea el Señor de nuestro sueño, el Señor de nuestra comida y de nosotros mismos. Nuestros miembros, lengua, ojos y cuerpo deben servir a la justicia de Dios, ser utilizados para Su gloria y no para deseos desenfrenados que nos esclavicen.

Esta es la razón del apóstol Pablo para hacer hincapié en este punto en su primera carta a Timoteo: *“Y claro está que la religión es una fuente de gran riqueza, pero sólo para el que se contenta con lo que tiene”* (1 Timoteo 6:6 DHH). Esto significa que no debemos dejarnos dominar por el deseo de tener más tiempo libre y más vacaciones, un salario más elevado, una mejor casa, mejor ropa, etc... No tenemos que andar en busca de estas cosas que perecen, pues a menudo traen pecado y desdicha. Debemos escoger el camino del contentamiento, incluso el de la privación. Este fue el camino de Jesús, a quien le pertenece toda riqueza del cielo y de la tierra. Él se despojó a sí mismo de la gloria que tenía con el Padre y caminó por esta tierra como un hombre pobre. *“Porque ya saben ustedes que nuestro Señor Jesucristo, en su bondad,*

*siendo rico se hizo pobre por causa de ustedes, para que por su pobreza fueran ustedes enriquecidos" (2 Corintios 8:9). Él nos llama a que nos unamos a Él en este contentamiento; luego la promesa de la bendición de Dios reposará sobre nosotros.*

Ningún hombre puede servir a dos señores al mismo tiempo. Ninguno puede esforzarse simultáneamente por las riquezas terrenales y las eternas.

El que busque las cosas terrenales perderá las riquezas eternas. Pero el que busque el reino de Dios, alcanzará la gloria y Él se encargará de darle todo lo necesario para vivir (Mt 6:33).

¡Tenemos que tomar una decisión! Jesús, quien por amor a nosotros, se sometió al camino de la privación y de la pérdida, ganó para nosotros una nueva manera de pensar, por medio de Su muerte expiatoria. Por lo tanto, con fe tenemos que apoderarnos del estandarte de la victoria, apoyarnos en Jesús y decir: "Fui redimido por la Sangre del Cordero de toda ambición y avaricia". Abandonemos el deseo de tener más y no dejemos pasar ni un solo día sin con el deseo de abandonar algo, siendo que todos nuestros anhelos son satisfechos en Él.

*Señor Jesús, Tú te privaste de todo por mí.  
Con tu Sacrificio ganaste para mí el poder ir  
también por este camino bendito de la modera-  
ción y del contentamiento, en el cual puedo  
dejar y entregar todo.*

*Tú pagaste el precio en el Calvario. Ahora soy libre de las fuerzas de la avaricia. Tu amor logra que sólo un deseo esté en mí: el de llegar a la gloria celestial y eterna. Amén.*



## CALUMNIA: LA MURMURACIÓN

La Sagrada Escritura dice que los calumniadores merecen la muerte (Romanos 1:30-32). Ni siquiera los cristianos deben relacionarse con quien, llamándose hermano, sea un calumniador (ver 1 Corintios 5:11). El apóstol Pablo nos dice: "Por eso, quiten a ese pecador de en medio de ustedes" (1 Corintios 5:13). Esto nos indica cuán serio es el pecado de la calumnia. Pero Satanás está dispuesto a pagar cualquier precio para hacernos pecar, a fin de que algún día seamos condenados. Quiere que no estemos conscientes de este pecado; él quiere que pensemos que la calumnia no se aplica a nosotros. Pero es un hecho que este pecado está ampliamente difundido entre los cristianos. Es uno de los rasgos de nuestra hipocresía.

Nosotros no mentiríamos intencionalmente. Somos demasiado piadosos para hacer eso. No obstante, mentimos al condenar y acusar a otros sin conocerlos personalmente y sólo por haber oído lo que otra persona nos ha dicho acerca de ellos. Creemos que tenemos una posición más elevada y poderosa porque nos justificamos y somos críticos, pensamos que podemos murmurar sin probar los hechos y de ese modo difundimos las falsas suposiciones. Tal vez comencemos difundiendo falsedades acerca de algunos miembros de nuestra iglesia, o de otros grupos cristianos, sin estar conscientes de esto.

De este modo, el pecado de la murmuración se arrastra sutilmente hacia nuestros corazones sin que nos demos cuenta. Comienza con el espíritu de crítica, con el hecho de juzgar a otro mediante el chisme. Con orgullo pensamos que podemos juzgar todo. Tenemos que asumir la tarea del vigilante. Pero estamos equivocados, no llegamos a ser auténticos vigilantes pues ni siquiera conseguimos vigilar la verdad de nuestras propias vidas y, aun así, nos atrevemos a juzgar a otros y a hacer declaraciones sin haber examinado los hechos. Si son falsos, nosotros, que difundimos rumores que podrían arruinar la reputación de otras personas, nos convertimos en calumniadores.

¿Qué hicieron los fariseos sino juzgar las acciones de Jesús, según su propio conocimiento y, como líderes espirituales del pueblo, advertir a otros contra Él? Sin embargo, eran hipócritas, calumniadores y mentirosos. ¿Cómo sucedió esto? Porque sus juicios no eran puros. No estaban libres de emociones personales, aunque no comprendían este hecho. Eran orgullosos y no querían ser humillados en presencia de Jesús, quien les llamó la atención con respecto a su pecado y a su necesidad de liberación. También tenían envidia en sus corazones porque Jesús tenía muchos seguidores entre el pueblo y los había desplazado a ellos a un segundo plano. Para ellos era difícil soportarlo. Veían con malos ojos su popularidad. Por esta razón, surgió en sus corazones la idea de condenar a Jesús.

Un corazón orgulloso, lleno de envidia y celos, nos ciega y nos hace incapaces de comprender la verdad respecto a los demás. Al mismo tiempo, da origen al pecado de la murmuración o calumnia. Así ocurre con los cristianos que a menudo por causa de la envidia, calumnian a sus hermanos y a otros grupos cristianos. Dicen cosas desfavorables acerca de ellos para despojarlos de su buena reputación, en tanto que procuran afirmar su propia reputación como vigilantes y buenos líderes de la iglesia. Sin embargo, nunca admitirían que sus acusaciones han sido fruto de la envidia.

Con respecto a esta actitud de los religiosos, dice Jesús: "... y aún llegará el momento en que cualquiera que los mate creerá que así presta un servicio a Dios" (Juan 16:2). ¡Si sólo comprendiéramos que la más hábil astucia de Satanás consiste en no permitir que reconozcamos nuestras mentiras como tales! Por el orgullo que nos hace ciegos ante el pecado de la envidia, nos convencemos de que estamos sirviendo a Dios, cuando destruimos la reputación de ciertas personas, advirtiéndoles a otros que las eviten. Nadie se encuentra en tanto peligro de vivir en la mentira y convertirse en hipócrita como los cristianos. Así que por el hecho de que todos tendremos que comparecer ante el tribunal de Dios para responder por lo que hayamos hecho (ver 2 Corintios 5:10), es prudente examinar detenidamente nuestros juicios acerca de otras personas y de otros grupos cristianos, y pedirle a Dios que nos dé luz para que podamos ver dónde hemos caído en el pecado de la calumnia. La calumnia corresponde al pecado de la mentira, y

los mentirosos, según la Biblia, tendrán su parte en el reino de Satanás. Además, la calumnia se encuentra entre los pecados contra el mandamiento “No matarás” porque cuando destruimos la buena reputación de una persona, podemos perjudicarla más que si la hubiéramos herido físicamente. ¡Con qué juicio amenaza Jesús a los que desobedecen este mandamiento, al enojarse con sus hermanos! Nuevamente Jesús nos indica claramente que este pecado, si no nos apartamos de él, nos llevará al reino del tormento.

De modo que nuestro destino en la eternidad va a depender de si somos liberados de la murmuración y de la calumnia ¡Cuán airado tiene que estar Dios contra los calumniadores, que Él llega a prohibirnos relacionarnos con ellos! Nunca tendrán comunión con los creyentes en Cristo en el Reino de Dios, sino que serán echados a las tinieblas.

Ante estos severos juicios que esperan a los calumniadores, es oportuno que hagamos un cambio radical y prometerle a Dios: "A menos que sea absolutamente necesario, no difundiré comentarios negativos acerca de otros ni acerca de grupos cristianos y, si tuviera que hacerlo, no lo haré sin primero examinar cuidadosamente esos comentarios". Sí, esto implica suplicarle que nos dé el arrepentimiento por las veces en que actuamos erradamente y, al mismo tiempo, apartarnos de esa forma de actuar.

Luego tendremos que orar diariamente: "Nuestros pecados y maldades quedan expuestos ante Ti" (Salmo 90:8 DHH). "Muéstrame los motivos escondidos que tengo para juzgar a otros tan duramente". Sí, tenemos que pedir a Dios diariamente que nos muestre la raíz de nuestros pecados, que nos enseñe por qué tenemos cierta aversión hacia alguna persona de la cual sólo podemos hacer comentarios desfavorables. A menudo, la causa está en el orgullo, los celos escondidos, la amargura y la envidia. Pero no basta con que esto se nos revele y lo confesemos a nuestro consejero espiritual. El arrepentimiento tiene que impulsarnos a acercarnos a las personas, a quienes hemos difamado con nuestra crítica y calumnia para pedirles perdón por lo que hemos hecho. Luego, debemos aclarar a los demás la verdad de lo que dijimos y desmentir las falsedades.

¡Arrepiéntanse! Ese era el mensaje de Jesús. Apártense de las malas palabras y de las malas acciones. Si hemos calumniado a otros, debemos permitir que tales palabras de Jesús sean nuestro lema, para que no volvamos a ser instrumentos de Satanás. Él es el "padre de mentira", que hace todo esfuerzo para seducirnos a calumniar. Si no nos arrepentimos, pertenecemos a él, y al final de nuestra vida, él podrá reclamarnos como suyos en su reino.

Jesús quiere ayudarnos a ser libres de los pecados de murmuración y calumnia. Él dijo: "Yo nací y vine al mundo para decir lo que es la verdad" (Juan 18:37

DHH). Él nos redimió para que seamos hijos de luz y de verdad. Si Él, como Cabeza, es la Verdad, ¿no hará todo esfuerzo para que también los miembros de su Cuerpo lleven los rasgos de la verdad?

Por lo tanto, "¡Pidan y se les dará!" Él quiere darnos su Espíritu de verdad. Nos lo ha prometido si se lo pedimos con fe. Él nos exhorta a hacer esto para redimirnos del pecado de hablar mal de otros. Por medio de su redención, podremos decir cosas buenas acerca de los demás, con amor humilde y hacer todo esfuerzo para practicar el cántico del amor, que se encuentra en 1 Corintios 13.



## CELOS

Los celos pueden convertirse en un deseo tan ardiente en el corazón de una persona que puede consumirla. Cuando somos celosos, generalmente atormentamos a la persona a quien amamos. Sí, los celos pueden dar origen al odio, a la traición y en algunos casos, al asesinato. De esta raíz de los celos ha surgido infinita miseria y tristeza que puede afectar seriamente la vida familiar, los negocios e incluso la vida de nuestras iglesias.

Si no somos redimidos de este pecado, de querer que los otros nos amen solamente a nosotros, llegaremos a estar espiritualmente en ruinas y nuestras vidas no producirán fruto. Porque si los celos nos dominan, somos incapaces de servir de todo corazón a Dios para el establecimiento de Su reino

Es necesario que lleguemos a ser libres de los celos, no importa cuán alto sea el precio a pagar. Con su fuego ardiente y consumidor, es un anticipo de cómo puede venir, un día, a corroer tanto el cuerpo como el alma en el reino de las tinieblas.

Dios, en Su amor quiere protegernos de este pecado. Jesús, por medio de Su redención, quiere libertarnos de los celos, por más que ardan como fuego en nuestros corazones. Pero la redención implica una

verdadera batalla de fe por parte de nosotros contra este pecado devastador.

Es una cuestión de renunciar conscientemente a tales deseos pecaminosos: "Dios mío, no quiero tener nada que Tú no me des. Si Tú no me das el amor de esta persona, no quiero tenerlo. Quiero entregar a esa persona en tus manos". Dios sólo puede ayudarnos si le entregamos a dicha persona y desistimos del derecho a su amor y lo hacemos de manera continua, poniendo a la persona y nuestra ansiedad sobre el altar. De otro modo, seremos como un paciente que tiene la mejor medicina, pero aun así no se recupera, porque no quiere abandonar el ambiente que es la causa de su enfermedad y que continuamente empeora su salud. Esto, implica permitir el alejamiento de la persona, cuyo amor y atención buscamos celosamente. Esto significa que no debemos hacerle ningún reclamo en cuanto a sus acciones, ni a su tiempo, ni debemos tratar de controlar en qué invierte su tiempo, o con quien.

Jesús puede librarnos, si realmente queremos ser libres y le damos una señal de nuestra disposición. De otro modo, la cuerda que nos ata a la persona nos llevará cada vez más a Satanás y a su reino. Todo está en juego. Los celos son una señal de que realmente no amamos a Jesús y que somos "de la carne". "...Tienen celos unos de otros y se pelean entre sí. ¿Acaso eso no demuestra que los controla su naturaleza pecaminosa? ¿No viven como la gente del mundo?" (1 Co. 3:3 NTV) Las Sagradas Escrituras

pronuncian una severa sentencia contra las obras de la carne. Las personas que cometen estos pecados, no entrarán en el reino de Dios (Gálatas 5:20-21).

Sin embargo, si hemos recibido un temor santo ante los celos, por medio de una revelación de lo que son en realidad, y lamentamos haber pecado, entonces perderán su poder sobre nosotros. Y la Sangre del Cordero, que nos libra de toda culpa, nos revelará cada vez más Su poder. Cuando la Sangre redentora de Jesús se proclama sobre el pecado de los celos repetidamente, tiene poder para libertarnos. Jesús tiene un poder superior a los poderes que están en nosotros. Su victoria los condenó a muerte. Cada vez que estas ataduras son crucificadas con Cristo, Él comienza a obrar un amor nuevo y divino en nuestras almas, libre de cualquier atadura a personas y de los deseos que caracterizan el amor humano. Este nuevo amor nos hará felices, a nosotros y a los demás. Jesús ganó este amor para nosotros y quiere darlo a los que están dispuestos a renunciar al amor pecaminoso y a reclamar por fe la justicia y el amor de Jesús. Sólo los que hayan vencido en Cristo Jesús esta lucha contra el pecado entrarán en la Ciudad de Dios y Su gloria.



## COBARDÍA

¡Cobarde! Ésta parece ser una palabra despectiva que define a la persona que siente miedo de manifestar su lealtad cuando le cuesta algo, por ejemplo, le da miedo confesar su fidelidad a su clase social, a su nación, a cierto grupo y/o a sus principios cuando son despreciados o atacados. Y aunque pensemos que la cobardía es despreciable, se encuentra en todos nosotros aun cuando esté escondida. El cobarde huye cuando se acerca el enemigo. Los discípulos manifestaron cobardía aquel día que huyeron cuando Jesús estaba en peligro, cuando fue tomado prisionero. Los cobardes carecen de valor. ¿A qué clase de valor nos estamos refiriendo? Al valor para sufrir, para soportar el ser despreciado y ridiculizado, al valor para perder la propia vida.

Los cobardes quieren conservar su vida y aquello que la hace digna, lo que ellos piensan que es importante y de valor. Quieren salvar su felicidad, su reputación, sus ingresos y todo aquello que aprecian y disfrutan. Por esta razón, evaden cualquier asunto en que su felicidad, su reputación o su vida se vean amenazadas.

La cobardía no es otra cosa que el temor a cargar la cruz. Ella generalmente va de la mano con el temor al sufrimiento, que a menudo conduce a hacer algo

errado, llegando a ser muy culpables, negando a los otros e incluso a Jesús y a su Iglesia. La cobardía a menudo nos convierte en mentirosos, desconsiderados e irresponsables. Incluso podemos dejar que otros sufran para salvar nuestro pellejo. Por cobardía, Pedro negó a su Señor; por cobardía los discípulos abandonaron a Jesús. La cobardía ya causó innumerables desastres, o al menos no hizo nada para impedirlos.

¡Qué consecuencias tan catastróficas tuvo la cobardía para el pueblo alemán durante el Tercer Reich! Y cuando llegue el tiempo del Anticristo y todos adoren su imagen y tengan que llevar su marca (Ap. 13:15-16), la principal razón por la que traicionarán a Jesús será la cobardía. Tendrá terribles consecuencias. Estas personas están amenazadas con castigo por parte de Dios: “Si alguno adora a la bestia y a su imagen, y recibe la marca en su frente o en su mano *tendrá que beber el vino del terrible castigo que viene de Dios... y será atormentado con fuego y azufre delante de los santos ángeles y del Cordero. El humo de su tormento sube por todos los siglos, y no hay descanso ni de día ni de noche*” (Ap. 14: 9-11). Nuestra cobardía puede llevarnos a tal condenación en la eternidad, si no nos arrepentimos y empezamos una nueva vida.

Esa es la razón por la que debemos odiar este pecado y empezar hoy una lucha persistente contra él. Si confesar el nombre de Jesús y guardar sus mandamientos exige coraje en nuestros tiempos, tenemos que vencer absolutamente nuestra cobardía. En el

futuro será necesario mucho más coraje, cuando la gente no sólo ridiculizarán a los cristianos, sino que también usarán la violencia contra ellos. Si toleramos nuestra cobardía y hacemos que parezca inofensiva, negaremos y traicionaremos al Señor Jesucristo y perderemos la gloria celestial por toda la eternidad.

La pregunta importante es ésta: ¿Cómo podemos vencer la cobardía? Una de las maneras es **disponiéndonos a sufrir**. Podríamos poner por escrito nuestra disposición a aceptar las cosas difíciles que tememos y que pueden estar reservadas para nosotros. Entonces podemos acercarnos al Padre y decir:

*“Padre mío, no sé cómo seré capaz de soportar los momentos difíciles, cuando vengan, pero estoy contando con tu ayuda. Tú me harás fuerte y me darás socorro. Padre, yo confío en tu amor, sabes lo que soy capaz de soportar y no me dejarás ser probado más allá de mis fuerzas. Si las cosas difíciles vienen realmente, sé que Tú, mi Padre, me consolarás y me fortalecerás con tu presencia, incluso en el martirio.”*

Realmente debemos creer que en medio de la aflicción tendremos un anticipo del Cielo. Entonces, cuando seamos despojados de personas, de cosas, de amor y de honor, nos sentiremos felices, porque Jesús vendrá hacia nosotros como el Portador de alegría. Al experimentar su amor, nuestra tristeza se transformará en alegría, tal como pueden afirmarlo

muchos cristianos que han estado en cárceles y en campos de concentración, por causa de su fe.

Puesto que el sufrimiento nunca es la última palabra en los planes de Dios, Él nos mostrará Sus bondades de manera extraordinaria. El mismo Jesús confió en Su Padre y experimentó Su fortalecimiento en medio del temor y del horror de Getsemaní.

De esta manera, podemos entregarnos en las manos bondadosas de Dios y a la Voluntad amorosa del Padre al mismo tiempo que lograremos sacarnos el aguijón de las cosas difíciles, diciéndole al Señor:

*"Por fe quiero marchar por el camino que Tú has trazado para mí, aunque sea difícil. Tú derramarás la luz en mi oscuro sendero y lo allanarás delante de mí".*

Entonces nuestro corazón estará en paz. El temor y la cobardía serán destruidos, por cuanto no nos habremos rendido ante las cosas difíciles, de las que los cobardes quieren escapar.

La segunda forma para vencer la cobardía - y si lo descuidamos nunca estaremos libres - es **confiar en la palabra de Jesús**. Él dijo, lleno de compasión: *"En el mundo, ustedes habrán de sufrir; pero tengan valor: yo he vencido al mundo"* (Jn. 16:33). Él puso el temor debajo de sus pies. Si tenemos en cuenta estas palabras de Jesús, descubriremos que el miedo ya no puede dominarnos. Su paz llenará nuestro corazón.

Jesús prometió: "*Les doy mi paz...No se angustien ni tengan miedo*" (Jn. 14:27). Y Él cumplirá esta promesa, así que esperemos e invoquemos el victorioso nombre de Jesús, proclamando Su poder sobre el temor. Así como los cobardes discípulos llegaron a ser fuertes después de Pentecostés, nosotros también lo seremos, de tal modo que no tendremos miedo a la humillación, ni a la deshonra, ni a la persecución ni al mismo sacrificio de nuestra vida. Jesús, que transformó poderosamente a Sus discípulos por medio del Espíritu Santo, es el mismo Señor hoy. Él cambiará nuestra condición de cobardes en personas capaces de dar testimonio de sus convicciones y ser verdaderos discípulos de Jesús. Nos hará fieles a Él y así ganaremos la corona de la vida (Ap. 2:10).



## CODICIA: LA LUJURIA

### LOS PLACERES DE LA CARNE.

Sabemos cuánto poder tiene la codicia, uno de los pecados de la carne. Eva codició el fruto. David codició a la esposa de Urías. ¿Hay alguien que ignore que la codicia puede surgir de repente en nuestros corazones? Pensamos, por ejemplo, que no podemos vivir si no satisfacemos nuestros deseos sexuales con cierta persona. Este deseo surge de vez en cuando en nuestra sangre, tiene una fuerza dominante que no está dispuesta a mantenerse dentro de los mandamientos de Dios, y engendra pecado tras pecado: “De estos malos deseos nace el pecado...” (Stg. 1:15). Da origen al adulterio, al robo y al asesinato.

El poder de los deseos sensuales, cuando las personas se entregan a ellos, puede cegarlas de tal modo que desprecien totalmente los mandamientos de Dios. La consecuencia es la desenfrenada indulgencia sexual, las relaciones prematrimoniales o extramatrimoniales y/o las relaciones homo-sexuales. Hoy, tales conductas son aceptadas, pero Dios las condena, pues la Escritura dice: “...porque Dios juzgará a los que cometen inmoralidades sexuales y los que cometen adulterio” (Hb. 13:4b). “...Pues ya saben que quien comete inmoralidades

sexuales, o hace cosas impuras, o es avaro... no puede tener parte en el reino de Cristo y de Dios. Que nadie los engañe con palabras huecas, porque precisamente por estas cosas viene el terrible castigo de Dios sobre aquellos que no le obedecen” (Ef. 5:5-6).

El enemigo sabe cómo camuflar la maldición que resulta de ser indulgentes con la lujuria. Y hace que uno trate de justificar los deseos sexuales de la carne, diciendo: “Dios, el Creador, ha puesto este deseo en mi naturaleza; tengo que satisfacerlo; de otro modo, no tendré una personalidad bien formada”. Pero, en realidad, ser indulgente en relación al deseo sexual desenfrenado sólo lleva a la ruina. Ciertamente, nuestra sexualidad corresponde a la creación de Dios. Y cuando la vivimos ante la Santidad de Él, con disciplina, conforme a Sus mandamientos, experimentamos sus bendiciones. Pero, difícilmente podría haber otro don de Dios, que sea tan mal empleado como éste. En este caso, el diablo halla una puerta abierta. Pensamos que el hecho de ser complacientes con nuestros deseos nos proporcionará la felicidad que anhelamos, pero separados del Creador y en desobediencia a Él, la lujuria nos conducirá a la ruina por cuanto nos somete al dominio de Satanás.

Las consecuencias de satisfacer nuestros deseos tomando bebidas alcohólicas, o consumiendo drogas o teniendo relaciones sexuales fuera del matrimonio, son horribles. Si lo hacemos, literalmente experimentaremos el deterioro de nuestros cuerpos.

Muchos drogadictos mueren por sobredosis o van a parar a instituciones mentales. Las personas quieren “gozar la vida”, así que se toman la copa de veneno que el enemigo les ofrece. El cuerpo y el alma se envenenan; tienen que sufrir terriblemente y, finalmente, son destruidos, tanto en la vida terrenal como después en el mundo venidero.

Esto es una ley, porque el pecado siempre engendra la muerte. Pensamos que satisfaciendo el apetito sexual estamos consiguiendo más vida, pero en realidad, lo que obtenemos es muerte. Esto se revelará de una forma terrible en la eternidad. Allí todos podrán ver en nuestro cuerpo la medida en que se ha cedido a los deseos, y algunos despertarán “para la vergüenza y el horror eternos” (Dn. 12:2). En el infierno, los miembros de nuestro cuerpo que se entregaron al pecado (la lengua del hombre rico, por ejemplo, en Lc. 16:19-24) arderán siempre sin consumirse. Los deseos continuarán ardiendo en nuestro cuerpo, pero en lugar de satisfacción, experimentarán un terrible tormento.

No importa cuán alto sea el precio, el pecado que habita en nuestros deseos, que nos conduce hacia el placer desenfrenado y la lujuria, tiene que ser aniquilado aquí en la tierra. Tenemos que apartarnos inmediatamente de esto y comenzar a pelear la batalla de la fe hoy mismo, pues nunca sabemos si el mañana llegará para nosotros. Si pasamos de repente a la otra vida, hoy mismo podríamos hallarnos sufriendo angustia y tormento en el reino de las tinieblas.

La Palabra de Dios nos advierte muchas veces con respecto a las relaciones sexuales fuera del matrimonio y condena severamente toda clase de homosexualidad: "...quienes siguen los malos deseos: cometen inmoralidades sexuales, hacen cosas impuras y viciosas...los que así se portan no tendrán parte en el reino de Dios" (Gá. 5:19-21). "... pues en el reino de Dios no tendrán parte los que cometen inmoralidades sexuales, ni los idólatras, ni los que cometen adulterio, ni los hombres que tienen trato sexual con otros hombres..." (1 Co. 6:9-10). "Huyan, pues, de la inmoralidad sexual... el que comete inmoralidades sexuales, peca contra su propio cuerpo. ¿No saben ustedes que su cuerpo es el templo del Espíritu Santo que Dios les ha dado y que el Espíritu Santo vive en ustedes? Ustedes no son sus propios dueños, porque Dios los ha comprado por un precio. Por eso deben honrar a Dios en el cuerpo" (1 Co. 6:18-20).

No podemos tolerar los deseos desenfrenados en ninguna área de nuestra vida. Debemos exponerlos a la luz, confesarlos y renunciar a ellos. Tenemos que romper con ese pecado, de otro modo, Satanás nos retendrá en sus cadenas y no podremos liberarnos. Pero esto no es todo. Puesto que estos deseos están profundamente arraigados en nosotros, necesitamos comenzar una batalla diaria de oración y alabanza al poder redentor de la Sangre de Jesús sobre nuestra naturaleza pecaminosa. Parte de esta batalla de oración es que enfrentemos con fe el grito de nuestro corazón –"Quiero vivir y satisfacer mis deseos"–

con una decisión bien clara: “Quiero morir a la lujuria; quiero estar crucificado con Jesús y resucitar con Él a la vida nueva y heredar la gloria”.

¿Hay alguna otra forma de alcanzar la vida llena de felicidad que todos anhelamos, a no ser por la muerte? Hasta en la naturaleza vemos esta ley en acción. “¡Muere y vuelve a la vida!” Toda clase de vida surge de la muerte. ¿Podría haber otro modo para nosotros, los hombres, que estamos tan cargados de pecado y culpa?

El primer paso se da en el área del pensamiento. Aquí es donde la lujuria tiene que ser enfrentada y combatida inmediatamente, tan pronto como aparezca en la mente. Hay personas que son atormentadas frecuentemente por pensamientos, sensaciones, fantasías y sueños impuros. Lo siguiente puede ser nuestra guía práctica: no lea nada en los periódicos, ni vea nada en la televisión, ni oiga nada por radio que pueda alimentar esos pensamientos, sensaciones y/o fantasías. Si no abandonamos estas cosas, no conseguiremos librarnos de ellas. Al permitir que todas estas cosas entren a nuestro corazón y mente sólo terminaremos cosechando lo que hayamos sembrado. En esta vida éstas nos atormentan e impiden nuestro crecimiento espiritual, y un día, el grave castigo caerá sobre nosotros.

No obstante, cualquiera que se rehúse radicalmente a mirar u oír cosas impuras y clame siempre para que la Sangre del Cordero limpie sus sensaciones y pensamientos, llegará a ser libre.

Esto también es válido cuando nuestros deseos son indebidamente dirigidos a una cierta persona del mismo sexo. Tampoco debemos dejarnos engañar por los argumentos del enemigo, que pretenden hacernos creer que la amistad íntima con una persona casada es permitida porque su cónyuge no puede ofrecerle lo que necesita. Dichas necesidades justifican la situación y así sucesivamente. Tenemos que desenmascarar esta tentación y luego, en la práctica, evitar reuniones en las que podríamos encontrarnos con esa persona, aunque sea doloroso tal sacrificio. Y si es necesario, tenemos que romper cartas, borrar mensajes y/o fotografías si estas continúan atándonos a esa persona y hacen que sintamos por ella alguna atracción pecaminosa.

El mismo Jesús nos dice cuán importante es pelear una batalla radical que produzca frutos para la eternidad. Él nos exhorta a arrancarnos el ojo, si nos es ocasión de caer por medio de miradas maliciosas. Pero luego de esta exhortación, viene una declaración aún más tajante: "...es mejor que pierdas una sola parte de tu cuerpo, y no que todo tu cuerpo sea arrojado al infierno" (Mt. 5:29). El castigo para los inmorales y adúlteros de los que habla tan seriamente Ef. 5:5-6, es la condenación eterna en el infierno.

Por esa razón, si estamos encadenados a este pecado, tenemos que oír la advertencia de Jesús: "...teman más bien al que puede darles muerte (a Dios, el Juez) y también puede destruirlos para siempre en el infierno" (Mt. 10:28).

Debemos renunciar de forma definitiva a todo permiso en relación a los impulsos desenfrenados y la sensualidad, pues constituyen una transgresión a los mandamientos de Dios. En la Sangre del Cordero hay poder para libertarnos de las cadenas del pecado. El nombre de Jesús es Redentor, y verdaderamente, nos redimirá de las cadenas del pecado que nos atan a Satanás. Cualquiera que, con fe en Jesús, renuncia totalmente a estos deseos, experimentará que Él vino a darnos vida y completa satisfacción. Él se encargará de desarrollar plenamente todas las capacidades de nuestro cuerpo, alma y espíritu. Nos hará completamente felices.

Nos dará el fulgor divino de una personalidad amorosa, feliz y natural. Jesús es la esencia de la vida. Sólo Él puede darnos la plenitud de vida, sólo Él. Esa es la razón por la cual debemos renunciar a todo, es decir, abstenernos de lo que desean nuestros impulsos lujuriosos; abandonarlos y odiarlos, por cuanto ellos van contra los mandamientos de Dios. Descubriremos entonces que esa muerte es la puerta de entrada para una vida plena de alegría, en la cual recibiremos la abundancia de la vida divina, que se encuentra en Jesús.

En los sufrimientos de Jesús podemos ver la maldición mortal de toda lujuria; podemos ver sus terribles manifestaciones en el cuerpo desgarrado de Jesús. La imagen de nuestro Salvador azotado y crucificado nos llama a reflexionar: Jesús tuvo que sacrificar Su vida por nosotros, porque nosotros no

queremos sacrificar la nuestra. Estamos llenos de deseos y lujuria. Él tuvo que ofrecer Su cuerpo como un sacrificio, porque nosotros muchas veces usamos erradamente el nuestro, cedemos a la lujuria y no respetamos los límites que Dios estableció en Su Palabra. Él tuvo que sufrir tanto, porque nosotros, por medio de ese pecado, desfiguramos la imagen de Dios, aunque Él nos creó y nos redimió para que mostrásemos Su imagen.

Ahora Jesús nos pide: “Confiado en Mi sacrificio, ¡atrévete a sacrificar tu vida y cree que Yo te daré vida en abundancia!”



## AGRADAR A LOS DEMÁS

“... si todavía agradara a los hombres, no sería siervo de Cristo.” (RV 60) (Gá. 1:10). Con esta declaración, el apóstol Pablo se refiere a un “proceso canceroso” de la vida, especialmente de los cristianos. Por el hecho de que nuestro corazón está contaminado por el pecado, buscamos la aprobación de las personas, en vez de la de Dios. Esta es la razón por la cual nos sentimos tan heridos cuando perdemos el favor, el amor y la aceptación de las personas, especialmente de aquellas cuya aprobación es importante para nosotros. Por eso nos esforzamos por agradar a los otros. Pero ahí es cuando corremos el riesgo de perder el favor de Dios y de Jesús, porque Él ya no nos puede considerar como sus siervos y discípulos.

En esta situación tenemos que elegir cuál camino seguir. Una decisión importante en este tiempo de apostasía, pues si ahora estamos buscando agradar a los hombres, ¡cuán rápidamente podríamos negar a Jesús! En el pasado hemos visto ejemplos chocantes de esto entre nosotros los cristianos, y, a la vez, algo del juicio que se cosecha cuando se madura la siembra del querer complacer a los demás y del temor del hombre.

Frente a esto, el Señor nos está preguntando: "¿Cuál es el motivo que hay detrás de tus palabras y de tu conducta?". Tal vez nos mostramos amistosos con los extraños, pero dentro de nuestra familia nos comportamos enojados y malhumorados. Nuestro verdadero motivo, aunque no nos demos cuenta, es que deseamos la aprobación de los extraños, su respeto, su amor, su reconocimiento, mientras que en nuestra propia familia no estamos dependientes de esto, sin embargo, si estuviéramos interesados en la aprobación y el agrado de Dios deberíamos ser especialmente amistosos en el hogar, motivados por el amor a Dios. Otro de los peligros está representado en el siguiente dicho: "*A la tierra que fueres, haz lo que vieres*". En el trabajo y, en todas partes, seguimos el estilo de las personas que nos rodean y lo que ellas hacen, aunque esto implique chismorrear con ellas, decir chistes sucios, aceptar sus opiniones, adoptar su manera de vestir. Y decimos que hacemos todo esto porque no queremos ser "diferentes".

Tal vez nos decimos que no queremos ofender a la gente y, por eso, no les hablamos de nuestra fe. En realidad, lo que queremos es no perder su simpatía por nosotros. No importa el costo, queremos evitar tener cualquier clase de oponentes. De esta manera complacemos a las personas y hacemos cosas que no podemos justificar. Y si en tales condiciones quisiéramos dar testimonio de Jesucristo, nadie nos creería.

Así, en lugar de disfrutar de la paz, vivimos atormentados por el temor a los demás, por lo que puedan pensar u opinar de nosotros. ¡Pero esto es absurdo! Tememos a los hombres y no tememos a Dios, que realmente debe ser temido. Jesús dijo: *"No tengan miedo de los que pueden darles muerte pero no pueden disponer de su destino eterno; teman más bien al que puede darles muerte y también puede destruirlos para siempre en el infierno"* (Mt. 10:28). Realmente deberíamos temer perder la aprobación de Dios, por tratar de ganarnos la aprobación de las personas. Porque si Dios ya no está a favor nuestro, estamos perdidos, Él no usará Su poder para nuestro beneficio ni luchará por nosotros. Estaremos perdidos si el juicio de Dios recae sobre nosotros. Si deseamos agradar a los hombres, no podemos ser siervos de Dios aquí, ni en la eternidad. Él tiene poder para entregarnos al reino de Satanás. ¿De qué nos servirán el reconocimiento y el favor de los hombres, si estamos separados de la Fuente de vida, que es Dios, y un día tendremos que oírlo decir "¡Ustedes no me pertenecen!"?

No importa lo que cueste, nuestra meta debe ser, estar al lado de Dios y contar con su agrado. Por tanto, tenemos que tomar una decisión. Debemos combatir la tendencia de buscar agradar a las personas, para así agradar a Dios. De esto depende nuestro destino en la eternidad. Pensemos en el bautismo de Jesús y en Su transfiguración, y escuchemos las palabras tiernas y amorosas del Padre: *"Este es mi Hijo amado, en quien tengo compla-*

*cencia.*” (Mt. 3:17). Entonces sentiremos que nada es más valioso que recibir la aprobación de Dios y, por eso, trataremos de complacerlo sólo a Él. De esta forma, participaremos plenamente del amor de Dios, que es nuestro deseo más profundo. Además, las personas no pueden ofrecernos este gran amor, y jamás podremos sentir, por medio de ellos, plena satisfacción.

Si agradamos a Dios, Él nos amará y nos honrará, y un día esto se manifestará a toda la humanidad. Esto es absolutamente cierto, mientras que no podemos estar seguros de conquistar el amor de otras personas cuando tratamos de agradarlas. Esto puede resultar mañana en nuestra ruina. El amor humano es como el rocío, como una nube que pasa y se desvanece. Tal vez la situación cambie mañana y tales personas ya no estarán interesadas en nosotros ni dispuestas a ayudarnos. Sólo hay Uno en la cual podemos confiar; podemos contar con Su amor y con todas las bendiciones que tiene reservados para nosotros; Ese es nuestro SEÑOR Y DIOS. ¿Qué haríamos si no estuviera con nosotros? No podemos permitir que eso suceda, ni ahora ni en la eternidad.

Jesús nos exhorta a que lo escojamos a Él y sigamos su camino. En todo lo que hacemos y decimos, debemos procurar agradar a Dios. Asumamos este compromiso. Es un compromiso con la Cruz, porque es doloroso cuando las personas nos retiran su aceptación y ya no somos amados y respetados por ellas. Pueden incluso rechazarnos y hostilizarnos.

Recibiremos, entonces, el amor de Dios y de aquellos que están cerca de Él. Siempre es así. Cuanta más cerca estamos del Señor y más procuraremos agradarle, más unidos estaremos con los que están cerca de Él. ¿No vale la pena sufrir por ese motivo?



## CRÍTICA: EL JUZGAR A LOS DEMÁS

Incluido entre los pecados del orgullo, que Dios trata con más severidad, están la crítica y el juzgar a los demás. *"Dios se opone a los orgullosos"* (1P. 5:5). Aún incluso si una persona cree en Jesús y al mismo tiempo persiste en juzgar, Dios no está a favor de ella. Dios está en contra. Pero es terrible tener a Dios como oponente, estar bajo su ira, la cual tendrá su efecto pleno en el mundo futuro. Esa es la razón por la cual Jesús nos advierte con autoridad: *"No juzguen a otros, para que Dios no los juzgue a ustedes. Pues Dios los juzgará a ustedes de la misma manera que ustedes juzguen a otros; y con la misma medida con que ustedes den a otros, Dios les dará a ustedes."* (Mt. 7:1-2).

El hecho de juzgar a los demás hace recaer la ira de Dios sobre nosotros. Él estará en contra nuestra, porque este pecado es especialmente satánico. Lo que Satanás hace es juzgar y acusar. Juzgar es una de las manifestaciones de nuestro orgullo manipulado por Satanás. Con gran presuntuosidad nos sentamos a juzgar todo lo que vemos u oímos acerca de otros, normalmente sin conocer los motivos de su conducta o sus errores. Juzgar es un veneno satánico en nuestros corazones que puede acarrearos terrible juicio si persistimos en ello. Jesús nos dice esto claramente con estas palabras, al dirigirse a los que

juzgan: "¡Hipócrita!" (Mt. 7:5). Jesús amenaza a los hipócritas, diciéndoles que no entrarán en Su reino, sino que irán al reino del infierno; ellos estarán con el "padre de mentira". De modo que el espíritu de crítica, alimentado por el acusador, es nuestro mayor enemigo. Tenemos que odiarlo desde lo profundo de nuestros corazones y no tolerarlo en lo más mínimo, a menos que queramos hallarnos con el acusador, en vez de con Jesús.

¿Cómo puede uno atacar a este enemigo? En primer lugar, debemos reconocer el hecho de que estamos llenos de crítica y dejar de justificarnos, diciendo: "Tengo que decir a los demás lo que están haciendo mal, para evitar que todo se les arruine". En realidad, sentimos placer en corregir a otros y reprocharles lo que hacen. A menudo, la fuente real de nuestra crítica es la rebelión o el enojo, porque alguien actuó contra nuestros deseos o hay algo difícil de soportar. Por eso, lo criticamos y lo acusamos.

Así que, ante Dios, debemos afirmar que es una presunción acusar a otros, reprocharles y especialmente, expresar estas acusaciones contra ellos frente a otras personas. Porque entonces, nos hacemos culpables en relación al prójimo, al hacer que otros estén contra él, con lo que podríamos perjudicarlo seriamente. Cuando examinemos nuestra conciencia en un momento de quietud, debemos preguntarnos: "¿Dónde he llegado a ser culpable al juzgar a otros y reprocharlos? ¿Qué ocasionó mi espíritu de crítica? Tal vez ha arruinado la vida de otros. ¿He perjudi-

cado las almas de otras personas en el hogar, en el trabajo, reprochándolas repetidas veces y acusándolas continuamente? ".

Si nosotros, tal vez como padres o educadores, hemos llenado nuestros corazones de este veneno satánico y lo proyectamos hacia otros, debemos admitir que estamos bajo la condenación de Dios, que actuamos como siervos de Satanás.

¡Qué terrible cosecha la que recogeremos! La crítica nos robará el más precioso don que Jesús nos ha dado: el perdón y la anulación de los pecados. La crítica provoca la ira de Dios, quien nos perdonó, tal como lo dice la parábola acerca del siervo que no tuvo misericordia. Aunque su señor lo había perdonado, lo entregó a los verdugos, por cuanto no perdonó a su consiervo (Mt. 18:32-34).

Esto significa que debemos hacer todo esfuerzo para liberarnos de este espíritu de crítica y arrepentirnos de corazón. En este caso, tenemos que actuar conforme a las palabras de Jesús: "*Si tu ojo te hace caer en pecado, sácatelo*" (Mr. 9:47). Eso significa librar una batalla intensiva contra el pecado satánico de juzgar a los demás. Jesús nos muestra claramente el camino y nosotros tenemos que seguirlo. De otro modo, no habrá liberación. "*Saca primero el tronco de tu propio ojo*" (Mt. 7:5). Jesús nos exhorta a que dejemos de ofrecer nuestras opiniones respecto a otros y acusarlos, antes de asumir una posición de humildad en la presencia de Dios, para pedirle que

nos diga si hemos cometido ese mismo pecado. El pecado de crítica comienza en nosotros cuando dejamos de hacer esto. No seguimos las palabras de Jesús; criticamos inmediatamente, sin antes guardar silencio en la presencia de Dios y humillarnos por nuestro propio pecado, que puede ser más grande. Cuando llegamos a la luz de Dios, generalmente descubrimos que tenemos las mismas faltas, tal vez en forma más fuerte, y además, muchos otros rasgos indeseables. Sí, entonces comprenderemos que nuestra culpa es como una viga en contraste con la paja que está en el ojo del hermano. Es entonces cuando nos sentiremos avergonzados por nuestro pecado, y perdemos el deseo presuntuoso e indigno de juzgar y criticar a los demás.

Seremos, entonces, afectados por lo que escribe el apóstol Pablo: *"Por eso no tienes disculpa, tú que juzgas a otros, no importa quién seas. Al juzgar a otros te condenas a ti mismo, pues haces precisamente lo que hacen ellos"* (Ro. 2:1). Posteriormente dice: *"¿Por qué, entonces, juzgas a otro creyente? ¿Por qué menosprecias a otro creyente? Recuerda que todos estaremos delante del tribunal de Dios"* (Ro. 14:10 NTV). Allí compareceremos para ser juzgados por ese pecado.

De modo que hoy tenemos que escoger un nuevo camino, un nuevo lugar. En vez de sentarnos en el trono de juicio, debemos sentarnos donde nos corresponde: en el banquillo de los acusados, donde podamos ser juzgados y escuchar el juicio de Dios

contra nuestros pecados. Cuando nos mostremos dispuestos a hacer esto, Dios ya no estará en contra nuestra, ni estaremos en manos del acusador. Por el contrario, perteneceremos a nuestro Señor Jesús, quien tuvo que someterse a cinco juicios. Él hizo esto, aunque era inocente. ¿No podremos tomar este lugar, nosotros, que somos culpables? Si sinceramente comenzamos a juzgarnos a nosotros mismos, les pediremos a las personas, en nuestro hogar y lugar de trabajo, que nos digan la verdad con respecto a nosotros. Humillados de este modo, podremos aceptar los reproches que nos hagan, aunque sean injustos. Luego nuestros labios y corazones estarán en silencio y no podremos criticar a los demás tan rápidamente, ni juzgarlos tan duramente.

Jesús siguió por el camino del amor humilde, se humilló hasta el polvo y permitió que lo juzgaran. Él nos redimió como miembros de Su Cuerpo, para que vivamos con esta clase de amor que cubre los errores del prójimo, en vez de criticarlos, que perdona y tolera en vez de reprochar, que otorga bondad, en lugar de crítica. Esto no significa que debemos tolerar el pecado. Si alguna vez tuviéramos que emitir un juicio, deberemos hacerlo con un corazón humilde y amoroso, aún cuando deba ser hecho con claridad.

Pero cualquiera que se empeñe en una guerra de vida o muerte contra este espíritu de crítica, descubrirá que no hay nada que esté afianzado tan profundamente en la naturaleza que heredamos de Adán,

como lo es la crítica. Ésta no desaparecerá de la noche a la mañana sólo por un compromiso que asumamos: "Quiero permitir el ser juzgado y adoptar una actitud de humildad." No. Nuestra sangre está infectada con ese pecado. Sólo hay Uno que es más fuerte que nuestro viejo Adán. Es Jesucristo. Su Sangre tiene un poder mayor que el que tiene la sangre que heredamos de nuestros padres. Esta Sangre de Jesús tiene el poder para liberarnos, cada vez que la invoquemos. En ella hay poder para limpiarnos, del gran pecado de juzgar a los demás, de la hipocresía que nos hace culpables y hace que Satanás ponga sobre nosotros sus manos.

Por fe, tenemos que apropiarnos del poder redentor de esta Sangre. Esto sólo ocurrirá cuando libremos una batalla intensiva contra este pecado, en una lucha diaria de fe y oración. Esto incluye mantenernos en la fe, a pesar de las derrotas que experimentemos: "¡Soy redimido para amar, perdonar y soportar!". Cualquiera que esté dispuesto a resistir en esta batalla, a pesar de sus fallas, a creer en la redención de Jesús, quedará libre de este gran pecado de la crítica.



## CURIOSIDAD

La curiosidad es algo diferente a estar interesado en alguna cosa. El estar interesado en algo es bueno. La curiosidad, en cambio, es un defecto. Las personas curiosas generalmente observan y escuchan cosas que no son para ellas. Típicamente, estas personas leen cartas y notas que están en los escritorios de otros, que no fueron escritas para que ellas las vieran. En ocasiones, oyen algo que no fue dicho para ellas, sino que se dijo confidencialmente. La gente curiosa "mete la nariz" en todo y hace que sea difícil para los demás vivir con ella. Arruinan la vida en comunidad, la cual se basa en la confianza, porque insisten en saber todo lo que acontece. Y, constantemente, tratan de descubrir novedades acerca de otras personas. Si este deseo de saber cosas es demasiado fuerte en nosotros, hay algo pecaminoso en él.

Las personas curiosas deberían tratar de descubrir los motivos por los que proceden así. Por ejemplo, si siempre están curioseando, eso podría indicar que desean que se les preste atención. Al querer ser importantes, pasan la información que acaban de obtener a otros cuando no está bien hacer eso, hablan sobre estas cosas en lugares inapropiados y destruyen la relación de confianza, por querer ser el centro de atención. Si se muestran curiosas con

respecto a sólo una persona o a un pequeño grupo, por ejemplo, si una madre lee secretamente el diario de su hija, o las cartas de sus hijos, en las que hablan acerca de sus amistades, entonces probablemente la curiosidad brota del celo, del deseo de dominio, o los apegos emocionales. Desean meterse en los secretos de otros. Se sienten ofendidas si no pueden saberlo todo y, en consecuencia, hacen preguntas, ya sean directas o indirectas, por medio de otras personas. Quieren saber todo para mantener bajo control a la otra persona. Ciertamente, una preocupación justificada puede ser uno de los motivos de tal conducta, pero tratar de descubrir las cosas secretamente no es la manera de mantener una relación de mutua confianza.

Algunas veces, detrás de la curiosidad existe una desconfianza; o su raíz puede ser la falta de disciplina, cuando es confrontada con las atracciones sensuales. Estas personas están tan ansiosas de escuchar algo nuevo o íntimo, que traspasarían todos los límites éticos y morales para satisfacer su curiosidad. Debido a esta falta de disciplina, las personas curiosas, a menudo, son inducidas a leer literaturas indecentes o a ver programas obscenos de televisión. Si ven algo "por casualidad", tienen que quedarse mirando porque piensan que deben saber lo que se está mostrando. Sin que se den cuenta, el veneno puede fluir hacia sus pensamientos y corazones.

Por el hecho de que la curiosidad es un vicio, un pecado, las personas curiosas muchas veces pueden experimentar que Dios las castiga en el acto. Por ejemplo, pueden escuchar algo que provoque su celo, lo que conlleva a una mala reacción. O leen algo que no es para ellos y no comprenden el contexto. De modo que sacan falsas conclusiones, acusan a otros sin fundamentos y difunden los rumores.

De todo esto se hace culpable el curioso. Esta peca especialmente contra el mandamiento "No robarás". Porque si yo he oído o leído cosas que no me pertenecen, entonces me hago igual a un ladrón; he robado material intelectual que, frecuentemente, es mucho más importante que los bienes materiales. Si estos bienes se obtienen deshonestamente, esto puede hacer mal a otros, más que ninguna otra cosa. Si alguien es perjudicado por la curiosidad de otro, se da cuenta de que lo que ha guardado como su propiedad exclusiva, ahora es pisoteada por otros. Las personas curiosas, por tanto, son ladronas, perjudican a otras en cuestiones muy delicadas, al robarles las posesiones de su espíritu y su alma.

Es así como este pecado va en contra del mandamiento "No robarás". Así como cualquier otro pecado que cometamos contra nuestro prójimo, éste traerá el juicio de Dios contra nosotros si persistimos en él. El pecado provoca siempre la ira de Dios, especialmente cuando se presenta entre los cristianos, que saben lo relativo a la muerte expiatoria de

Cristo y a Su redención y, todavía se atreven a vivir en sus antiguos pecados sin luchar contra ellos. Si nos enfrentamos a esta verdad sobriamente, comprenderemos que no podemos continuar viviendo con este pecado. Tenemos que comenzar una verdadera batalla de fe. Así cuando seamos tentados a leer libros indecentes, o hagamos cosas similares a causa de la curiosidad, debemos recordar que esta manía puede conducirnos rápidamente al "terreno del enemigo", lo cual está pasando especialmente en nuestros días. Entonces, seríamos como un niño que va a la selva sin protección, con el fin de ver qué es lo que hay allí y acaba siendo atacado por las bestias feroces.

Además, debemos comprender que es Satanás el que nos incita a curiosear buscando novedades y a querer saber y oír lo que realmente no debemos. Si nos dejamos llevar por la curiosidad, habremos caído en su trampa y él se burlará de nosotros, por cuanto tuvo éxito en hacernos pecar y en hacernos culpables para con nuestros semejantes. Tenemos que enfrentarnos a la curiosidad, reconociendo que es un pecado, y no tolerarla más en nuestras vidas. Debemos ser estrictos en evitar ir a ciertos lugares, leer ciertos libros o ver otras cosas a las cuales quiere llevarnos nuestra curiosidad. Además, si vemos u oímos algo que no era para nosotros, sería una ventaja confesarlo inmediatamente. Eso nos haría humildes y evitaría que tratáramos de satisfacer nuestra curiosidad otra vez, porque tratamos de evitar las humillaciones.

Jesús vino a redimirnos del pecado, incluso del pecado de la curiosidad. Cualquiera que lo invoque será salvo. Así que debemos hacerlo y honrar a Jesús al no persistir ni siquiera en un pecado que nos parezca pequeño, pues si persistimos en él, estaremos deshonrando a Jesús, quien murió para liberarnos de nuestros pecados.



## DESEO DE IMPONER LA VOLUNTAD PROPIA

Sólo una voluntad puede predominar, sólo una puede tomar la decisión final. Bien sea la Voluntad de Dios, nuestro Creador, Señor del cielo y de la tierra, la cual también se nos puede revelar a través de nuestro prójimo, o nuestra propia voluntad. No hay mayor ejemplo de presunción que aquel en que una persona, que sólo es una criatura, trata de afirmar su voluntad contra la Voluntad de su Creador. También es presuntuoso pensar que nuestra voluntad, nuestras decisiones, nuestros puntos de vista, nuestro gusto, son mejores que los de nuestros semejantes. En realidad, somos demasiado arrogantes, si insistimos en que todo se haga a nuestro capricho. Así les decimos a quienes nos rodean que somos los que decidimos todo. El tratar de imponer la voluntad propia es expresión de orgullo, lo opuesto a la humildad, que nos lleva a someter nuestra voluntad a la de otros.

Es difícil vivir con personas obstinadas, porque arruinan la vida de comunidad. Por otra parte, las personas cuyas voluntades están en armonía con la de Dios y del hombre, son portadoras de paz y alegría. En cambio, los que tratan de imponerse, idolatran su propia voluntad. Se rebelan contra la Voluntad de Dios, por tanto, se hacen culpables de

hechicería. “*La rebelión es tan pecaminosa como la hechicería*” (1 S.15:23 NTV). Por eso tenemos que tomar muy en serio el pecado de imponer la voluntad propia. No sólo nos hace pecar continuamente contra nuestros semejantes, a los cuales atormentamos cuando insistimos en que se hagan las cosas según nuestra manera de pensar, sino que también nos separa de Dios. Cuando actuamos según nuestra propia voluntad, actuamos en contra de la Voluntad de Dios, inclusive cuando ésta se presenta a través de otras personas.

La Sagrada Escritura declara que los tercios y arrogantes, y los que desprecian la autoridad del Señor están entre los hombres que serán sometidos a juicio en los últimos tiempos (2 P. 2:10). Por esta razón, debemos deshacernos de este pecado, sin importar el precio. Hay una pequeña palabra que nos ayudará a pelear contra el cáncer de imponer la voluntad propia, la cual ocasiona mucha discordia y hasta arruina la comunión pacífica de muchos. Esta palabrita es “Sí” a la Voluntad de Dios. Cuando se contesta con esta palabra, ella tiene un poder maravilloso. Jesús la pronunció en Getsemaní, en un momento en que, probablemente, le costó más que nunca antes rendir Su voluntad a la del Padre. Él venció la prueba con la entrega de su corazón: “*Padre mío... pero que no se haga lo que yo quiero, sino lo que quieres Tú*” (Mt. 26:39). Jesús dijo Sí a la Voluntad de Dios cuando ésta era sumamente incomprensible para Él. Así nos redimió, para que digamos Sí a la Voluntad del Padre. Por fe podemos pedirle al Señor que nos dé esta capacidad.

Tengamos siempre presente el ejemplo del Señor Jesús, que se rindió como un cordero a la Voluntad del Padre. Que la belleza de una voluntad completamente rendida a Dios cautive nuestros corazones y permita que nuestras oraciones sean serias: "Imprime Tu imagen en mí, Jesús, Señor mío". Cada vez que oremos así, el Señor contestará nuestras plegarias. Jesús no sólo se rindió a la Voluntad de Su Padre, sino que también se dejó atar a causa de nuestra voluntad no redimida, por eso Él puede liberarnos de las cadenas de nuestra propia voluntad. Por el hecho de haberse hecho prisionero y de haber entregado Su vida en la cruz, nuestras cadenas tienen que romperse. Día tras día, debemos reclamar en oración que se cumplan en nosotros las promesas de Dios: "*¡El hizo pedazos puertas de bronce! ¡El hizo pedazos barras de hierro!* (Sal. 107:16). Si nuestra propia voluntad es como hierro y pensamos que nunca podremos dominarla, debemos apoyarnos en este hecho: Cuando Jesús rindió Su voluntad, nos redimió para que hagamos lo mismo que Él. No debemos rendirnos, sino mantenernos peleando la batalla de la fe. Al final vendrá la victoria.

Debemos someter nuestra voluntad a Dios varias veces al día, comenzando por las mañanas con la meta de fe, de que en el transcurso del día diremos "Sí" cuando nuestro deseo sea diferente al del otro, a menos que se nos haga una exigencia que vaya en contra de nuestra consciencia. Al decidir obedecer voluntariamente a alguna persona con quien vivimos o trabajamos, aprenderemos a romper nuestro propio

capricho por medio de las instrucciones recibidas. Debemos dar gracias a Dios por todas las oportunidades que tenemos de dejar que nuestra voluntad sea frustrada a través de relaciones y situaciones. Y cuando aparezca la primera reacción de desagrado o rebelión, siempre debemos humillarnos y pedir perdón por ello. Si admitimos el pecado de imponer la voluntad propia delante de las personas, y nos humillamos por ello, nuestro orgullo será quebrantado. Si aprendemos a unirnos al Cordero de Dios, diciendo: "Padre mío...no sea como yo quiero, sino como Tú", nuestra voluntad no será alimentada y morirá de hambre. De este modo, nuestra voluntad llegará a armonizar con la de Dios y esta unificación nos producirá profunda alegría.

La Batalla contra el pecado es realmente una necesidad, porque tenemos un enemigo que nos incita a pecar. La batalla de la fe, que consiste en invocar el nombre de Jesús y el poder de Su Sangre, nos libra del poder del enemigo.

*Señor Jesús, líbrame de mi voluntad propia que me esclaviza. Rompe las cadenas de mi ego. Tú llevaste estas cadenas y rendiste Tu voluntad a la del Padre, en el camino de Tus sufrimientos. Creo que me redimiste y pusiste mi voluntad propia debajo de tus pies, para que ya no reine en mí.*

*Al recordar lo mucho que te costó rendir Tu voluntad en el huerto de Getsemaní, permite que la siguiente sea mi respuesta: "¡No sea como yo quiero, sino como Tú!". Crucifica mi voluntad cuantas veces sea necesario, quítale el poder y la tenacidad que usualmente tiene para afirmarse.*

*Permíteme oír la Voluntad de Dios, de tal modo que yo pueda ser como una blanda pluma en sus manos, que Él pueda soplarla y dirigirla con Su Voluntad, para la gloria de Tu redención, que me liberó de la atadura de mi voluntad propia. Amén.*



## DESEO DE RECIBIR ATENCIÓN Y RECONOCIMIENTO.

Dos cuadros están ante nuestros ojos. En el primero, se muestra a Jesús con una corona de deshonra. Voluntariamente, Él escogió ser el más despreciado e indigno entre los hombres. Las personas se taparon el rostro ante Él y no lo estimaron. ¡Jesús es el que merece todo el honor en el cielo y en la tierra! pero se sacrificó por amor hacia nosotros y se sometió a la humillación.

En el segundo cuadro estamos nosotros, los seres humanos, llevando coronas, unas más brillantes que otras, que representan nuestro deseo de reconocimiento. Estamos muy dominados por este deseo. No importa cuál sea el precio, queremos ser honrados y respetados. Hacemos todo lo posible para lograr esta meta, y lo demás queda en segundo plano.

El notorio contraste entre estos dos cuadros nos muestra claramente cuán serio es este pecado; nos muestra que nuestro deseo de recibir atención contradice nuestro llamado divino a ser transformados a la imagen de Jesús.

Las raíces de este pecado yacen en la caída de Adán. Por esta causa, todo perdió su relación apropiada. Ya no estamos interesados, ante todo, en ser estimados por Dios y estar en la unión de amor con El. En vez de ello, tenemos un deseo apasionado de ser respetados y estimados por otras personas. Cuando sentimos que las personas, a las cuales respetamos y cuya opinión es importante para nosotros, no nos respetan, nos sentimos tristes, deprimidos, infelices y susceptibles.

Pero esto no es todo, por causa de nuestro deseo de ser reconocidos, muchas veces buscamos ser el centro de la atención, y pretendemos ser lo que no somos, o tener capacidades que no poseemos. De modo que nos hacemos falsos, y sin que lo percibamos, también hipócritas. Pensamos que servimos a Dios, pero en realidad, hacemos todo para nuestra propia honra para que otros nos respeten y de esa manera, pecamos contra las cosas más sagradas. Es entonces cuando el "¡Ay!" que Jesús pronunció contra los fariseos, se aplica también a nosotros. "Todo lo hacen para que la gente los vea...Quieren tener los mejores lugares en las comidas y los asientos de honor en las sinagogas, y desean que la gente los salude con todo respeto en la calle..." (Mt. 23:5-7).

Estos hipócritas, a quienes Jesús les dijo: "¡Ay!", están amenazados con el juicio más severo de Jesús en la eternidad. Por esa razón, no podemos tolerar el deseo de reconocimiento y atención, porque da origen a muchos otros pecados.

Ofendemos a otros, actuamos con falta de amor y los colocamos en la sombra, para así poder aparecer donde la luz nos favorezca. O hacemos cosas incorrectas para poder ser reconocidos y estimados. Especialmente en nuestros tiempos, cuando pertenecer a Jesús y seguirlo representa cada vez más someternos al ridículo y la deshonra, el deseo de reconocimiento puede ser la causa de nuestra caída e incluso de que lleguemos a negar a Jesús. Sí, cuando este deseo de recibir la honra de la gente es demasiado fuerte en nosotros, Jesús tiene que lamentarse por causa nuestra, como lo hizo por causa de los fariseos que no lo aceptaron: “¿Cómo va a ser posible que ustedes crean, si unos a otros se rinden gloria, pero no buscan la gloria que viene del Dios único?” (Jn. 5: 44 NVI).

Así que este pecado, que normalmente está profundamente arraigado en nuestra personalidad, nos separa de Jesús y de la vida divina. Esa es la razón por la cual debemos ser liberados de ello, sin importar el precio que tengamos que pagar. ¿Qué será lo que puede ayudarnos?

Primero que todo, tenemos que permitir que el Espíritu de Dios siempre nos muestre, cuán despreciables son nuestros deseos de lograr el reconocimiento y luego, hacer una renuncia definitiva: "Señor, yo no quiero ser importante, no quiero ser tratado con consideración". Entonces, descubriremos que hay poder en esta renuncia resuelta, y que Jesús la acepta. Él, el Hijo de Dios, se entregó para ser despreciado y rechazado por todos. Ahora, Él

puede ayudarnos. Lo que es suyo, es nuestro. Él logró esta humildad, este deseo de ser nada. Es entonces cuando recibimos el más grande don. Seremos respetados por Dios. El Padre dijo que Él se complacía en Su Hijo, cuando Jesús bajó al Río Jordán y permitió que los demás pensarán que Él era un pecador, que no era digno de respeto. Este "descenso" le trajo a Jesús un reconocimiento y amor especial del Padre, y con ello, una gran alegría.

Jesús abandonó la gloria y escogió el menosprecio, para que nosotros fuéramos redimidos de nuestro deseo de recibir reconocimiento y ser transformados a su imagen de humildad. Su humillación, aún hasta el punto de morir como un criminal en la cruz, es garantía segura de Su ayuda para todos los que queramos ser libres del deseo de reconocimiento.



## DESCONFIANZA

La desconfianza es lo opuesto a la confianza. Es la raíz de la incredulidad hacia Dios. No confiamos en Su Voluntad, es decir, que los motivos que hay detrás de Sus acciones, son siempre amor. Tal actitud provoca la ira de Dios, quien sólo planea el amor para sus hijos. Podemos ver esto cuando observamos a los israelitas en el desierto. Ellos no confiaron en Dios y afirmaron que morirían, por el hecho de que Él los estaba dirigiendo a través del desierto. Esta conducta provocó tanto la ira de Dios, que Él dijo: "¿Hasta cuándo va a seguir menospreciándome este pueblo? ¿Hasta cuándo van a seguir dudando de mí a pesar de los milagros que he hecho entre ellos?" (Nm.14: 11).

Desconfiar de Dios significa que tenemos una imagen falsa de Él en nuestros corazones. Le atribuimos a Dios malas intenciones, porque las tenemos nosotros mismos en nuestros corazones. Cuando desconfiamos de Dios, descubrimos que Él nos trata de la misma forma que trató al pueblo de Israel en el desierto: "Yo, el Señor, juro por mi vida que voy a hacer que les suceda a ustedes lo mismo que les he oído decir" (Nm. 14: 28). Dios permitirá que experimentemos lo que hemos pensado o dicho con desconfianza, por ejemplo, que Dios nos abandona, que el modo como está dirigiendo es

difícil y no recibiremos ayuda. Descubrimos que Él nos trata tal como pensamos que lo haría. Cualquiera que piense que Dios tiene malas intenciones, experimentará esos males. Ese es Su juicio contra nuestra desconfianza aquí en la tierra, ¡y cuán grande será este juicio en la eternidad!

Detrás de todo pensamiento de desconfianza, incluso hacia otras personas, hay algo serio, una acusación que no se expresa con palabras. Pensamos que la otra persona no tiene en mente las mejores intenciones; no quiere que tengamos nada bueno. Este veneno de la desconfianza destruye la relación de confianza con nuestro Padre Celestial y también con nuestro prójimo.

Porque, si desconfiamos del amor y de la sabiduría de Dios, aunque no lo hagamos intencionalmente, tendremos la misma actitud de desconfianza y de prejuicio hacia nuestros semejantes y nos haremos culpables en relación a ellos. Esta culpa nos acusará ante el tribunal de Dios, si no la sacamos a la luz, si no nos arrepentimos para el perdón por medio de la Sangre de Jesús.

Pero, si somos desconfiados hacia nuestros semejantes, el juicio de Dios nos alcanzará hasta en nuestra vida cotidiana. Porque al destruirse la relación de confianza, ya no recibimos las cosas buenas que, de otro modo, nos hubieran dado. De esta manera llegamos a ser infelices. Esta es la consecuencia del pecado.

La desconfianza nos separa de Dios y del hombre y envenena nuestra vida. Por esta razón, debemos apartarnos de este pecado. Pero esa no es la única razón. Nuestra corta vida sobre la tierra es una preparación para la eternidad. Si somos desconfiados, ¿cómo podremos ponernos ante Dios? Sabemos que la desconfianza fue una de las razones por las cuales Adán y Eva fueron echados del huerto de Edén. Ellos pensaron que Dios quería retenerles algo bueno. Esta desconfianza fue avivada por Satanás, la serpiente. Así que el hombre cedió a la tentación y cayó bajo el dominio del príncipe de este mundo. La desconfianza nos lleva a estar sometidos al poder del enemigo. Los desconfiados ponen su confianza en Satanás, en vez de ponerla en Dios; oyen la voz seductora del maligno.

Este pecado requiere una conversión radical. No podemos seguir escuchando esta voz del acusador, que quiere sembrar el veneno de la desconfianza en nuestros corazones, o que ya lo ha hecho. Él sugiere que Dios nos está reteniendo las mejores cosas. Tenemos que odiar la desconfianza como al mismo diablo y comenzar a pelear la batalla, hasta el punto de derramar sangre, si no queremos llegar a ser propiedad del enemigo.

En la lucha contra la desconfianza, primero debemos descubrir la raíz de ella, la cual se manifiesta normalmente en la relación con nuestro prójimo. Esa es una preocupación excesiva de nuestro ego. ¿Recibimos lo que merecemos? ¿Seremos suficientemente amados y respetados?

Esa es la razón por la cual desconfiamos de la dirección de Dios. Es Por eso que sospechamos de nuestro prójimo. Siempre pensamos que estamos en peligro de que alguien se aproveche de nosotros o de que haya personas que estén hablando mal de nosotros, o de no recibir el amor y respeto que creemos merecer. Por esta razón, la persona desconfiada imagina que aquellos que tienen apariencia de ser amigos, en realidad están contra ella. El desconfiado siempre supone que los otros tienen dobles intenciones. De este modo, no puede ser feliz y por ello, no sólo amarga su propia vida, sino también a la de su prójimo y se hace culpable ante él, porque desconfía de los que le dicen y hacen el bien. Y cada vez que surge un mal entendido, inmediatamente supone una mala intención. La desconfianza impide que se unan los lazos de amor, porque el amor todo lo cree y no piensa mal de su prójimo, y aún corre el riesgo de ser decepcionado.

Como el egoísmo nutre a la desconfianza, es muy importante, si queremos ser liberados de este pecado, hacer un compromiso serio como el siguiente: “No quiero ser respetado por ciertas personas, ni quiero ser popular, Señor, acepta hoy mi compromiso. No quiero preocuparme por no recibir lo que considero algo merecido; no quiero estar envuelto en mí mismo. Quiero confiar en que Tú no dejarás que me suceda nada que no sea para mi bien. Siempre quiero pensar lo mejor de mi prójimo y no dar lugar a ningún pensamiento de desconfianza...”

Luego, debemos encontrar formas de demostrar amor y confianza a aquellos de quienes hemos desconfiado. Eso nos ayudará; porque si damos amor a otros, ya no podremos centrarnos en nosotros mismos.

Asimismo, experimentaremos algunas derrotas en nuestra vida de oración y fe, puesto que este veneno de la desconfianza es muy fuerte en nuestra sangre. No será fácil deshacernos de estos pensamientos negativos. Sólo hay una medicina que nos ayudará: la Sangre de Jesús. Debemos reclamar su efecto sobre nosotros y contar con el hecho de que Su amor lleno de confianza hará efecto en nuestro interior. Jesús fue constantemente decepcionado por sus discípulos, sin embargo, confió en ellos hasta el fin. Después de que ellos lo abandonaran de manera deshonrosa en Su Pasión, Él volvió a confiar en ellos después de Su resurrección. Él les permitió que siguieran siendo Sus discípulos e incluso, les dio nuevas misiones. Él ganó la victoria de este amor confiado para nosotros, aunque le costara mucho. Él quiere garantizarnos este amor que nos permite confiar en Dios y en el hombre.

Contemplemos al Padre celestial, cuyo amor por sus hijos es tan grande e inimaginable, que no sólo entregó a Su propio Hijo, sino que incluso lo entregó a los pecadores, quienes lo maltrataron, lo ridiculizaron y lo crucificaron como a un criminal. Todo esto lo hizo para salvarnos y hacernos felices. Tenemos que decirnos a nosotros mismos: “Así es

mi Padre celestial. Él solamente tiene pensamientos de amor y paz para mí, pues Él me ha demostrado Su amor”.

Por tanto, debemos avergonzarnos y pedirle que nos conceda un espíritu de arrepentimiento muy profundo, porque hemos herido Su corazón tan amoroso con nuestra desconfianza. Renunciemos a la desconfianza, a Satanás y a sus malas obras, porque Él sólo quiere llevarnos hacia la desdicha, tanto aquí como en la eternidad. Cada vez que tengamos pensamientos de desconfianza, debemos decir: “En el nombre de Jesús, y por el poder de Su Sangre redentora, apártense de mí, no quiero nada que tenga que ver con Satanás y sus pensamientos seductores. Yo pertenezco a Jesús, quien ganó para mí una confianza de niño en el amor del Padre”.

Si seguimos este camino, seremos libres del pecado de la desconfianza, así como es cierto que Jesús nos redimió de todo pecado en el Gólgota.



## DESOBEDIENCIA

Porque la rebelión es como pecado de adivinación, y la desobediencia, como iniquidad e idolatría. (1 Samuel 15:23). ¿Acaso no estaba celoso Saúl por las cosas de Dios? Sí, pero la obediencia es mejor que el sacrificio, el celo y el esfuerzo, si se trata de una entrega elegida por uno mismo y que no busca la voluntad de Dios. Mientras que la obediencia demuestra el amor puro que procede de Dios, la desobediencia busca satisfacerse a sí misma, satisfacer sus deseos y seguir su propio camino. Pero solo una voluntad puede ser válida. El desobediente, por lo tanto, se atreve a oponerse a la voluntad de Dios. Su propia voluntad es, por así decirlo, su “ídolo” como una varita mágica a través de la cual quiere abrir todos los recintos deseados.

Cuando somos cristianos, normalmente no actuamos en abierta desobediencia, como los no cristianos. Pero, al igual que Saúl, disfrazamos nuestra desobediencia. Alegamos que nuestro trabajo es necesario, que es un ministerio beneficioso para Dios y para el hombre.

Sin embargo, seamos creyentes o incrédulos, la desobediencia sin arrepentimiento, pertenece al grupo de pecados que merecen la muerte (Ro.1:30-32). Los que se atreven a cometer este pecado, están rechazando la voluntad de Dios. Se han separado de

Dios y están muertos, aunque no se dan cuenta de ello. Pero un día, en el reino de la muerte, sufrirán la segunda muerte (Ap.20:14-15; 21:8). Esa es la razón por la cual tenemos que renunciar a toda desobediencia.

Cuando observamos al pueblo de Israel, vemos las consecuencias de la desobediencia. Por causa de ella, el pueblo de Dios se apartó de Él y la mayor parte de los israelitas murieron en el desierto. Ellos no tomaron en serio las palabras de Dios: “...*si de veras obedeces al Señor tu Dios...todas estas bendiciones vendrán sobre ti*” (Dt.28:1-2). Fue sólo por amor que Dios exigió obediencia. Sólo por amor les dio sus mandamientos; y sólo por amor nos los da hoy, para llevarnos a la felicidad, si nos mantenemos sumisos a ellos. Por otra parte, la desobediencia siempre conducirá hacia la desdicha.

En verdad, la desobediencia, la falta de respeto a los mandamientos de Dios, los cuales nos muestran tan claramente Su voluntad, se está manifestando más ampliamente hoy de lo que jamás ocurrió antes. Y la maldición, ocasionada por esta desobediencia, ya se hace cada vez más evidente con todo el horror del pecado, lo que arruina las vidas y conduce hacia el caos. ¿Será que Dios tendrá que lamentarse una vez más, hoy en día, por las muchas naciones, y especialmente, por los Suyos? “...*Todo el día extendí mis manos a un pueblo desobediente y rebelde*” (Ro.10:21). Ellos “*iban por caminos perversos siguiendo sus propios caprichos*” (Is.65:2).

Muchas veces son los Suyos quienes están en peligro de desobediencia y no se dan cuenta de eso. Ellos conocen Su voluntad y Sus mandamientos mejor que los que viven separados de Él, y saben cuán importante es escuchar y obedecer. Pero actualmente hay tantos argumentos “razonables” que explican por qué los mandamientos de Dios no son obligatorios para nosotros los cristianos. Hay personas que dicen que los mandamientos precisan ser adaptados a las nuevas condiciones de los tiempos. Pero tiene serias consecuencias cuando cristianos son desobedientes y alteran las normas de los mandamientos de Dios.

Existe otra forma de desobediencia, una forma “piadosa”. Muchos cristianos se desgastan en servicio para el Señor, ofrecen sacrificio tras sacrificio. Pero aún así, no producirán fruto. No hay bendición en su trabajo, aunque reciban muchos elogios. Dios ve el corazón, pero los hombres sólo ven lo que está ante sus ojos. Por la impresión dejada por su trabajo en el reino de Dios, no falta quien los exalte a lo más alto del cielo, pero, en realidad, su lugar puede estar muy lejos de Dios un día, porque sus esfuerzos y sacrificios fueron elegidos por ellos mismos y en desobediencia a Dios.

Hubo una misionera que, por estar enferma, fue enviada de vuelta a su casa, dejando el campo misionero. En la misión ella había sido admirada por su dedicación, amor y disposición para el sacrificio. Ya en su país, de repente se volvió insoportable,

rebelándose contra todo, por verse obligada a hacer trabajo administrativo. Ella dijo: “*No puedo vivir sin servir a las personas*”. Pero entonces, Dios dirá sobre ella: “*obedecer es mejor que los sacrificios...*” (1S.15:22). Ella no era capaz de someterse en obediencia a la voluntad de Dios, que era abandonar su primer trabajo a causa de la enfermedad. El ministerio que estaba realizando no nacía del amor a Dios, ni de un puro amor por el ser humano. Ella había vivido para sí; había realizado este ministerio para satisfacer su ego. Le faltaba el verdadero amor por Jesús, pues Él dijo: “*El que me ama, hace caso de mi palabra*” (Jn. 14:23); es decir, cumplirá la voluntad de Dios.

Vemos cómo actúa el enemigo de manera astuta con los cristianos “piadosos”. Él sabe que conscientemente no cometeríamos un pecado obvio, porque sabemos que la desobediencia es pecado y será castigada. Por eso, utiliza un método diferente para que caigamos en su trampa. Nos dice que deberíamos ofrecer algo especial para Dios y a Su servicio, o a favor de nuestro prójimo que está en necesidad. Pero, en vista de las serias consecuencias que acarrea la desobediencia, para el tiempo presente y la eternidad, deberíamos detenernos y pedirle a Dios:

“¡Ponme a la luz de Tu verdad! ¡Permíteme percibir los verdaderos motivos de mis acciones y arrepentirme cuando desenmascares motivos errados, y me muestres que algo nació de la desobediencia!”.

Si Dios nos convence de desobediencia y encon-

tramos difícil obedecer a Su voluntad, debemos contemplar el rostro de Jesús, que es puro amor, y nos dice que Su voluntad es buena. Él nos pide que aceptemos Su voluntad y que la cumplamos en obediencia. Él nos asegura que sólo Su voluntad es lo mejor para nosotros. Ofendemos a Jesús cuando no creemos que Su corazón está lleno de amor, que Su voluntad es sólo bondad, y por lo tanto frustramos sus intenciones de amor a causa de la desobediencia. El amor obedece. Realmente, si yo amo a alguien, puedo leer los deseos en sus ojos. Nosotros somos llamados y redimidos para tener esa clase de relación de amor con Dios; debemos seguir los pasos de Jesús, quien dijo: *“Mi comida es hacer la voluntad del que me envió y terminar su trabajo”* (Jn.4:34). Si nuestro corazón reposa en Su voluntad, estaremos llenos de paz y alegría. Entonces, todas nuestras acciones producirán fruto eterno y la bendición de Dios reposará sobre todos nuestros caminos.

Cuando estamos unidos con la voluntad de Dios, nuestra vida se llena de poder, porque estamos unidos con Aquel que tiene todo el poder en el cielo y en la tierra. Cuando rendimos nuestra voluntad a Dios, Su corazón se abre y un torrente de amor, paz y alegría fluye hacia nuestro corazón. Estar unidos con la voluntad de Dios nos transforma para que seamos semejantes a Él. Es indescriptible la riqueza espiritual que la obediencia, así como la entrega de nuestra voluntad a Él, nos traerán. Cuando obedientemente decimos “Sí” a la voluntad de Dios, incluso

cuando nos viene a través de otras personas, nuestros sufrimientos y necesidades pierden su poder.

Por lo tanto, no importa lo que cueste, debemos elegir siempre la voluntad de Dios y no la nuestra. En todas las cosas, grandes o pequeñas, nos enfrentamos con esta decisión. Pero estemos seguros de esto: Si elegimos la voluntad de Dios y actuamos según Sus mandamientos, estaremos unidos a Él. Pero, si actuamos en desobediencia, haciendo nuestra propia voluntad, esto pueda atarnos a Satanás. En este caso, nuestra vida no será bendecida.



## DISTRACCIÓN: FALTA DE CONCENTRACIÓN, PENSAMIENTOS FANTASIOSOS

Hablamos del “profesor distraído”, que nunca sabe lo que está pasando, que olvida todo, por estar tan preocupado con su propio mundo intelectual. Del mismo modo, si somos distraídos en la oración, es porque estamos preocupados por otras cosas que, como un imán, atraen nuestros pensamientos.

Ignorar lo que ocurre, no “permanecer en Dios” durante la oración o en el trabajo, puede tener otra razón: el soñar despierto o fantasear. Algunos buscan refugio en ciertos pensamientos y otros se refugian en falsas ilusiones y así viven atrapados en un mundo imaginario. Si somos distraídos o vivimos fantaseando, nuestros pensamientos no están bajo el dominio de Dios. Retenemos cierta parte de nuestra vida alejada de Él. Sin embargo, no comprendemos que nuestra distracción y los pensamientos fantasiosos nos apartan de Jesús y de lo que Él requiere de nosotros. Siempre que queremos apegarnos a algo que nos fascina o nos dejamos llevar por las fantasías, estamos impidiendo que Jesús entre en nuestro corazón y que habite allí.

Eso trae serias consecuencias, pues Satanás toma aquello que no está bajo el dominio de Dios, como su espacio de influencia. ¿Cuán a menudo esa clase de fantasías nos llevan a seguir un camino de pecado? Satanás se apodera de nuestros sueños. Tales ilusiones, aparentemente inofensivas, no son tan inocentes en realidad. Además de que pueden conducirnos a cometer pecados concretos, también pueden separarnos de Jesús y privarnos del fruto en nuestra vida aquí y por toda la eternidad.

Pero eso no es todo, Jesús dijo: *“El que no permanece unido a mí, será echado fuera y se secará como las ramas”* (Jn.15:6) Aquí Jesús nos está diciendo cuán serio será el castigo, seremos “echados fuera”, esto es, seremos separados de Él y de Su reino celestial, por haber vivido separados de Él aquí en la tierra.

Esa es la razón por la cual tenemos que librarnos a cualquier precio de la distracción y de las fantasías creadas en la mente. De otro modo, esas cosas nos conducirán a la más grande tristeza por toda la eternidad: teniendo que vivir lejos de Jesús, excluidos de su presencia. Por tanto, lo primero que debemos hacer es arrepentirnos, porque perdimos el *“primer amor”* (Ap.2:4), el amor que nos mantiene unidos a Jesús todo el día, con todo el corazón, con todos nuestros pensamientos y en todas nuestras actividades.

Así que, si nuestra vida todavía está atada a alguna cosa que no sea el Señor Jesús: a nuestro ego, a nuestros deseos, a personas o a cosas, tenemos que arrepentirnos. De ahí surgen los pensamientos que divagan durante la oración. Es por eso que no podemos seguir atentos una conversación con otras personas. Son otras ideas las que cautivan nuestros pensamientos y fantasías durante todo el día. Es necesario que rechacemos esas cosas, para que seamos libres. Necesitamos alejarnos de las personas y los grupos que no representan la voluntad de Dios para nuestras vidas o dejar de leer ciertos libros y revistas, o no leer tanto de ellos – incluso algunos títulos cristianos. Debemos dejar de gustar tanto tiempo hablando con otras personas, si sentimos que eso nos fascina y ejerce dominio sobre nosotros. Significa también que debemos abandonar ciertos tipos de trabajos y servicios que no son necesarios, y que sólo los hacemos para nuestra satisfacción y utilizar ese tiempo extra en la oración. Si Satanás quiere impedirnos que oremos, insinuándonos que es imposible encontrar tiempo, ya sabemos la respuesta: “Querer es poder”. Cuanto más nos alejamos de otras cosas y dedicamos ese tiempo para estar a solas con Dios, para hablar con Él, más desaparecerá la distracción y Jesús nos introducirá a Su mundo.

Muchas veces existe otra raíz de donde proceden las falsas ilusiones y la distracción: nuestro deseo de evitar la cruz. No queremos enfrentar la realidad con todos sus problemas, la realidad de las tinieblas del mundo, la realidad de la santidad de Dios y de

nuestro pecado. No queremos sufrir las consecuencias de esto: tomar la cruz sobre nosotros y pelear la batalla de la fe contra el pecado. Por eso, huimos hacia el mundo imaginario de nuestros sueños y pensamientos distraídos. Pero en realidad, no podemos escapar de las cosas difíciles. De hecho, estamos aún más a su merced, por cuanto nos separamos de Jesús. Debemos rogar al Espíritu Santo que nos dé luz respecto a esto y un profundo espíritu de arrepentimiento, con el objetivo de romper definitivamente con tales fantasías.

Pero también, es una cuestión de entrar en una batalla real, de tal manera que nuestros pensamientos e ideas estén arraigados en Jesús y, de este modo, logremos llegar a la etapa en que habitemos en Él. Debemos pelear continuamente hasta que nuestra unión con Jesús no sea rota por las fantasías y la distracción. De otro modo, nuestros días y nuestra obra no tendrán fruto; serán en vano.

Descubrí algo que me ha ayudado mucho. Todas las noches, al terminar mi oración, y en la mañana, antes de comenzar mi trabajo, le pido al Espíritu Santo que me advierta cada vez que comience a perderme otra vez en mis pensamientos. Y Jesús contesta a mi oración. Él me concede temor y aversión hacia todo aquello que trata de destruir mi relación y unión con Él, el único que es vida eterna.

*“Ocupense de su salvación con profunda reverencia” (Fil.2:12). “Pelea la buena batalla de la fe”*

*(1 Timoteo 6:12).*

Necesitamos diariamente el nombre victorioso de Jesús y proclamar Su poder sobre nuestra incapacidad para concentrarnos, y sobre nuestros pensamientos fantasiosos. Así como es cierto que Jesús vino como Redentor, Él nos redimirá/ liberará, para que seamos Sus discípulos y habitemos en Él y así llenará nuestra vida y nuestras actividades con fruto divino. Jesús anhela que permanezcamos en Él, porque anhela nuestro amor. Y una señal del verdadero amor consiste en tener el deseo de estar en estrecha unión con aquel al que amamos, en todo lo que hacemos, decimos y pensamos. Si amamos a Jesús, sólo tendremos un deseo: el de no perderlo a Él durante el día, el no estar fuera de Su amor, y, por otro lado, demostrarle nuestro amor, dándole todo, incluso nuestra mente, para que esté bajo Su dominio.

*Cuida tu mente más que nada en el mundo,  
porque ella es fuente de vida.*

(Pr.4:23 DHH).



## EGOÍSMO

Los egoístas representan lo opuesto de aquello para lo cual fuimos creados. Fuimos creados y redimidos por el Señor, que es Amor eterno. Jesús nos libertó para que podamos amar. El amor siempre se centra en otra persona. El egoísmo es lo opuesto al amor, porque el egoísta siempre se centra en sí mismo y no es sensible al otro individuo, ni a lo que éste necesita o desea. Mientras el amor se preocupa por la otra persona y da libremente, el egoísta solo piensa en satisfacer su ego. Cree que debe tener sus derechos. Sus exigencias deben ser satisfechas, ya sean relacionadas con la salud, la comodidad, el tiempo libre o con el derecho al respeto. Sólo vive para su ego; lo mimó. No está interesado en las dificultades que les causa a los otros, ni en el tiempo y la energía que les roba. Algunas veces se aprovecha conscientemente de las personas que lo rodean, especialmente de aquellos que están bajo su autoridad, y los utiliza de manera que podría dañarlos en el cuerpo, el alma o el espíritu.

El aspecto grave de esto consiste en que el egoísta vive para sí mismo y no para Dios, ni para el prójimo confiado por Dios a él. En vez de adorar a Dios, adora su propio ego. Va a ser terrible cuando despierte en la eternidad. Será alcanzado por este veredicto: *“...pero afuera (de la Ciudad de Dios) se*

*quedarán...los que adoran ídolos” (Ap.22:15). Un egoísta, a causa de su imprudente egocentrismo, corre el riesgo de pasar por encima de todo para satisfacer sus propias exigencias, sin importarle el daño que pueda causar a su prójimo. Así, de diferentes maneras, él quebranta los mandamientos de Dios y amonтона juicio y desgracia para sí. Por esto, tenemos que odiar nuestro egoísmo y emprender una seria batalla de fe contra él, para ser liberados.*

Sobre todo, es necesario reconocer, a la luz de Dios, nuestro egoísmo disfrazado. Podemos disfrazarlo, por ejemplo, amando a nuestra familia y cuidándola. Ciertamente, esto es algo muy bueno. Pero si estamos tan interesados en los derechos y en el bienestar de nuestra familia, perjudicando a otros, eso se llama “egoísmo familiar”. Simplemente nos concentramos en un “ego ampliado”. Otra expresión de este “egoísmo familiar” puede manifestarse en la actitud de los padres, que, por causa de sus planes ambiciosos, tratan de impedir que sus hijos sigan el llamado de Dios para dedicarse a un servicio de tiempo completo para Su Reino.

El egoísmo no sólo hace sufrir a otras personas, y que pequemos contra ellas, sino que también perjudica nuestra alma. Nosotros lo alimentamos con todo lo que desea nuestro ego, de tal forma que ya no queda lugar para la vida divina, para la morada del Señor Jesús en nuestro corazón. Es entonces cuando Jesús nos dice las siguientes palabras: “...sé que estás muerto, aunque tienes fama de estar vivo”

(Ap.3:1). Si creemos en Jesús y seguimos siendo dominados por el egoísmo, entonces estamos llevando una vida cristiana imaginaria, y pertenecemos al grupo de los hipócritas. Cuando entregamos nuestra vida a Jesús, le damos las prioridades de nuestra vida: *“Y Cristo murió por todos, para que los que viven ya no vivan por sí mismos, sino para Él, que murió y resucitó por ellos”* (2 Co.5:15).

Pero, ¿cuántos cristianos han conservado el egoísmo cuando abrazaron la fe y dejaron que él se desenvuelva en el área espiritual? Este crecimiento canceroso rápidamente penetra en todos nuestros nuevos intereses espirituales, tales como en: el deseo por tiempos de quietud y oración, por mayor conocimiento espiritual, por la comunión con otros fieles/creyentes, por el anuncio de la Palabra de Dios y los servicios de culto y adoración, y así sucesivamente. Sin darnos cuenta, podemos ir a las reuniones cristianas sólo para nuestra propia edificación, y no para juntos rendirle gloria al Señor. Incluso en los días de la Iglesia Primitiva, el apóstol Pablo tuvo que lamentarse: *“Todos buscan su propio interés, y no el interés de Jesucristo”* (Fil.2:21).

El egoísta “piadoso” juzga todo conforme al beneficio que él logra de las cosas. Canta, ora, cree y tiene una vida espiritual para su propio bien, pero al actuar de esta manera, está cayendo en una tremenda hipocresía. El egoísta solamente necesita del Señor, cuando Él lo puede beneficiar en algo. Es por eso que se muestra insolente para con el Señor, cuando

Él no atiende a sus reclamos y decepciona sus expectativas egoístas.

El egoísta es una falsificación de un discípulo de Jesús. El siguiente versículo lo demuestra: “*Y el que no toma su propia cruz y me sigue, no puede ser mi discípulo*” (Lc.14:27). Por lo tanto, el egoísta no puede pertenecer al Reino de Jesús. Le falta un importante elemento de la vida de Jesús y de la vida de todo verdadero discípulo: **el sacrificio**. Solamente donde hay sacrificio, hay verdadero amor. Y todo aquel que practique lo opuesto al amor en su vida, estará fuera del Reino de los Cielos, el reino de los que aman. El egoísta, que ahorra su ego, evitando el sacrificio y fallando en relación al amor, no puede pertenecer a Jesús ni a Su reino, ni aquí ni en la eternidad.

Ya que todos tenemos una tendencia a ser egoístas, es necesario que comprendamos claramente que debemos ser liberados del egoísmo, sin importar cuánto cueste. El modo de lograrlo implica una rendición definitiva de la voluntad. Tenemos que tomar una decisión. ¿Queremos continuar imponiendo nuestras exigencias egoístas, para que sean cumplidas? ¿O queremos odiar este “ídolo”, nuestro ego, y dejar de darle todo aquello que lo alimenta? ¿Queremos hacer todo para sentenciarlo a muerte? Si le decimos a Jesús: “Quiero ser tu discípulo; quiero marchar contigo por el camino del sacrificio”, ya hemos dado el primer paso. Porque Jesús solamente puede libertarnos de la esclavitud al pecado, si sinceramente nos entregamos a Dios.

Este camino de dedicación y entrega está claramente resumido en la Carta a los Filipenses: “*ninguno busque únicamente su propio bien, sino también el bien de los otros*”. Entonces, el camino de sacrificio de Jesús, es marcado: “*Tengan ustedes la misma manera de pensar que tuvo Cristo Jesús, el cual... hizo a un lado lo que le era propio*” (Fil. 2:4-6). Cuánto más podamos contemplar la persona del Señor Jesús y el camino que Él caminó, así como ser conmovidos por Su amor que lo llevó a despojarse por nuestra causa, tanto más seremos capaces de odiar nuestro ego y egoísmo. Entonces, nuestra gratitud a Jesús y amor hacia Él nos impulsarán a reclamar Su redención y pelear la batalla de la fe contra el pecado del egoísmo. Eso significa que tenemos que alabar el poder de Su Sangre sobre todas las exigencias de nuestro ego, cada vez que surjan dentro nuestro.

Pero también significa, que cada vez que nos domine un acto egoísta, debemos ser movidos al arrepentimiento. Cada vez que hayamos cedido al ego y persistido en esto o en aquello, deberemos renunciar, y, además, sacrificar tanto como sea posible. En respuesta a nuestras oraciones para libertarnos del egoísmo, Dios exigirá muchos y dolorosos sacrificios y tenemos que decir: “*Sí*”. Deberemos dedicarnos principalmente a aquellos a quienes hemos perjudicado con nuestro egoísmo y desconsideración. Entonces, Jesús probará lo que Él es y lo que puede hacer. Él puede transformar a un egoísta en un alma amorosa y abnegada, para la gloria de Su nombre.

## ENVIDIA

La envidia es una raíz venenosa en nuestra alma y puede matar a otros. El mismo Jesús fue víctima de este poder asesino, como está escrito: *“Porque se había dado cuenta -Pilato- de que lo habían entregado por envidia”* (Mt.27:18). Las personas envidiosas no soportan ver que sus prójimos, especialmente los que están en su mismo nivel o con quienes conviven, consigan algo más o mejor que ellos. Esto es principalmente cierto en los aspectos que más nos interesan, por ejemplo, en la parte intelectual, en la belleza o la fuerza física, en el reconocimiento que se recibe y la popularidad, en las ventajas materiales y en otros privilegios que se tienen en el hogar o en el trabajo. Por ejemplo, la madre envidiosa se siente herida cuando ve que el hijo de su vecina es más popular que el suyo; le duele si ése tiene un matrimonio feliz y en cambio su hijo no lo tiene. ¡Cuántas veces miramos a otros con desprecio sólo porque les está yendo bien!

En tales situaciones, cuando Dios da algo a otro que nos ha negado a nosotros, rara vez nos limitamos a sentirnos solamente heridos. Ese veneno destila de nuestro corazón en palabras y acciones. En los casos más simples, lo mínimo que hacemos es mostramos poco amables para con los otros; los rechazamos;

discutimos con ellos y les amargamos la vida. Pero, muchas veces, así como los fariseos se vengaron de Jesús, nos vengamos de otros, por cuanto han logrado el honor, el reconocimiento y la popularidad que pensábamos que eran nuestros, por medio de sus méritos. Tratamos de humillarlos de algún modo, de desprestigiarlos ante los demás, o exponerlos a la luz pública lo mejor que podamos. Algunas veces hacemos esto inconscientemente, porque creemos tener razones justas para pelear contra ellos. Y si llegamos a ser conscientes de nuestra envidia, tal vez intentamos hacer parecer que actuamos sin maldad o, incluso nos compadecemos porque Dios no nos ha dado algo que le ha dado a la otra persona. De esta forma, estamos justificando nuestra envidia.

Por causa de nuestra ceguera no vemos que, cuando estamos llenos de envidia, nos encontramos bajo un severo juicio de Dios. La envidia es uno de los pecados que puede excluirnos del reino de Dios, según la Sagrada Escritura (Gá.5:19-21). Para los envidiosos, esto significa un terrible destino en el futuro. A los envidiosos se les negará la entrada al reino de Jesucristo, aunque se llamen cristianos. De cara a la eternidad no podemos, de ninguna manera, tolerar la envidia. Esta raíz venenosa y pecaminosa debe ser erradicada de nosotros si deseamos vivir con Jesús eternamente. Por el hecho de que la Palabra de Dios habla tan claramente acerca de la envidia, tenemos que tomar en serio la advertencia del apóstol Pedro: *“Por lo tanto, abandonen toda clase de maldad...y envidia”* (1 P. 2:1).

Ahora bien, debemos hacer todo el esfuerzo posible para deshacernos de este pecado. En primer lugar, honrar la verdad y admitir que sentimos envidia, porque otro tiene algo que nosotros no tenemos. Necesitamos reconocer tales sentimientos y pensamientos como pecados. El juicio de Dios pesa sobre ellos. Entonces temeremos y repudiaremos este pecado, y nos será posible ver las raíces de la envidia. Las raíces principales se encuentran, generalmente en nuestro egoísmo y en nuestros deseos, ya sean por bienes físicos o espirituales. Por tanto, tenemos que preguntarnos:

¿Estamos dispuestos a entregar nuestro egoísmo y el deseo de posesiones y talentos a Jesús, y a ser pobres como Él en lo que respecta a bienes materiales, capacidades, amor y reconocimiento? ¿Estamos dispuestos a creer que Dios siempre capacita a los pobres y que ellos en realidad son ricos?

La segunda raíz de la envidia es desconfiar de Dios. Es la comparación que hacemos de nosotros mismos con otros, dando la impresión de que el Padre celestial hubiera sido injusto cuando distribuyó sus dones y responsabilidades. Por tanto, es una cuestión de renunciar a nuestros pensamientos rebeldes y desconfiados. En vez de ello, debemos confiar en que Dios, porque es amor, siempre nos da lo que es mejor para nosotros. Él nos conduce siempre por el mejor camino. Si el Señor tuviese un camino mejor para nosotros, Él lo hubiese escogido.

No importa cómo Él nos dirija, si nos da alguna cosa o no, siempre es lo mejor para nosotros, porque procede de las manos del Padre que nos ama. Es esto lo que debemos creer firmemente. ¡Además, no podemos juzgar las alegrías y amarguras de los demás, porque no podemos ver su intimidad ni lo que está por detrás de lo que nuestra vista alcanza! Es posible que envidiemos a alguien por alguna cosa que, en realidad, solo le sea un peso.

La tercera raíz de la envidia es la ingratitud. Por eso, debemos comenzar a dar gracias por todo lo que hemos recibido y, entonces, ya no habrá lugar para la envidia. Si damos gracias a Dios por los dones y habilidades que los otros han recibido, el veneno de la envidia perderá su efecto.

No importa cuánto cueste, Jesús quiere liberarnos de la envidia, si damos el primer paso como señal de nuestra disposición a someter a Él nuestros deseos envidiosos. Él vino a romper nuestras cadenas. Su sangre es suficiente para curar esa enfermedad pecaminosa. Él quiere transformarnos hasta que podamos gozar de paz en situaciones en que antes la envidia nos hubiera destrozado. En realidad, hasta podremos alegrarnos cuando los otros tengan más talentos que nosotros. Cuando seamos redimidos de esa envidia atormentadora, seremos felices y capaces de gozar de Su Reino de paz y alegría aquí y, un día, habitaremos en el Cielo eternamente. Por lo tanto, “¡Pelea la buena batalla de la fe!” ¡Vale la pena!

## FALTA DE AMOR

La mayor de todas las virtudes, en el tiempo y en la eternidad, es el amor. Es por esto, que no existe falta más grande que el pecado contra el amor. Fuimos creados a imagen de Dios, que es Amor, y después de la Caída, fuimos redimidos, por medio del Señor Jesucristo, para amar. Nada hiere más profundamente el corazón de Dios que el hecho de que no reflejemos su imagen de amor. El apóstol Pablo declara en 1 Corintios 13, que entonces somos nada y que nuestras aparentes obras de amor como “repartir todos nuestros bienes entre los pobres”, o el “entregar nuestros cuerpos para que sean quemados”, nada significan. Todas nuestras palabras y acciones, todo nuestro ser, deben estar llenos de amor; de otro modo, no importa lo que hagamos, siempre estaremos en falta para con los demás.

¿Cómo se comporta la “falta de amor”? No toma en cuenta las necesidades del prójimo y sus pedidos de auxilio; esto es el comienzo de la falta de compasión. Nos falta acompañar al otro con un corazón misericordioso, preguntar por él, y tener tierna compasión para con él. Nos falta alegrarnos y llorar con nuestro prójimo. No le mimamos con nuestro amor, ni le colmamos con cosas buenas; no le demostramos bondad, cuando no es tomado en cuenta y humillado. Algunas veces, justificamos

nuestra negligencia, diciendo que hemos estado muy ocupados, pero sólo es falta de voluntad para amar a otros. Lo mismo cuando aparentamos estar trabajando a favor de los demás, y ayudándoles muy diligentemente, puede ser que estemos haciéndolo sólo para nuestra propia satisfacción. Es entonces cuando fallamos mucho en el amor, por no haber percibido la tierna amonestación del Espíritu Santo, en un momento decisivo cuando otros nos necesitaban.

No hay palabras suficientes para expresar todo el daño que puede causar la falta de amor. Sin darnos cuenta, podríamos llevar a personas tristes y desanimadas a la desesperación; podríamos destrozarles el alma arrancándoles su última esperanza. Y, sin embargo, pensamos que no hemos hecho nada malo, simplemente fuimos “poco amables”. Pero si tratamos de hacer que el pecado de “falta de amor” parezca inofensivo, nos estamos engañando. Todavía no hemos observado nuestra conducta a la luz de Jesús, ni hemos oído lo que Él tiene que decir al respecto. En verdad, eso es lo único que importa, porque un día, seremos juzgados de acuerdo con nuestro amor. Una de las palabras más impresionantes de juicio pronunciadas por Jesús, que nos llega hasta lo más profundo del corazón, fueron dirigidas a aquellos que carecían de amor, y pasaban por alto las necesidades de los demás: “*Apártense de mí, los que merecieron la condenación...*” (Mt.25:41). Solamente si hemos sido “sacudidos” por estas palabras, ya no podremos perseverar ciegamente en el pecado de “falta de amor”.

Puesto que es muy fácil para nosotros dejarnos engañar por la justicia propia, deberíamos desear ver nuestras palabras y acciones hacia nuestros prójimos a la luz de Dios. Él tiene que mostrarnos nuestra falta de amor, para que estemos dispuestos a pelear contra ella. Al final de nuestra vida terrena, seremos juzgados según el amor. Entonces, será inútil querer demostrar que no cometimos pecados groseros como traición, blasfemia o calumnia. Porque las Sagradas Escrituras incluyen el pecado de falta de amor en la lista de pecados serios (Ro.1:31; 2 Ti.3:3). Cuando Jesús pronuncia su devastadora sentencia:

*“Apártense de mí, los que merecieron la condenación”, eso quiere decir: “...váyanse al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles” (Mt.25:41).*

Quien no quiera que esta sentencia de Dios le alcance, debe llegar hasta la raíz de su falta de amor, para poder arrancarla. La raíz de la falta de amor es el amor propio. Nos amamos tanto a nosotros mismos y estamos tan absortos en nosotros, que no nos queda interés ni tiempo para otros. ¿Por qué nos amamos tanto a nosotros mismos? Porque estamos separados de Dios, el Amor eterno. *“En esto conocemos que amamos a los hijos de Dios, cuando amamos a Dios” (1 Juan 5:2).* No amamos a Dios, esa es la verdadera razón de nuestro pecado de falta de amor.

Esta es la primera cosa que necesitamos reconocer: nuestra relación con Dios no está en orden. No le hemos dado nuestro primer amor; no estamos

viviendo en unión con Él. Es por esto que el amor no puede fluir de nuestro corazón hacia los otros. Al contrario, somos indiferentes, o lo que es aún peor, somos duros para con todos o para con ciertas personas. Estamos viviendo separados de Jesús, pasando por alto su mandamiento de amar a los demás.

Es aquí que debemos comenzar a arrepentirnos. Tenemos que pedirle a Dios que nos dé un corazón arrepentido, porque no le hemos amado a Él ni a nuestro prójimo. Dios, que ha prometido contestar la oración sincera, nos llevará al arrepentimiento por nuestro pecado contra el primer mandamiento, el pecado de no amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a nosotros mismos. Si acudimos a la cruz de Jesús con un corazón arrepentido, escucharemos Sus palabras: “*¡Consumado es!*”. “*¡No temas porque yo te redimí!*” Él también nos redimió de nuestra falta de amor, para que seamos capaces de amar. Estas palabras, “*Consumado es*”, abrieron una nueva fuente: Su amor fluirá hacia nosotros a través de Su preciosa Sangre.

El amor fue comprado para nosotros. Todo aquel que lo pida, lo recibirá. Recibirá ojos para ver las necesidades y los sufrimientos de los demás, manos para realizar actos de bondad y sobre todo, un corazón ardiente que rebose de amor. ¿Podría haber otro deseo mayor en Jesús que el de contestar la oración que pide amor? La Biblia declara que el amor divino es el mayor de los dones. Jesús nos ha

redimido para que podamos ser transformados a Su imagen, y llevásemos la imagen del amor, la más bella imagen que una persona puede tener. Amando, aprenderemos a amar. Entonces, al final de nuestra vida, cuando tengamos que comparecer ante el Tribunal de Cristo, recibiremos la gracia. Entonces, en vez de oír las devastadoras palabras: “*Apártense de mí..*”, oiremos Sus palabras de gracia: “*Vengan ustedes, los que han sido bendecidos por mi Padre; ¡reciban el reino!*” (Mt.25:34).

*Oh Señor Jesús, puesto que Tú eres perfecto amor, te pido: no toleres en mí nada que vaya en contra de Tu amor. Ayúdame a aborrecer mi “falta de amor”, y concédeme un corazón arrepentido, que me conduzca a una nueva vida.*

*Concédeme ojos que puedan ver cuando he pasado por alto a los demás, o cuando los he herido. Dame tu luz, y muéstrame cuando he dejado que mi prójimo se quede esperando en vano que les dirija una mirada compasiva, o una palabra o una acción a favor de ellos. Tú derramaste tu Sangre en la Cruz para que yo sea capaz de amar, por eso Tú cuidarás para que Tú redención se manifieste en mi vida.*

*No cederé hasta que ocurra en mí esta transformación: que Tu amor domine mi vida y fluya desde mí. Para la gloria de Tu nombre, Tú harás esto en mí, Y me conducirás a la eterna salvación en Tu Reino. Amén.*

## FALTA DE COMPASIÓN: DUREZA DE CORAZÓN

Cuando pensamos en la falta de compasión, generalmente pensamos en una persona de corazón duro, que se rehúsa fríamente a atender las peticiones de los necesitados. Y eso no es correcto, porque es una idea personal. La falta de compasión comprende algo más que nos atañe a todos: es lo que llamamos “pasar de largo”. No necesitamos hacer nada más que “pasar de largo” ante las necesidades de nuestro prójimo. Eso basta para que seamos inclementes.

Jesús nos muestra esto claramente en su parábola: “El Buen Samaritano”. Él califica al samaritano como compasivo, porque se detuvo cuando vio a alguien en necesidad y lo ayudó. Los otros, que también lo vieron, simplemente “pasaron de largo” y, en aquel momento, se mostraron inclementes. Sin embargo, su conducta es casi comprensible. Tal vez los estaban esperando en otra parte; tal vez tenían un servicio que cumplir. Por eso se apresuraron a llegar a Jericó en la tarde, ciudad que estaba a un día de camino desde Jerusalén. Quién sabe, era poco antes de anochecer. Por amor a sus familias, no podían arriesgarse. Podrían ocurrirles peores cosas de las que les habían sucedido a ese viajante, que estaba allí tirado y medio muerto. Por esto “pasaron de largo”.

Probablemente no estaban conscientes de que eso fuera un pecado; además, no llegaron a negarse fríamente a atender un pedido de ayuda. Es muy probable que pensarán que su obligación de llegar rápidamente a Jericó era más importante que socorrer a una víctima de asalto. Si su conciencia les advirtió, es posible que se hayan engañado a sí mismos, diciéndose que en ese caso no podían ayudar, porque no tenían un burro, ni un caballo para transportar a la víctima. Por eso pasaron de largo, tal vez un poco preocupados por la situación del asaltado. Pero Dios los califica como “faltos de compasión”.

¡Pasar de largo junto a uno que está en necesidad! Con cuánta frecuencia lo hemos hecho sin comprender que las palabras de juicio de Dios se aplican a nosotros: *“Pues los que no han tenido compasión de otros, sin compasión serán también juzgados”* (Stg.2:13).

Tal vez nunca hemos aplicado esta terrible sentencia contra nosotros, porque no comprendíamos que Dios estaba ahí, esperando que nos detuviéramos y mostráramos misericordia para con alguien en necesidad. Pero pasamos por alto sin aprovechar la oportunidad para ayudar, y así fuimos despiadados. ¡Qué conmoción tendremos cuando nos encontremos ante el tribunal de Dios y lo escuchemos pronunciar su sentencia contra los impíos: *“Apártense de mí, ustedes que están bajo maldición; váyanse al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles!”* (Mt.25:41).

¿Quiénes, según la Palabra de Jesús, serán condenados al fuego eterno? Los que no acogieron a los extranjeros, no cuidaron a los enfermos, no visitaron a los presos, ni les dieron de comer a los hambrientos; los que no ayudaron con amabilidad a sus prójimos.

Pero Jesús vino para que no permanezcamos en el pecado, ni seamos condenados con el mundo. Él quiere remodelarnos a su imagen misericordiosa y permitirnos entrar en su Reino. Como Jesús nos ama, no quiere que seamos condenados por el hecho de que fuimos crueles. Tenemos que oír su advertencia: “¡Estén alerta!” ¡Por el sólo hecho de que no hemos rechazado ninguna petición, no podemos estar seguros de que este juicio no nos sorprenderá! Todos los días, tenemos que rogar a Dios que nos convenza de nuestro pecado de falta de compasión, en nuestra vida diaria: “Muéstrame, Señor, cuando esté a punto de pasar de largo ante una persona que esté en necesidad, ya sea física o en cualquier otro sentido. Permíteme ver cuando mi voluntad es la causa de mi acción de no querer que la necesidad del otro frustre mis planes e intenciones. Muéstrame cuándo no he tenido ojos bondadosos para las necesidades de otros, por el hecho de estar tan absorto en mi ego”. Sólo los que piden, reciben. Peleemos una intensa batalla de oración contra la inclemencia de nuestros corazones. De esto depende nuestro destino en la eternidad.

Sin embargo, esta oración diaria no es suficiente. El buen samaritano no sólo tuvo un corazón misericordioso que pudo satisfacer las necesidades de otro, sino que también estuvo dispuesto a sacrificarse por él. Tenemos que hacer sacrificios por nuestro prójimo, pues la genuina misericordia sólo puede practicarse cuando se incluye el sacrificio. El samaritano sacrificó su seguridad; su acción le habría podido costar la vida, por quedarse junto al hombre herido en caso de que los ladrones hubieran vuelto. Pero no siempre tenemos que arriesgar nuestras vidas para ser misericordiosos. Algunas veces es sólo una cosa pequeña la que se espera de nosotros, como por ejemplo, una moneda. O tal vez en alguna época de escasez, debamos dar a otros que tienen menos que nosotros, comida, vestido, o concederles un lugar para dormir, aun cuando nosotros mismos no tengamos mucho. ¿Y cuán frecuentemente un pequeño sacrificio de misericordia simplemente significa dar a otros algo de nuestro tiempo? ¿Cuántas veces hemos llegado a ser culpables en esta área?

Todo depende de que tomemos en serio la exhortación de Jesús: “*Sean, pues misericordiosos*”. Me pregunto: ¿Vivimos según las normas por las cuales seremos juzgados algún día? “*Sean ustedes compasivos, como también su Padre es compasivo*” (Lc.6:36). Eso significa, por ejemplo, que debemos tomar en serio la parábola que trata acerca del siervo que no tuvo misericordia y aplicarla a nuestras vidas. Este siervo no tuvo misericordia con su consiervo

que le debía algo. Él no comprendía que así como Dios había sido misericordioso y lo había perdonado, él estaba ahora obligado a hacer lo mismo, pero Dios espera que nosotros perdonemos compasivamente cuando otros pecan contra nosotros, sea en palabra o acción, y que no llevemos la cuenta de sus pecados.

No tener piedad y, por ende, ser incapaz de perdonar puede costarnos la vida y la herencia en el Reino de los cielos. Porque Jesús dice que el siervo que no tuvo misericordia y todos los que siguen su ejemplo, serán entregados “a los verdugos”, lo cual significa que estarán en el reino de Satanás. El apóstol Pablo agrega: *“no quieren entender, no cumplen su palabra, no sienten cariño por nadie, no saben perdonar, no sienten compasión. Saben muy bien que Dios ha decretado que quienes hacen estas cosas merecen la muerte”* (Ro.1:31-32). Nos engañamos cuando pretendemos que pasar por alto a otros o no ser capaces de perdonar es una actitud inofensiva. Las palabras de Jesús son ciertas y seremos juzgados según lo que Él dijo. Pero cuando hablamos de falta de misericordia, no estamos diciendo que debemos tolerar el pecado y no estar dispuestos a ayudar a otros con amor humilde en sus faltas. Si nos descuidamos en hacer esto, también seremos despiadados, aunque en otro sentido, y esto también traerá sobre nosotros juicio.

Pero, si con corazón arrepentido llevamos nuestra falta de misericordia bajo la sangre de Jesús, el

arrepentimiento nos impulsará a acercarnos hacia aquellos con quienes fuimos impiadosos, para enmendar nuestra conducta, mostrándonos especialmente amables con ellos y dispuestos a ayudarles. En caso de que ya no podamos hacer esto con dichas personas, debemos conceder esta bondad a otros. Entonces la culpa de la falta de misericordia será borrada por la sangre del Cordero, tanto ahora como en la eternidad.

Así las palabras de Jesús: “*Sean ustedes compasivos como también su Padre es compasivo*” (Lc.6:36), no deben desanimarnos, ni desesperanzarnos, porque dan la impresión de que nuestros corazones duros, que continuamente pasan por alto las necesidades de otros, jamás llegarán a ser misericordiosos. Tenemos que creer lo que dice Jesús: “*...lo que es imposible para los hombres, es posible para Dios*” (Lc. 18:27). Para Dios no hay nada imposible porque es Él Todopoderoso. En Jesús hay liberación de los pecados, incluso de la falta de misericordia, porque Él pagó el precio por nuestros pecados. Fuimos redimidos para ser misericordiosos. El que siempre reclame por fe esto, hallará que es transformado a la imagen misericordiosa de Dios, de un grado de gloria a otro y un día entrará en el Reino de Dios, el Reino de amor y misericordia.

## FALTA DE RESPETO: LA NEGACIÓN DE LA AUTORIDAD

¿Por qué es tan difícil para nosotros respetar a las personas que merecen ser respetadas? ¿Por qué en nuestros días, incluso entre los cristianos, hay personas en contra del respeto y la autoridad? ¿Por qué es difícil para nosotros reconocer las palabras de la Escritura y considerarlas como directriz en nuestra vida diaria? “...*dándose preferencia y respetándose mutuamente*” (Ro.12:10), “*No hagan nada por rivalidad o por orgullo, sino con humildad, y que cada uno considere a los demás como mejores que él mismo*” (Fil.2:3). ¿Por qué es difícil? Porque estamos llenos de la altivez y de nuestro propio honor. Los orgullosos no pueden humillarse fácilmente. Cuando yo respeto a otra persona, me humillo en espíritu delante de ella. Es entonces cuando tomo la posición inferior; tengo que honrar a la otra persona, porque es superior a mí, porque es más madura o de más edad, porque ha logrado más, o porque es mi padre o mi madre.

Sólo el que es humilde puede respetar a los demás. Pero, por el hecho de que a menudo carecemos de humildad, rehusamos respetar a los demás. Y sólo los humildes aceptarán la verdad de que, por ser más jóvenes, no tienen el mismo grado de madurez, la misma sabiduría, los mismos derechos y privilegios

que tiene una persona mayor. Los niños comprenden eso porque ellos son pequeños, que necesitan educación; no tienen la suficiente edad para tomar las responsabilidades y los privilegios de sus padres. Los empleados, también lo comprenden, porque no son jefes, por tanto, tienen que aceptar y obedecer las normas corrientes, lo cual, por supuesto, no significa que debemos pasar por alto nuestro sentido de la responsabilidad. Es una cuestión de aceptar estas cosas. Si yo respeto a Dios, también tengo que respetar a aquellos a quienes Él ha colocado con autoridad sobre mí, pese a sus deficiencias y errores.

Eso debería ser claro para todos nosotros, si el pecado del orgullo no estuviera en nosotros. Satanás lo incita con sus argumentos, los cuales nos gusta oír. Por ejemplo: “Todos tenemos derechos iguales” o “Nadie debe tener una posición de autoridad sobre los demás”. Satanás, el Lucifer caído, tiene que argumentar de este modo, puesto que su caída se debió a que no quiso respetar a Dios; quería ser igual a Él. Ahora Satanás quiere arrastrar a los hombres tras él. Quiere hacernos caer para que seamos su presa. No quiere dejarnos elegir el camino de Jesús, el de ser humildes y respetar a los demás. Él no quiere que lleguemos a la semejanza de Dios y así alcancemos la gloria que él perdió.

Por tanto, el enemigo actúa con mucho afán para incitarnos a rebelarnos contra las autoridades, porque sabe que entonces nos uniremos a él en la rebelión contra Dios, la más alta Autoridad. El

veneno de Satanás nos hace querer ser iguales a los demás, tener iguales derechos e igual respeto. No quiere que reconozcamos que hay reglas y personas superiores, no quiere que reconozcamos que el Reino de Dios es una jerarquía, una jerarquía de amor reverente. Si no queremos admitir estos hechos, porque somos excesivamente orgullosos, caeremos en las manos de Satanás y también lejos de Dios, tal como a él le sucedió. La Palabra de Dios nos dice muy claramente que tenemos que ser reverentes, respetuosos y someternos los unos a los otros: *“Sométanse los unos a los otros, por reverencia a Cristo”* (Ef.5:21). *“De la misma manera, ustedes los jóvenes sométanse a la autoridad de los ancianos. Todos deben someterse unos a otros con humildad...”* (1 P.5:5).

Según el orden divino de la vida, mientras exista la tierra, siempre habrá relaciones que exijan respeto. Siempre habrá los que enseñan y los que son enseñados; padres e hijos que necesitan aprender muchas cosas y ser criados; empleadores y empleados que tienen que aprender a hacer su oficio. De otro modo, el resultado sería el caos. Si hoy negamos esto y proclamamos en alta voz la nueva sociedad anti autoridad y el nuevo modo de vida, realmente llegaremos a ser esclavos de los dirigentes y autoridades que proceden de Satanás. Al final, tendremos que hacer exactamente aquello contra lo cual estamos peleando: obedecer servilmente a los lemas autoritarios de nuestros dirigentes. Pero Dios quiere concedernos una nueva y bendecida relación

de respeto unos con otros, una que brota del amor voluntario y del respeto hacia aquellos que merecen honor.

La falta de respeto, que es un resultado del orgullo, destruye el Reino de Dios entre nosotros y nos ata estrechamente a Satanás. En realidad, al final de nuestras vidas, este pecado puede llevarnos al reino de las tinieblas, donde habitan los orgullosos y altaneros. Si no queremos que ése sea nuestro destino, reconozcamos a aquellos que Dios ha colocado por encima de nosotros y esforcémonos por ser libres de la irrespetuosidad. Jesús nos indica el modo de ser sanos del orgullo y de la falta de respeto. Debemos contemplarle a Él quien dijo: “... *el Hijo de Dios no puede hacer nada por su propia cuenta*” (Jn.5:19). “...*Voy al Padre, porque Él es más que yo*” (Jn 14:28). Mirando a Jesús, el humilde Hijo de Dios, que reverentemente siempre dio toda la honra al Padre, seremos transformados a su imagen.

Tenemos que pelear la batalla de la fe con el poder de Su sangre, de tal modo que la virtud de la reverencia logre lugar en nosotros. Al dar el primer paso, tenemos que humillarnos y comenzar a respetar concretamente a aquellos a quienes nos corresponde respetar. Tenemos que obedecerles haciendo todo lo que nos manden, siempre que no vaya contra nuestra conciencia (Hechos 5:29). Tenemos que ser respetuosos con ellos, mostrarles nuestra estima y gratitud. Tenemos que probarles, por medio de

nuestra conducta y de nuestras acciones, que al respetarlos a ellos, respetamos a Jesús, nuestro Señor, quien los puso sobre nosotros.

Pero si vemos que nuestros superiores cometen pecado, tenemos que pedirle a Dios que nos conceda la humildad, el valor y un momento apropiado para hablarles acerca del tema. De otro modo, estaremos en peligro de hablar estas cosas a sus espaldas, con lo que arruinaríamos su reputación, en vez de ser, con todo respeto, testigos de Jesús para ellos. Jesús quiere librarnos de la falta de respeto y, al mismo tiempo, del hecho de tratar de complacer a los hombres y ser serviles. Como éste es un camino estrecho, sólo lo hallaremos por medio del poder de su redención.

Cuando vivimos con verdadera reverencia y respeto, las huestes del cielo nos rodearán. Porque estaremos siguiendo su ejemplo. Los ángeles y querubines, los ancianos y los vencedores, humildemente se inclinan ante Dios y, con reverencia, ponen sus coronas delante del trono de Dios (Apocalipsis 4:10).



## FALTA DE CONFIABILIDAD: LA IRRESPONSABILIDAD

La persona irresponsable es la que dice: “Sí, sí”, y luego no hace lo que dijo, tal como ocurrió con el primero de los dos hijos del padre de la parábola. Jesús prefirió al segundo hijo, aunque al principio dijera que “No” (San Mateo 21:28-31). Las personas poco confiables, aunque no prometan hacer nada, siempre son irresponsables. Dejan a Dios y a las personas esperando, o los desilusionan al no hacer lo que se les dice que hagan, y no se muestran preocupados por las dificultades que han causado. Tales actitudes irresponsables a menudo pueden formar una cadena de dificultades en el trabajo y pueden ocasionar gran pérdida de bienes y dinero.

Las personas irresponsables quitan mucho tiempo y energía a sus semejantes y les hace la vida difícil. No se preguntan si perturban o causan daño a los demás. Sin embargo, con su actitud, pecan contra el amor, y éste es un pecado serio. Este pecado nos separa de Dios y de Su amor (1 Juan 4:8) aquí en la tierra y nos separa mucho más de Él en la eternidad, donde los irresponsables se quedarán sorprendidos, porque pensaron que este rasgo de su personalidad no era perjudicial, tal vez con la excusa de que era parte de su temperamento heredado. Porque este pecado tendrá serias consecuencias en la eternidad,

lo primero que tenemos que hacer, es romper con ello y no tratar de justificarlo. Mientras nos justifiquemos a nosotros mismos, podemos estar seguros de que Satanás nos tiene apretados en sus garras. Entonces, este pecado amontonará montañas de pecado contra nosotros en el día del juicio. Así que este pecado que, a menudo pensamos que es inofensivo, debe ser tomado en serio, y pelear contra él hasta el punto de derramar sangre. Porque detrás del pecado de la irresponsabilidad hay otros pecados, como querer imponer la voluntad propia, la indiferencia y la superficialidad. O pudiera suceder que estemos tan inmersos en nuestros propios intereses que evitamos asumir alguna responsabilidad en beneficio de otros.

La falta más seria de los irresponsables es que no viven a la vista de Dios. Normalmente cometen el primer error al no aceptar seriamente una obligación, una palabra o un compromiso. Escuchan, pero no asimilan, porque no hacen su trabajo para Dios, ni en Su presencia. No están particularmente interesados en hacer su trabajo tan bien como les sea posible, para complacer a Jesús. Pero cualquier trabajo que no hagamos con Dios en fidelidad, obediencia y dependencia de Él, será en vano, sea que dure semanas, meses o años la ejecución del proyecto, y algún día será lanzado en el fuego del juicio.

Si no queremos que todas nuestras actividades sean en vano, ni queremos llegar a estar sometidos al juicio de Dios, tenemos que comenzar a oír cuidado-

samente lo que la gente nos dice, como si estuviéramos oyendo un mensaje directamente de Dios, siendo un asunto de vida o muerte, de tal modo que no debamos perder ni una sola palabra. Si tenemos la tendencia de olvidar fácilmente, debemos comenzar a tomar seriamente por escrito las peticiones, admoniciones e instrucciones que recibamos. Eso debemos hacerlo para indicar que estamos tomando a Dios en serio; Él nos ha dado una tarea y está tratando de que seamos fieles mayordomos. Debemos hacer inmediatamente lo que se nos dice y no dejar nada sin cumplir. Cada vez que realizamos un trabajo, debemos rogarle a Dios que nos dé la gracia para hacer todo en forma apropiada.

Con fe tenemos que pedirle al Señor que esté delante de nuestros ojos, de modo que podamos hacer todo para Él y no para las personas. Que este pecado sirva para que busquemos llevar una vida en presencia de Dios. Para esto nos redimió Jesús. Está escrito que Jesús *“ha sido fiel a Dios”* (He.3:2).

Y Él nos rescató para que llevemos su imagen. Especialmente en nuestros tiempos, en que tantas personas no creen las palabras del evangelio, como miembros de Su cuerpo, debemos **dar** un testimonio que sea creíble en el mundo, siendo fieles y responsables, incluso en las cosas más pequeñas.

Por medio del sacrificio de Jesús, fuimos liberados del poder del pecado de la irresponsabilidad.

Por tanto, seremos libres, si continuamente le pedimos que cumpla la promesa que nos dio en su Palabra. “*Dios declaró el fin del dominio que el pecado tenía sobre nosotros*” (Ro.8:3 NTV), para que ya no pueda dominarnos y para que nuestros miembros puedan llegar a ser instrumentos de Su gracia.



## EL ENOJO: LA IRRITABILIDAD

Estar enojado o irritado. ¿Puede eso realmente ser un pecado? ¿O es sólo un leve defecto personal que cualquiera puede tener? El enojo generalmente brota del sentirse ofendido, cuando alguien dice o hace cosas que nos desagradan. La Biblia nos dice hacia dónde puede conducirnos eso. En varias partes está escrito que el pueblo “se ofendió” por lo que dijo Jesús (Jn.6:61; Mt.15:12). Ellos comenzaron sólo con cierto resentimiento, ¡pero qué terribles consecuencias puede tener! La gente de su propia ciudad también se ofendió. Ellos lo echaron fuera de la ciudad y trataron de matarlo, despeñándolo desde la cumbre de un monte (Lc.4:29). Ese enojo fue la causa de un gran sufrimiento para Jesús y de una gran culpa para los hombres. Hoy también, el enojo tiene efectos similares.

Muchas veces, en la vida diaria, vemos los resultados alarmantes de este pecado, que aparentemente es inocente. ¡Cuán a menudo se destruye una relación de amor porque alguien se enoja! Eso puede ocurrir de muchos modos diferentes. Por ejemplo, muchos matrimonios han llegado a una mala situación porque uno de los dos cónyuges siempre reaccionaba irritadamente, cuando había necesidad de hablar

sobre un asunto serio, con eso la paz se perturbaba. Les era imposible cualquier conversación objetiva, y ya no podían acercarse el uno al otro con amor. A menudo, por esta razón, los niños han perdido la confianza en los padres y maestros, los cuales siempre estaban disgustados con ellos. Y cuando estamos continuamente disgustados, hacemos que nuestros colegas en el trabajo se sientan infelices. Ya no sienten el deseo de trabajar. Por estar irritados, podemos destruir cosas que luego no podemos reparar.

¿Por qué nos enojamos? Porque no estamos unidos a la voluntad de Dios. Esa es la razón por la cual todo aquello que no nos cae bien, nos disgusta. Reaccionamos negativamente en contra de ello. O puede pasar que las exigencias que se nos ponen, nos parecen demasiadas. O el pedido que hace alguno va en contra de nuestras intenciones, y entonces reaccionamos con enojo. No comprendemos que todas las cosas, grandes o pequeñas, que proceden de las personas o de alguna circunstancia son, en realidad, colocadas por Dios en nuestras vidas. Cuando nos enojamos, nos rebelamos contra Dios y lo entristecemos. ¿Y por qué nos enfadamos con las personas por lo que nos dicen o hacen, por su comportamiento y de las circunstancias? Porque nuestro ego, o sea, nuestra propia voluntad, es demasiado grande. Todo tiene que marchar a nuestra manera, del modo que pensamos que es correcto, del modo más fácil para nosotros. Y si éste no es el caso, entonces un deseo, sugerencia, u otra opinión, o un

error que él pueda hacer, encuentra nuestra oposición.

Este enojo o irritación es tan peligroso y pecaminoso como la ira. La ira parece ser más brusca. Pero normalmente sólo nos viene de vez en cuando. Las personas que tienden a enojarse, casi siempre están enojadas. En realidad, incluso llegan al punto de acostumbrarse a hablar en ese tono. No tienen la menor idea de que han llegado a ser instrumentos de Satanás, quien quiere destruir la paz y la comunión del amor. Entonces, él logrará su meta y estará actuando contra los mismos deseos de Jesús: “Si se aman los unos a los otros, todo el mundo se dará cuenta de que son discípulos míos” (Jn.13:35).

La Biblia dice que las palabras que salen de nuestra boca deben ser buenas, edificantes, y ser de bendición a quienes las escuchan (ver Efesios 4:29). Es decir, debemos hablar aquello que les hace el bien a otros y servirle para llevarles paz. Pero, el enojo sólo produce lo opuesto, y esa es la razón por la cual tenemos que ser liberados de ese pecado. De otro modo, llegaremos a ser una deshonra para Jesús por medio de nuestras palabras y nuestras reacciones.

Cuando estamos disgustados, nuestras caras se vuelven sombrías y reprochamos a los demás. El enojo obstaculiza la alegría y a la vez, arruina la convivencia. Pero el reino de Jesucristo es el reino de la alegría y de la paz. El enojo no cabe en él. Por tanto, tiene que ser vencido; no puede tener ningún lugar en nuestras vidas.

Muchas veces tratamos de presentar excusas por nuestra irritabilidad. Decimos que eso se debe a que estamos nerviosos o abatidos. Pero la irritación y el enfado proceden de nuestros malos corazones y, en el último análisis, no tienen ninguna relación con la fatiga o la debilidad de los nervios. El tener los nervios débiles o el estar sobrecargado de trabajo, sólo hace que salga lo que realmente tenemos en lo profundo de nuestros corazones. Cuando vemos esto en nosotros, no hay razón para excusarnos, ni siquiera para compadecernos de nosotros mismos. Pero sí hay toda clase de razones que nos indican que debemos arrepentirnos e invocar el Nombre de Jesús. De este modo, seremos verdaderamente libres de estas malas cosas que salen de nuestros corazones, que son expresadas por nuestra lengua y que perturban la paz.

Lo más importante es que reconozcamos que el enojo, junto con muchas otras tendencias pecaminosas que normalmente no consideramos como pecados, es realmente un pecado. Tiene que desaparecer de nuestras vidas. Tan pronto como reconozcamos esto, podemos confiar en la liberación de Jesús y en su sangre, en la cual hay sanidad para todo pecado. Entonces cuando llevamos este pecado ante Él, nos sentiremos avergonzados cada vez que nos enojemos, porque sabemos que estamos entristeciendo a Jesús y que nos estamos haciendo culpables por la destrucción de algo de su Reino.

Entonces, tenemos que hacer lo que Jesús manda: “¡Arrepiéntanse! ¡Apártense de este camino, no le den más lugar al enojo!”

Esto tiene que suceder cuando tomamos consciencia de nuestro primer pensamiento de enojo. Es entonces cuando tenemos que proceder contra este pecado y atacarlo diciendo: “Dios preparó esto.

Esta situación, esta palabra, esta persona, o lo que sea, realmente fue enviado por Dios. Es parte de su plan”. Entonces, todo enojo pierde su poder. Y si es una situación crítica y se nos escapa una explosión de palabras, pidamos perdón inmediatamente. Odiar el pecado y sentir dolor cuando lo cometemos, nos lleva a arreglar cuentas con Dios todas las noches, confesándole cuando nos sentimos enfadados.

Si hemos acudido al Señor Jesús para que nos perdone, también debemos estar dispuestos a arrepentirnos concretamente, y pedir perdón a las personas a las que hemos afligido, si todavía no lo hemos hecho. La práctica de rendir nuestra voluntad a la de Dios en las situaciones cotidianas, y pelear la batalla de la fe, alabando la sangre de Jesús, que siempre nos libera, también nos llevará a estar libres de este pecado.



## HIPOCRESÍA

“¡Ay de ustedes...hipócritas!” Esta exclamación resuena siete veces en el discurso que Jesús les dirigió a los escribas y fariseos. “*Así son ustedes: ¡por fuera parecen buenos ante la gente, pero por dentro están llenos de hipocresía y de maldad!*” (Mt.23:28). Lo mismo es cierto con respecto a los cristianos de hoy. Esto ocurre cuando otros piensan que somos creyentes en Cristo, pero realmente nuestros corazones están llenos de pecado, tales como la amargura, el juzgar a los demás, el orgullo, la mentira, las disputas, etc.

Jesús llama a esto hipocresía. La hipocresía es pretender uno ser piadoso cuando en realidad no lo es. Este tipo de falsedad es especialmente horrendo, puesto que se entiende que la piedad es una vida con Dios y para Él, que es la Luz y la Verdad. Por eso, Jesús dice que los hipócritas serán sometidos a serio juicio.

Él nos dice por adelantado cuál será el terrible destino de los hipócritas piadosos: *¡Serpientes! ¡Raza de víboras! ¿Cómo van a escapar del castigo del infierno?*” (Mt.23:33). Esta advertencia de Jesús nos muestra que Satanás, el que es mentiroso desde el principio, quiere hacer todo esfuerzo para atrapar a las personas que se han escapado de él, mediante la fe en Jesús. Ahora quiere atraparlas en la red de la

hipocresía, sin que ellas se den cuenta de lo que está ocurriendo. Satanás, generalmente, logra en esto un éxito fácil, por el hecho de que los que hemos recibido a Jesucristo como nuestro Redentor, estamos en peligro de llegar a estar demasiado seguros de nosotros, pensando de que vivimos para Jesús, en el reino de la verdad divina, por medio de la Palabra de Dios. Pero en realidad, nuestra vida cristiana a menudo es sólo una fachada detrás de la cual hay una realidad diferente.

Por ejemplo, podemos decir que Jesús nos ha reconciliado y predicar la reconciliación a otros, y, sin embargo, estar nosotros mismos en condición de no reconciliados con alguna persona, escondiendo la amargura y los pensamientos de crítica en nuestros corazones. No oímos que Jesús pronuncia el juicio sobre nosotros: “¡Hipócrita!” (Lc.6:42), porque Él sabe que no estamos viviendo lo que predicamos.

Además, los “ayes” que Jesús pronunció contra los fariseos, también se nos aplican a nosotros, si sostenemos hipócritamente que somos discípulos de Jesús y, sin embargo, rehusamos llevar nuestra cruz. Nos quejamos por toda carga, necesidad y por todo tipo de sufrimiento. Hasta nos quejamos cuando las cosas más insignificantes se tornan desagradables. O nos rebelamos porque no somos tratados suficientemente bien por la gente, y no recibimos el honor esperado o cuando estamos enfermos o cuando nos tocan situaciones difíciles. Sin embargo, Jesús dijo: “*Y el que no toma su propia cruz y me sigue, no puede ser mi discípulo*” (Lc.14:27).

Puede ser que tengamos un talento especial para predicar y lleguemos a dar la impresión de que estamos haciendo una gran obra, o tal vez dediquemos mucho tiempo y energía al servicio de Dios y a la oración en pro de su Reino. Aun así, puede que Jesús tenga que pronunciar un juicio terrible. ¿Por qué? Porque nuestro servicio a favor de Jesús, en ese caso, no pasa de ser algo exterior. Cuando, trabajando para el Reino de Dios, realmente no estábamos interesados en Jesús y en Su honor, como la gente pensaba. No realizamos nuestro ministerio por amor a Él, sino más bien para satisfacer nuestro propio ego, o para ganarnos la admiración de otros y formar nuestra propia reputación. Es decir, teníamos motivos no sinceros.

Sí, podemos hacer grandes obras por Jesús, realizar milagros, sanar a los enfermos, y aún así, llegar a ser presa de Satanás, si al mismo tiempo no hacemos la voluntad de Dios, tal como lo enseñó claramente Jesús en Su interpretación de los Diez Mandamientos, en el Sermón del Monte (Mt.7:22-23). El enemigo obtiene el triunfo, si logra encontrar crítica, calumnia, deseos sensuales, tal vez alguna clase de inmoralidad, falta de amor y respeto hacia los padres y cosas similares en nuestras vidas. La más grande artimaña del enemigo consiste en impedir que los cristianos comprendamos que estamos llevando una vida de dos caras.

Vivir hipócritamente significa pensar que somos cristianos consagrados, orar mucho, leer la Biblia,

ser activos en la comunidad cristiana, tal vez incluso hacer trabajo de evangelización; y sin embargo, no practicar lo que leemos en la Biblia, ni aquello por lo cual oramos, ni lo que les decimos a otros que hagan. Como hipócritas, no comprendemos que hemos caído en el sueño de los que presumen ser salvos y están seguros de eso. Piensan que un día se irán al cielo, mientras Satanás se ríe despectivamente. En gran parte, no practicamos lo que predicamos. Este es un hecho absurdo que debe sacudirnos. Cuando llevamos una vida así tan hipócrita, llegamos a ser culpables hacia nuestro prójimo. No sólo destruimos la credibilidad del Evangelio para otros, sino que también hacemos que rechacen a Jesús. Incluso a nosotros nos traspasará la grave sentencia de Jesús: *“Y lo castigará, condenándolo a correr la misma suerte que los hipócritas. Entonces llorará y le rechinarán los dientes”* (Mt.24:51). El que es hipócrita llega a ser merecedor del infierno (Mt.23:15).

Nuestra hipocresía provoca la ira de Dios, pues Él sólo se complace cuando nuestra vida diaria marcha conforme a Su Palabra. Casi no hay otro pecado que Jesús amenace con un juicio tan severo como el de la hipocresía. Por tanto, debemos hacer todo el esfuerzo posible para ser librados de las cadenas de este pecado.

¿Cómo puede ocurrir esto? En primer lugar, identificando la raíz de la hipocresía. Jesús llamó a los fariseos piadosos e hipócritas “ciegos” (Mt.23:16).

¿De qué eran ciegos? De sus debilidades y pecados. Pensaban que eran perfectos. De modo que cuando pensamos que somos buenos cristianos, debiéramos estar llenos de una santa incertidumbre, y preguntarnos si estamos viviendo una vida hipócrita. Si no queremos caer en este pecado, tenemos que pedirle a Jesús de nuevo: “Pon en mí la luz de tu verdad; revela por medio de tu luz cualquier cosa que haya en mi vida que no sea pura”.

Para ser salvos de este pecado y para no volver a caer en él, es necesario pedir constantemente la luz de la verdad al Señor. Nuestros ojos tienen que estar abiertos, para que reconozcamos nuestra ceguera, nuestra seguridad y nuestro adormecimiento. Porque sólo si podemos ver estos pecados y sentimos estremecidos por ellos, podremos llevárselos a Jesús y ser librados de ellos. A una persona enferma sólo se le puede ayudar si reconoce y admite que está enferma. De otro modo, no acudiría al médico, y la enfermedad se haría cada vez más grave y, si la enfermedad fuera peligrosa, podría conducirla a la muerte. Los discípulos de Jesús deben seguir este consejo: no estar seguros de que todo lo están haciendo está bien. Puede haber un pecado que desconocemos, pero que es muy serio ante la vista de Dios, y está cubierto con una vida aparentemente piadosa. Sólo si poseemos una santa incertidumbre y estamos en alerta, podemos hacer frente al peligro de la hipocresía.

Probablemente todos experimentamos lo mismo. Cuando ponemos nuestros pensamientos, palabras y acciones a la luz de la verdad, y medimos nuestra vida muy concretamente según las normas de la Sagrada Escritura, nos asombramos y aterrarnos por la diferencia que hay entre lo que pretendemos ser y la realidad de nuestras vidas. Sabemos lo que dicen las Escrituras, sin embargo, no lo practicamos propiamente. Confundimos el conocimiento con la acción. Si utilizamos las Sagradas Escrituras como nuestra norma<sup>2</sup>, comenzaremos a odiar la hipocresía y el arrepentimiento nos llevará a una batalla de fe para lograr una vida genuina de discipulado.

Para que estemos en alerta, en el esfuerzo de vivir conforme a las normas de la Palabra de Dios, se requiere tiempo y meditación. Es aconsejable apartar un domingo por mes, o cualquier otro día definido (además del tiempo usual que utilizamos en las devociones diarias) para arreglar cuentas. Entonces, contaremos con varias horas de quietud en que podamos realizar este arreglo de nuestra vida espiritual, utilizando los mandamientos de Dios o un espejo de conciencia con Sus medidas, y pidiéndole a Dios que pruebe la autenticidad de nuestro discipulado. Su luz iluminará nuestro mundo imaginario de “apariencias” y reconoceremos la verdad con respecto a nosotros mismos, y una vez más, reconoceremos el pecado tal como es.

También podría ayudarnos que pidamos a los que nos rodean, que nos digan qué hay de incorrecto en

lo que hacemos y decimos. Sólo los que están dispuestos a oír la verdad acerca de ellos mismos, serán liberados del pecado de la hipocresía.

Los que admitan su hipocresía serán impulsados hacia el gran Médico, el único que puede sanar esta enfermedad: Jesús, quien es la Verdad. Su redención es la garantía – si nos la apropiamos por fe – de que podemos ser liberados de toda falsedad en nuestra vida piadosa.



## IMPACIENCIA

En las Sagradas Escrituras, la paciencia está enumerada entre los frutos del Espíritu (Gá.5:22). De modo que la impaciencia es un fruto de la carne, un pecado, y no podemos excusarnos de ella diciendo que pertenece a nuestra personalidad. Más bien tenemos que hacer un gran esfuerzo para llegar a ser pacientes.

Vez tras vez la Biblia nos exhorta a ser pacientes. “*Más vale ser paciente que valiente*” (Pr.16:32). Con esto es expresado que los impacientes son débiles, y Proverbios incluso dice que hacen locuras. “*Ser paciente es muestra de mucha inteligencia; ser impaciente es muestra de gran estupidez.*” (Pr. 14:29). Porque la impaciencia es un pecado, y el pecado siempre nos hace infelices, tendremos que sufrir sus consecuencias. La impaciencia hace que tengamos derrotas y que seamos incapaces de superar nuestras dificultades. Hace que “golpeemos la cabeza contra la pared”. Nada logramos por medio de ella, sino perjuicio.

Las personas impacientes se muestran inquietas como si estuvieran cabalgando “sobre revoltosos corceles”. Este es el cuadro que el profeta Isaías nos pinta luego de amonestar al pueblo, diciendo: “*En la tranquilidad y la confianza estará su fuerza*”. Pero

“los hijos rebeldes” no oyeron esta amonestación., sino que dijeron: “*No, mejor huiremos a caballo*”. Isaías les dio la respuesta del Señor: “*Bueno, veloces serán los que los persigan*” (Is.30:15-16). En la impaciencia no hay nada edificante, nada pacífico, ella sólo produce agitación. La impaciencia puede conducir a reacciones desastrosas y falsas. Contra este cuadro de los indomables corceles se nos presenta el cuadro de nuestro Señor Jesús, el cuadro del Cordero, que siempre es paciente. Fue como paciente Cordero, que Él alcanzó la victoria. ¿Cómo? Jesús, el Cordero de Dios, fue paciente, porque entregó Su vida al sufrimiento. Jesús está delante de nosotros como el Varón de Dolores, quieto como un cordero soportó toda la calumnia, la burla, la condenación, las cadenas y los grillos, angustias del cuerpo y del alma.

De modo que los pacientes son los verdaderos discípulos de Jesús. El apóstol Pablo, en 1 Ts. 5:14, nos amonesta: “*También les encargamos...que tengan paciencia con todos*” (1 Ts.5:14). Y Santiago escribe: “*...consideramos felices a los que soportan con fortaleza el sufrimiento*” (5:11). La revelación que Dios le dio a Juan confirma este hecho. Después que el ángel le habla acerca del Anticristo, y cómo muchos caerán bajo su dominio y sufrirán el castigo, él se vuelve a los que han permanecido fieles a Dios y les dice: “*Aquí está la paciencia de los santos*” (Ap.14:12 RV60).

¡Qué horribles consecuencias habrá, si no aprendemos a vencer nuestra impaciencia en las cosas pequeñas de la vida diaria! El que no puede esperar que se resuelvan los pequeños problemas, nunca podrá esperar hasta que llegue el tiempo de Dios para resolver los grandes. Cuando estamos en pruebas y aflicciones, buscamos medios que a menudo nos llevan al pecado. Cuando estamos enfermos o en necesidad, incluso hasta se intenta acudir a los curanderos, hechiceros o adivinadores de la suerte. Si la impaciencia nos hace meter en cuestiones del ocultismo, esto nos hará caer directamente en la trampa del diablo, así como muchos creyentes que no soportan con paciencia llegarán a estar atados al Anticristo en los últimos tiempos.

Hoy mismo tenemos que comenzar a aprender a ser pacientes, antes de entrar en las grandes pruebas de la paciencia ... El primer paso consiste en hacer un compromiso con el Señor de que hemos de ser pacientes y esperar la hora en que Dios llegue con su ayuda. Sólo los que están dispuestos a esperar, pueden ser pacientes. Eso puede representar sufrimiento, en el caso de que tengamos que esperar mucho tiempo antes que venga la ayuda del Señor. Aun en cosas pequeñas, es difícil para nosotros, si no ocurren según nuestra voluntad, si no podemos lograr lo que queremos, o si las cosas no suceden como queremos en el momento exacto. El hecho de esperar por las cosas y ser continuamente decepcionados representa sufrimiento.

También sufrimos cuando no somos libertados rápidamente de nuestros lazos pecaminosos, o si no alcanzamos nuestras metas de fe tan pronto como quisiésemos. Eso se puede aplicar a nosotros mismos o a otros por los cuales oramos.

Tenemos que tomar una posición contra esta impaciencia “espiritual”, que rápidamente puede transformarse en desánimo y rebelión. De otro modo, podemos arruinar toda nuestra vida espiritual. Las Sagradas Escrituras muchas veces hablan del “crecimiento” en la vida espiritual. Así como interrumpimos el crecimiento de una planta, al tratar impacientemente de apresurarlo, podemos perjudicar el crecimiento espiritual por causa de la impaciencia. Todo depende de la entrega de nuestra voluntad a las orientaciones de Dios, manteniendo pacientemente la fe; y la fe nunca será avergonzada.

La clave para poder soportar pacientemente es la fe segura de que Dios nunca llegará tarde. Cuando llegue la hora exacta de Él, Su ayuda poderosa llegará. Dios es amor, y Su ayuda llegará con toda seguridad. Por tanto, puedo esperar pacientemente. El saber que la Voluntad de Dios está detrás de todas las cosas, aun de las circunstancias frustrantes que tratan de hacernos impacientes, nos ayudará a practicar la paciencia en la vida diaria. La Voluntad de Dios también está detrás de todas las decisiones de nuestros superiores, a menos que nos pidan que hagamos algo contra nuestra conciencia. En el momento en que renunciamos a nuestra voluntad personal y nos entregamos a la Voluntad de Dios,

confiando en Su amor, podremos soportar la situación pacientemente.

En la práctica, eso significa una entrega consciente de nuestra voluntad al Señor en todo lo relacionado con frustraciones, dificultades, demoras, etc., que traiga el día. Y durante él, cada vez que la impaciencia trate de apoderarse de nosotros, en esos momentos difíciles, tenemos que creer que toda situación proviene de Dios.

Pensemos nuevamente en Jesús, que entregó completamente Su voluntad a Dios Padre y, por tanto, pudo ser paciente en todas las aflicciones y sufrimientos. Su amor hacia el Padre lo capacitó para hacer esto y le permitió aceptar la Voluntad de Él. Jesús, el Cordero, rindió Su voluntad y alcanzó la victoria sobre todos los poderes que se oponían a Él. Por medio de la paciencia, Jesús demostró ser el Señor fuerte, que derrotó al infierno y a Satanás.

El amor y la confianza en el Padre nos hacen fuertes para seguir el camino de la paciencia. Sólo entonces probamos que somos verdaderos discípulos que seguimos al Cordero en Su camino. Este camino terminará en gloria. Todos los que producen los frutos del Espíritu, entre los cuales se incluye la paciencia, heredarán el Reino de Dios, en contraste con los que producen los frutos de la carne. Así que el fruto de la paciencia tiene que ser encontrado en nuestra vida. Y si somos impacientes por naturaleza, tenemos que pelear la batalla entre la carne y el Espíritu (Gá.5:17) hasta que seamos vencedores.

Jesús dice “*El que salga vencedor recibirá todo esto como herencia*” (Ap.21:7). Si constantemente proclamamos el nombre del Vencedor y Redentor sobre el pecado de la impaciencia, seremos transformados más y más a la imagen de Jesús, el paciente Cordero de Dios. Él nos redimió con Su preciosa sangre.



## INCRECULICIA: EL DESÁNIMO

*“Pero en cuanto a los cobardes, los incrédulos...a ellos les tocará ir al lago de azufre ardiente”.* (Ap.21:8). Ese es el veredicto que Dios pronuncia contra este pecado

¿Por qué son amenazados con tan severo juicio los incrédulos? ¿Por qué es un pecado tan serio, la incredulidad, el desánimo? Porque, por medio de esta conducta, los incrédulos demuestran que no confían en Dios. Si un padre ama a su hijo y sacrifica todo para cuidarlo, ¿existe algún modo en que el hijo pueda herir más al padre que desconfiando de él y pensando: “Mi padre no tiene la intención de hacer nada bueno para mí”? Jesús condena tal desconfianza en la parábola de los talentos, cuando le respondió al siervo lo que dijo: *“Señor, yo sabía que usted es un hombre duro...”* (Mt.25:24). *“Y a este empleado inútil, échelo fuera, a la oscuridad, donde llorará y le rechinarán los dientes”* (Mt.25:30).

Así vemos que no es un pecado inofensivo el estar desanimado, abrirle la puerta a la incredulidad y persistir en ella. Las consecuencias serán graves. El Reino de los Cielos se cerrará y las puertas del reino de las tinieblas se abrirán para recibirnos.

Entonces será inútil tratar de excusar nuestra incredulidad, como tal vez lo hacemos ahora, diciendo que nos es difícil creer, o compadeciéndonos de nosotros mismos por no lograr hacerlo. ¡No! Pues si Jesús nos exhorta a creer, al decirnos: “Tengan fe en Dios” (Mr.11:22), entonces podemos creer. Si no creemos, estamos pecando y eso es señal de nuestro orgullo. El orgullo y la arrogancia nos hacen criticar a Dios, diciendo: “Al fin y al cabo, Jesús no puede ayudarme. ¡Jesús no puede perdonarme! Nadie, ni el mismo Dios, pueden ayudarme a salir de esta necesidad, de mi situación desesperada, de mis tentaciones y pecados. Estas cosas son muy fuertes en mi vida”.

Cuando afirmamos tales cosas, creemos saber más que la Palabra de Dios que dice: “*Llámame cuando estés angustiado: yo te libraré, y tú me honrarás*” (Sal.50:15). “*Nunca te dejaré ni te abandonaré*” (He.13:5). “*Pero yo por ser tu Dios, borro tus crímenes*” (Is.43:25).

Es realmente síntoma de un orgullo muy grande cuando nos ponemos por encima de la Palabra de Dios, basados en nuestras opiniones, pensamientos y juicios, pensando que sólo nosotros tenemos razón, rechazando arrogantemente las promesas de Dios por considerarlas no válidas. Por eso el siervo que dijo: “*Señor, yo sabía que usted es un hombre duro*”, fue sorprendido con las rigurosas palabras de Jesús, mediante las cuales dice que su castigo será la condenación, en el reino de Satanás, el cual personifica al orgullo y la desconfianza.

Y este juicio nos sorprenderá si persistimos en la incredulidad. Usualmente decimos de manera piadosa: “Estoy desanimado”, en vez de admitir que estamos en rebeldía y pensando que sabemos más que Dios, quien dijo que nadie que espera en Él será avergonzado (ver Sal. 25:3). Pero si, por causa de nuestro orgullo, actuamos como si Él no pudiera ayudarnos, estamos ofendiéndole seriamente, ya que Él hizo tan grande Sacrificio, al entregar a Su Hijo a la muerte en la cruz, para mostrarnos Su amor. ¿Cómo podemos todavía negarnos a confiar en Su amor? Porque somos tan orgullosos que no admitimos que somos pecadores delante de Dios y los hombres, ni reconocemos que constantemente cometemos errores. También somos tan orgullosos que no permitimos que Dios en Su amor paternal, nos discipline por nuestros pecados, así como los padres terrenales disciplinan a sus hijos. Nos rebelamos contra esa disciplina, aunque Dios realmente está a *favor nuestro* precisamente en este momento para ayudarnos, para libertarnos de aquello que está perturbándonos: el pecado. Él actúa en amor como un Padre, que nos corrige para poder darnos, posteriormente, muchas otras cosas buenas.

El orgullo, la desconfianza y el eludir la responsabilidad de llevar nuestra cruz son, realmente, las razones por las cuales fallamos. Nos rebelamos contra la corrección, contra aquello que nos es difícil y aun contra nuestra personalidad y errores que humillan y avergüenzan. Nuestra rebelión está en lo profundo de nuestro corazón, aunque la disfracemos

con una fachada diferente. Disimulamos nuestro resentimiento cuando nos ocurren cosas difíciles, diciendo: “No puedo seguir creyendo en el amor de Dios”. Por medio de tal desconfianza no sólo impedimos que Dios obre en nuestra vida, sino que también dejamos de dar a los demás el testimonio de la fe y permitimos que nuestro servicio en el Reino de Dios pierda su efectividad. Los discípulos de Jesús experimentaron lo mismo cuando le preguntaron por qué ellos no tenían suficiente poder; Él respondió: “Porque ustedes tienen muy poca fe” (Mt.17:20).

Por eso debemos luchar contra la incredulidad con la máxima determinación. La incredulidad nos hace infelices aquí y algún día nos llevará al reino de las tinieblas. No importa lo que cueste, tenemos que ser libertados de la incredulidad para alcanzar la gloria por la eternidad. El primer paso en la lucha contra la incredulidad y el desánimo consiste en honrar la verdad y admitir que nosotros tenemos la culpa cuando no experimentamos el amor y la ayuda de Dios. Porque la incredulidad quebranta nuestra relación con Dios y levanta una barrera entre nosotros y Él, que impide que su amor y ayuda fluyan hacia nosotros.

Con tal actitud, no debería sorprendernos el hecho de que el amor de Dios y todas las buenas cosas que Él ha pensado para nosotros, no alcancen nuestros corazones y vidas. En la Biblia encontramos el ejemplo del pueblo de Dios en el desierto, el cual

recibió la promesa de una tierra. Pero vemos que ellos no pudieron entrar por causa de su incredulidad. Esa es la razón por la cual las Sagradas Escrituras nos amonestan: *“Debemos pues, esforzarnos por entrar en ese reposo, para que nadie siga el ejemplo de aquellos que no creyeron”* (He.4:11).

Para que no caigamos en la incredulidad, debemos permitir que Dios nos muestre la causa de esta barrera contra Dios: nuestro orgullo. La siguiente meta de fe, para poder vencer la incredulidad y el desánimo, consiste en reconocer delante de Dios y del hombre que el orgullo nos enceguece con respecto al amor del Padre. Sólo el humilde tendrá los ojos abiertos para ver a Dios Padre en su infinito amor. El humilde recibirá ayuda. El humilde y el que humildemente se aferra a las promesas de Dios. ¡Hagámoslo!

Si nos resulta difícil creer y estamos a punto de caer en el desánimo, debemos orar en voz alta:

*“Padre mío, yo no sé cómo me vas a ayudar, pero sé que me ayudarás. ¡Tengo esta certeza porque Tú eres amor!” – “Padre mío, gracias te doy, porque Tú tienes la solución para este problema, porque Tú eres amor. “ – “Padre mío, te doy las gracias por ser más grande que cualquier cosa, más grande aún que mis aflicciones, y siempre quieres ayudar.” – “Padre mío, te doy las gracias por contestar mi oración e intervenir.” – “Señor Jesús, te doy las gracias porque Tú eres mi*

*Redentor y, porque es cierto que cumples Tus promesas, me librarás de las cadenas del pecado.”*

Si decimos esto con humildad, como sus hijos, ejerceremos nuestra fe y venceremos nuestra incredulidad y desánimo. Tenemos que acudir a Jesús quien dice: “*Soy manso y humilde de corazón*”, porque Él se ofreció en Sacrificio en el Calvario para que podamos llegar a ser como Él, y confiar en el Padre con un corazón humilde y lleno de amor, aún en medio de la aflicción. Él nos dará una fe humilde.

Para esto hemos sido redimidos: para que depositemos nuestra confianza en la bondad y en la fidelidad del Padre, y en la perfecta redención del Hijo, en cualquier, prueba y tentación.



## INDIFERENCIA: LA TIBIEZA, LA APATÍA.

*“Pero como eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca”* (Ap.3:16). Esta terrible palabra de juicio se aplica a la persona indiferente y apática. Es difícil que alguna cosa la impresione. Si, por causa de sus errores, surgen problemas o si otras personas tienen dificultades, difícilmente se dará cuenta de esto. Vuelve a su rutina normal sin darse cuenta de lo que ha hecho. Si todo depende de hacer algo a favor de la obra del Señor o si es preciso que de un testimonio, él no se da cuenta de la oportunidad y la pierde. Si el hermano que está cerca de él está cometiendo algún pecado, o está a punto de apartarse de la fe, el indiferente no se inmuta de ningún modo. No intercede en oración por la salvación de otras personas. Su vida de oración es tibia. Su corazón casi no se conmueve cuando Dios tiene que disciplinar a la Iglesia o cuando el nombre del Señor es desacreditado. No lo percibe. En realidad, no toma conciencia de lo que sucede en torno a él.

La indiferencia es muerte espiritual. Pero raras veces reconocemos esto. Acudimos a la Iglesia o a las reuniones cristianas, fielmente hacemos nuestra parte, pero el Señor pronuncia su veredicto: *“Y sé que estás muerto aunque tienes fama de estar vivo”* (Ap.3:1). Falta el amor, que es el signo de la vida

espiritual, y lo único que tiene valor a los ojos de Dios. Una persona indiferente usualmente está muerta a las preocupaciones y peticiones de Jesús, porque sólo un corazón amante puede percibir tales intereses. El indiferente no está radiante de amor, ni tiene ardor por causa del Reino de Dios, ni se consume en sacrificio para la obra del Señor.

Si somos indiferentes, simplemente somos observadores en los grupos cristianos, y esto entristece al Señor muy profundamente. Podemos oírlo cuando se lamenta por causa del indiferente: “¡Ojala fueses frío o caliente!”. Jesús se lamenta tan profundamente, porque no puede hallar en aquel individuo la única cosa que Su corazón anhela, el amor, que es ardiente y ferviente, y que no considera que algo sea demasiado para Él, aunque cueste mucho. Sí, el amor es celoso; el amor se apresura con ardor hacia delante. El amor está pleno de vida; el amor se brinda generosamente. Sin este amor por Jesús, no somos verdaderos discípulos.

Pero Jesús no sólo se lamenta con respecto a los indiferentes, tibios y apáticos; no, Él también amenaza con vomitarlos de su boca (Ap.3:16). Un terrible juicio espera a los indiferentes. Jesús no quiere tener nada que ver con ellos. Ellos serán como las cinco vírgenes insensatas que llegaron a la puerta cuando ya estaba cerrada y tuvieron que oír la voz de Jesús que les decía: “*No las conozco*”. Porque los indiferentes, aunque no hayan cometido ningún acto pecaminoso, han pecado directamente

contra el mismo Dios. Le han negado el amor. Sólo podemos servir a Dios con un amor ardiente, con completa dedicación de tiempo y energía, con disposición para el sacrificio y con ferviente corazón. De otro modo, estaríamos deshonrando al Señor y al Rey de reyes. Si trabajamos para alguna persona que sea altamente respetada, no nos atrevemos a ser indiferentes con respecto a la obra que nos encomienda. Por tanto, ¡ay de nosotros! si nos atrevemos a actuar así con lo que Dios nos encomienda. Al indiferente se le sorprenderá con las terribles palabras de Dios: “*¡Maldito el que no haga con gusto el trabajo que el Señor encarga!*” (Jer.48:10). ¿Habrà alguno que quiera ser maldito por Dios, sabiendo que esto le puede traer la desdicha aquí en la tierra y un horrible juicio en la eternidad? ¿Y quién, por su indiferencia, desea aumentar el dolor de Jesús por causa de un mundo lleno de rebelión? Hace mucho tiempo, Él sufrió debido a la indiferencia de sus discípulos, los cuales no entendían sus sufrimientos, ni reaccionaban con amor. Y hoy es nuestra indiferencia la que lo hiere, más que cualquier clase de oposición declarada.

Tenemos que deshacernos de la indiferencia. Es un pecado muy serio ante los ojos de Dios. Tenemos que enfrentarlo como nuestro peor enemigo, que acabará por llevarnos a la destrucción, al reino de las tinieblas. Tenemos que pelear contra este pecado. Tenemos que suplicar a Jesús quien abolió la muerte, y creer que Él, que es la Vida misma, puede despertarnos a la vida divina y, en efecto, lo hará. Pero al

mismo tiempo es importante que nos dejemos “sacudir” por la mano disciplinadora de Dios, la cual nos arrancará de nuestra indiferencia.

A menudo sólo podemos ser arrancados de ella por medio de “truenos y relámpagos”. Sólo entonces comenzamos a movernos, comenzamos a vivir. El ser sacudidos por las correcciones constituye a menudo el único tratamiento que produce resultado en la pelea contra la indiferencia. Pero es importante que busquemos el tratamiento. Por tanto, la persona indiferente y apática tiene que aceptar de todo corazón los “truenos” y los “relámpagos” de Dios, cuando lo alcanzan.

La corrección es el mejor remedio. Nos hará despertar de nuestra apatía e indiferencia. Cuando somos disciplinados, nos alarmamos por causa de nuestro pecado y aprendemos a llorar y lamentar por causa de él. Como pecadores perdonados, no podemos hacer otra cosa que amar a Jesús y darnos del todo por Él.

Los pecadores que están postrados junto a la cruz de Jesús y reciben Sus divinos dones de vida y perdón, son los que aman a Jesús, y le dan las gracias, y se entregan a Él.

Los juicios y las correcciones de Dios son la mejor medicina para nuestra indiferencia, porque pueden transformarnos en pecadores contritos que lloran por su pecado, y reciben nueva vida.

Por tanto, démosle gracias a Jesús por haber vencido a la muerte, aun la muerte espiritual de la indiferencia, dándonos así liberación y vida. Rindámonos a Él y a su amor que nos corrige, de tal modo que Él nos salve de la terrible maldición que espera a los indiferentes. Creamos en Jesús. ¡Él nos liberta de la esclavitud!



## LA INGRATITUD

¡La ingratitud es un rasgo desagradable! Especialmente cuando se dirige contra alguien que ha hecho sacrificios por nosotros y nos ha proporcionado muchas cosas buenas. Nuestra ingratitud puede herir profundamente a esas personas. ¡Cuánta tristeza hay en las palabras de Jesús, cuando sólo uno de los diez leprosos que fueron sanados regresó a darle las gracias! "*¿Acaso no eran diez los que quedaron limpios de su enfermedad? ¿Únicamente este extranjero ha vuelto para alabar a Dios?*" (Lucas 17:17,18).

Pero hoy nuestra ingratitud es aún más seria porque no apreciamos el don que sobrepasa todo entendimiento: el perdón de Jesús y Su Expiación Vicaria por nosotros. Su Sacrificio a nuestro favor revela que como pecadores necesitamos la redención y que de ningún modo hemos merecido el amor de Dios. Debería ser normal para nosotros, el darle gracias a Dios, porque todo lo que recibimos de Él es inmerecido, inclusive lo que Él nos da a través de otras personas. Pero si no le agradecemos por Su gracia y por sus dones inmerecidos, somos como parásitos y no debemos sorprendernos cuando la ira de Dios venga sobre nosotros.

La ingratitud es un pecado serio. Las Sagradas Escrituras dicen que es una de las características del espíritu anticristiano de los últimos tiempos (2 Tim. 3:2). Será juzgada severamente por Dios. Por tanto, debemos vencer la ingratitud que exista en nuestros corazones, si queremos pertenecer a Jesús en la eternidad. Debemos reconocer lo abominable que es este rasgo. Tenemos que decidarnos a no tolerarlo más en nuestra vida por cuanto hiere profundamente el corazón del Padre y provoca Su ira.

¿Cómo podemos vencer la ingratitud? También aquí necesitamos, en primer lugar, descubrir la raíz. Así como muchos otros pecados, éste tiene sus raíces en el orgullo. Los orgullosos suponen que la gente tiene la obligación de darles cosas. Consciente o inconscientemente, piensan que tienen el derecho de recibir regalos. Sus ojos están ciegos a todo lo bueno que el Padre celestial les da. En su orgullo ellos piensan, aun cuando no están conscientes de esto, que tienen el derecho de recibir suficiente, o más que suficiente alimento, ropa y todo lo demás que necesitan para su cuerpo y alma en esta vida. Pero si no tienen lo necesario, de repente se acuerdan de Dios y lo acusan de no darles lo que ellos esperan. Su actitud hacia Dios es como la de una persona que reclama un derecho legal sobre otra. Los ingratos no ven que es gracia, pura gracia, cuando Dios les da lo que necesitan. De modo que debemos humillarnos delante de Dios y pedirle que perdone nuestro orgullo, que es lo que nos impide darle gracias. Y tenemos que pedirle que nos conceda un arrepentimiento más profundo por nuestra orgullosa ingratitud.

El siguiente paso consiste en recordar todas las buenas cosas que recibimos, ya sea diariamente o semanalmente. Esto no sólo significa comprenderlo en nuestros corazones sino elevar al Padre un himno o una oración de acción de gracias. Otro método que ayuda es el tener un "cuaderno de agradecimiento" especial, en el cual anotamos todo lo que recibimos. Luego, al finalizar el día o la semana, a solas o con la familia, podemos dar gracias a Dios. De este modo, nuestros corazones adquieren la práctica de ver cuántas cosas buenas recibimos, tanto de otras personas como de Dios.

Recordar la bondad de Dios y la generosidad de los demás es el primer paso hacia la gratitud. A lo largo de este camino constataremos, cada vez más profundamente, que Dios es un Padre lleno de amor que se alegra en hacernos bien (Jeremías 32:41).

Admirados por este amor, nuestro corazón se llenará cada vez más de gratitud y gozo. Porque las personas agradecidas tienen buenas razones para regocijarse por las pruebas de amor de Dios, en tanto que las desagradecidas permanecen insatisfechas y perturbadas. Este es un síntoma típico de orgullo. Pero mientras más nos muestre el Señor nuestra miseria y pecaminosidad, más se regocijarán nuestros corazones cuando el Padre Celestial, a pesar de todos nuestros pecados, nos dé buenas dádivas y las demás personas también nos ofrezcan regalos. Más y más aprenderemos a dar gracias por habernos guiado por caminos difíciles, porque habremos llegado a entender que Su corazón de amor estaba detrás de esos caminos. Este es el corazón que se le revela al

que es agradecido. *"Den gracias a Dios por todo, porque esto es lo que Él quiere de ustedes como creyentes en Cristo Jesús"* (1Tesalonicenses 5:18).

¡Dios quiere transformarnos en personas agradecidas! Dios crea cosas que no existen aún, incluso nuestra gratitud. Él hará en nosotros una nueva creación, corazones agradecidos que sean humildes, gozosos y amorosos. Los agradecidos son siempre amorosos. A través de la gratitud, quieren retribuir a los que han hecho buenas cosas por ellos y hacerlos felices. ¡Qué fulgor divino hay en el que es agradecido: el fulgor del Reino de los cielos! Porque allá arriba le daremos gracias a Dios y lo adoraremos continuamente por todo lo bueno que Él ha hecho por nosotros. Pero sólo llegaremos allá si hemos aprendido a dar gracias aquí.

¿Habría alguno que quiera cerrar la puerta del cielo para sí mismo por ser ingrato? Si no lo quiere, entonces pelee la buena batalla de la fe contra el pecado de ingratitud, y el cielo, donde reinan el amor y la alegría, se abrirá para usted aquí en la tierra.



## IRA Y ENOJO

Usualmente no lo tomamos a mal, especialmente si somos coléricos por naturaleza, si explotamos violentamente cuando alguien nos irrita o fastidia, por ejemplo, si nuestros hijos son desobedientes, etc. Pero entonces, estamos siguiendo normas falsas que Dios no acepta. La norma de Dios es diferente, y es la única válida. Seremos juzgados conforme a esa norma, la norma que Jesús nos da. En el Sermón del Monte, Él habla acerca del enojo contra el hermano. Él nos dice lo que sucederá si nos enojamos con nuestros hermanos, o si incluso los insultamos (Mt.5:22). Ninguno de nosotros pensaría que éste es un pecado serio. Sin embargo, Jesús pronuncia una terrible sentencia contra tal conducta violenta. Él incluye a las personas que se enojan entre los asesinos y anuncia que un castigo terrible les espera. En sentido figurado, sabemos que la ira puede realmente matar. Los niños, y aún los mismos adultos, que han sido víctimas de una constante descarga de reprensiones iracundas, a menudo tienen profundas cicatrices en sus almas; es como si algo en ellos hubiera muerto.

El juicio de Dios descenderá sobre aquellos que persisten en ser iracundos. Jesús dijo que aquellos que lanzan malas palabras contra su prójimo tendrán su lugar en el infierno de fuego, si no se arrepienten

de su ira (Mt.5:22). Jesús nos dice de forma bien clara que así como los mansos le pertenecen, los iracundos pertenecen a Satanás y a su reino de tinieblas. Por tanto, sin importar cuál sea el costo, debemos librarnos de la rabia, de la ira, y del enfurecimiento.

No debemos caer en las trampas de Satanás, conocemos sus artimañas. Él intenta convencernos de que debemos gritar a la gente de vez en cuando, como lo hizo Jesús cuando echó a los cambistas del Templo. Pero cuando él trata de engañarnos debemos decir: “Vete de mí, Satanás, blasfemo”. Jesús no fue pecador como nosotros, sino el Santo de Dios, lleno de Espíritu de amor; y en el Templo sólo actuó por la agonía del amor, al ver que el Templo sagrado era profanado por el pecado. Él se enojó por cuanto quería salvar; su ira fue una reacción de amor.

Por otra parte, debemos saber cómo es nuestro corazón. Es una cueva de ladrones. De él salen los malos pensamientos (Mt.15:19). Es una copa de veneno. Si pensamos que ayudamos a otros a corregirse gritándoles con enojo, estamos entregándoles una copa de veneno. Nuestras buenas intenciones están mezcladas con amargura e indignación. ¿Puede haber algo bueno detrás de nuestras palabras airadas y vehementes, cuando todo esto reposa en nuestros corazones? ¡Qué mentirosos e hipócritas somos si pretendemos que sólo queremos ayudar a la otra persona para que vuelva al camino recto, diciéndole bien claro lo que pensamos! En realidad,

queremos dar salida a nuestro fastidio y enojo y, por cuanto éste es un veneno de Satanás, no ayuda ni libera a nadie. Sólo hará que se intensifique el mal en los demás.

El veneno de Satanás, representado por la ira y la rabia deben salir de nuestros corazones y vidas, si queremos liberarnos del poder de Satanás. Todo aquel que pelee la batalla de fe, con odio contra este pecado, será libertado de él, porque Jesús vino a destruir las obras del diablo. ¿No conseguiría Él vencer en nosotros esa ira diabólica? ¿No transformó Dios a Moisés –quien dominado por la ira, mató a un egipcio – en “un hombre muy manso, más manso que todos los hombres que había sobre la faz de la tierra” (cambio por versión RVA2015) (Nm.12:3)?

Tenemos que dar media vuelta, declarar la guerra contra la ira y escoger el camino de Jesús. *“Pues para esto los llamó Dios;...para que sigan sus pasos...cuando lo insultaban, no contestaba con insultos; cuando lo hacían sufrir, no amenazaba, sino que se encomendaba a Dios, que juzga con rectitud”*(1 P.2:21-23). Jesús está ante nosotros en espíritu diciendo: “Soy manso” (Mt.11:29). Jesús, el Cordero de Dios, lleno de paciencia, mansedumbre y humildad. ¡Es un cuadro de amor que vence todo! Y Él nos redimió para que alcanzásemos esa imagen. Debemos reflejar ese amor, que es el que gana a otras personas, que es lo opuesto a la ira y a la rabia. La mansedumbre y la bondad tienen poder y derriten los corazones duros como un viento primaveral.

Este camino de la mansedumbre nos conduce al Cielo. Los mansos son llamados “bienaventurados” o “dichosos”. El camino de la ira conduce al infierno. La elección es nuestra. Si queremos seguir el camino del Cordero, Jesús, el Autor de nuestra salvación (ver He.2:10), irá delante de nosotros y seguiremos sus pasos. Esto, en la práctica, significa que, si estamos disgustados y fastidiados respecto a algo, no deberíamos buscar inmediatamente al ofensor para dar salida a nuestra ira. Esperemos y oremos primero. Y en vez de agredirlo con palabras ofensivas, deberíamos escribirle unas pocas líneas en papel. No debemos permitir que el sol se ponga sobre nuestro enojo, sino humillarnos ante Dios y, si es necesario, también ante las personas contra las cuales estamos enojados. Dios bendecirá esos pasos dados en obediencia y nos moldeará hasta hacernos personas mansas.

¿No será posible para Dios hacernos mansos y humildes? Jesús pagó el precio del rescate y quebrantó el poder de Satanás y del pecado para que no sirvamos más al pecado de la ira. Verdaderamente hemos sido redimidos de la manera vana de vivir heredada de nuestros padres (ver 1 P.1:18). La disposición heredada de ellos, como la furia y la ira, no puede dominarnos más. Este pecado fue clavado en la Cruz y nuestra herencia es la nueva naturaleza, a imagen de Dios. En Cristo somos una nueva creación, redimidos a la imagen del Cordero, el cual fue manso y humilde. Y eso es lo que debemos buscar con fe.

## JUSTICIA PROPIA: LA AUTOJUSTIFICACIÓN

Los que se justifican a sí mismos (autojustificación) proclaman que todo lo que dicen y hacen es correcto. Hay algo que no soportan oír: que otros cuestionen su comportamiento. Por esa razón se rebelan y se defienden, agregando que los demás no los comprenden y les juzgan erradamente.

Inmediatamente señalan con el dedo a los demás, acusándolos e impidiendo que estos les digan la verdad. Los que se autojustifican llevan una armadura para que ninguna crítica pueda golpearlos. No creen necesario luchar contra el pecado, pues se consideran perfectos. Por eso, no obtienen/logran victoria sobre sus tendencias pecaminosas. Por el contrario, todos los otros pecados se nutren; pueden así crecer y florecer. Ese es el terrible resultado de una vida de justicia propia. El hombre permanece esclavo de sus pecados y separado de Jesús, no importa cuán piadoso aparente ser pues vive en mentira y permanece aferrado a ella. Sin embargo, solamente la verdad, nos puede libertar, si la escuchamos y la aceptamos. Cuando los que se justifican a sí mismos rechazan la verdad, rechazan a Jesús, que es la Verdad.

Si por causa de nuestra autojustificación rechazamos la advertencia de Dios, la voz de la verdad, aun cuando nos llegue a través de otra persona, dudosamente volverá tal advertencia.

La hemos ahuyentado. Pero un día nos alcanzará, será cuando comparezcamos ante el tribunal de Cristo. Entonces habrá un serio juicio contra quienes se “endurecieron” y no aceptaron la voz de Dios, sus advertencias, amonestaciones y correcciones, que nos dio por medio de otras personas. Por el hecho de que el pecado se extiende, cosecharemos en la eternidad lo malo que hemos sembrado. Entonces será demasiado tarde para arrepentirnos.

La justicia propia es, probablemente, el pecado más serio: es la raíz de todos los otros pecados, y los demás no pueden ser superados mientras no luchemos contra esta raíz pecaminosa. Este es el pecado del hombre de mal genio, que ataca inmediatamente; del irritado, que siempre quiere tener la última palabra; del inhibido, que no puede moverse libremente por cuanto no quiere equivocarse; del silencioso, que no dice nada porque no quiere cometer errores; del deprimido, que no puede soportar que él es como es, ni que él actuó como actuó; del amargado, que no puede admitir que lo que es tan difícil para él, lo necesita para purificación de su propia naturaleza pecaminosa. La autojustificación tiene sus efectos en toda la naturaleza pecaminosa.

Además, la autojustificación es uno de los principales pecados que clavaron a Jesús en la cruz.

Había personas que no querían escuchar su mensaje: “¡Arrepiéntanse!” No querían admitir que, como pecadores, necesitaban un Salvador. Por eso gritaron: “¡Crucifícale!” Si no odiamos este pecado más que a todos los demás y no luchamos con toda determinación contra él, estaremos perdidos. Entonces la puerta del Reino de la verdad de Jesús se cerrará para nosotros. Porque los que se justifican a sí mismos, que no quieren oír la verdad acerca de sus errores y que a menudo mienten cuando tratan de defenderse, viven en una mentira y, por tanto, pertenecen a Satanás, que es mentiroso desde el principio. Pero, ¿quién es el que se da cuenta que su autojustificación lo ha hecho esclavo de Satanás y miembro de su reino? Porque se llama cristiano, está convencido de que es discípulo de Jesús y miembro de Su Reino. Pero Jesús pronuncia las siguientes palabras, muy duras, contra los que se justifican a sí mismos: “*Ustedes son los que se hacen pasar por buenos delante de la gente pero Dios conoce sus corazones; pues lo que los hombres tienen por más elevado (pues según sus propios conceptos, todo está en orden). Dios lo aborrece*” (Lc.16:15).

¡Cuán graves son las palabras que Jesús dirige a los que se justifican a sí mismos! Son abominación para Dios. ¿Por qué? Porque los que se justifican a sí mismos son tan orgullosos, que no admiten que algo esté mal es sus palabras o acciones. Hacer eso los humillaría. Sólo los humildes lo pueden hacer. Los orgullosos y los que se justifican a sí mismos, que pretenden no tener fallas, son llamados “hipócritas”,

por Jesús, así como llamó a los fariseos, por el hecho de que vivían en un autoengaño. El Señor les lanza esta terrible pregunta: “¿Cómo van a escapar del castigo del infierno?” (Mt.23:33).

Necesitamos ser liberados de la autojustificación, no importa cuál sea el precio. Debemos hacer todo esfuerzo posible para liberarnos de esta esclavitud. El primer paso (que los hipócritas también tienen que dar, puesto que la hipocresía y la justicia propia generalmente andan juntas), es pedir luz. Los que se justifican a sí mismos tienen que oír las palabras de Jesús: “...Si ustedes fueran ciegos, no tendrían culpa de sus pecados. Pero como dicen que ven, son culpables” (Jn.9:41). Los que se autojustifican son ciegos respecto a sí mismos; no quieren ver sus propios pecados.

Si alguien nos dice: “Usted también se justifica”, y no aceptamos eso, debemos clamar a Dios diariamente:

*“Envíame tu Luz y tu Verdad.”*

*“Revélame todo lo que, bajo tu luz, no es correcto. Coloca mis pecados ocultos a la luz de tu Rostro.”*

Y Dios, que ha prometido contestar tales oraciones, que son hechas conforme a su Voluntad, nos dará luz. Pues Jesús vino a dar vista a los ciegos, como está escrito en San Lucas 4:18. Si Él dio vista a los que padecían ceguera física, ¡cuánto más mostrará su poder dando vista a nuestras almas para que

veamos nuestros pecados! Su amor quiere hacer esto. Nos redimió para que seamos hechos hijos de luz y reconozcamos la verdad con respecto a nosotros mismos; la cual nos hará libres (Jn.8:32). Ciertamente constataremos eso, si fervorosamente pedimos luz.

Hagamos la siguiente oración:

*Permíteme abrir mi corazón y escuchar  
a quienes me dicen la verdad  
acerca de mí mismo.*

*Quiero aceptar esta ayuda práctica para  
llegar a ser libre de la justicia propia y ciega.  
Es muy difícil para mí oír a otros  
cuando hablan acerca de  
mis debilidades y errores.*

*Pero quiero aceptarlo como tu  
oferta especial de amor para mí, pues tu  
voz de advertencia me llega a través  
de tales personas.*

*Quiero agradecerte por toda persona  
que me llama la atención por mis faltas.  
Cuando esto no suceda, quiero  
pedir a los que me rodean que me digan todo.  
Y aunque las amonestaciones y  
acusaciones no sean ciento por ciento  
verdaderas, quiero aprovechar la oportunidad  
para quebrantar mi justicia propia.  
Quiero luchar contra este pecado,  
con toda determinación.*

El orgullo ciego marcha del brazo con la auto-justificación y estos pecados usualmente tienen que ser purificados por medio de las correcciones de Dios.

A través de éstas, seremos capaces de comprender nuestra verdadera condición. Aprenderemos entonces que realmente somos pecadores y cuánto nos falta (Ap.3:18-19).

La corrección, si la aceptamos, hace humildes a los orgullosos. Sí, si esta disciplina nos muestra la verdad con respecto a nosotros mismos y nos lleva al arrepentimiento, seremos auxiliados. Pero quien la reciba, sintiendo lástima de sí mismo, con expresiones piadosas como ésta: “Quiero creer que esto viene de la mano del Señor”, sin arrepentirse, nunca será liberado del pecado de la justicia propia. Las correcciones, tales como: enfermedades, trabajar con personas difíciles, frustración de los propios deseos y planes, humillaciones y decepciones de toda clase, tienen el propósito de exponer nuestros pecados a la luz y a ayudarnos a reconocerlos. Entonces podremos expresar contrición y decir: “...*estamos sufriendo con toda razón, porque estamos pagando el justo castigo de lo que hemos hecho*” (Lc.23:41). Cuando seamos humillados de este modo, seremos sanados de nuestra orgullosa justicia propia. Así habremos recuperado la vista.

No obstante, todas estas cosas no podrían ayudarnos si no hubiera Uno que fue capaz de guardar silencio cuando fue acusado injustamente: Jesús, el Cordero de Dios, quien “*enmudeció delante de sus*

*trasquiladores*". Él nos redimió para que guardemos silencio a fin de que no nos justifiquemos con palabras o pensamientos. Jesús venció al enemigo, el antiguo mentiroso y nos libertó de toda autojustificación. Él es el Salvador, que nos sanará también de esta pecaminosa enfermedad, como está escrito: "...por sus heridas alcanzamos la salud" (Is.53:5).

Él sanará hasta la peor clase de justicia propia: el pensar que no nos autojustificamos. Su Sangre nos limpiará mediante un largo proceso de sanidad, cuya primera señal de progreso en esta curación consiste en que admitimos nuestra autojustificación. "Así soy yo, estoy lleno de un orgullo que me hace justificarme a mí mismo". Si confesamos nuestros pecados y nos arrepentimos, Él nos limpiará de toda maldad (1 Jn.1:9).

Todo pensamiento de justicia propia pierde su poder tan pronto es puesto bajo la Sangre de Jesús. Por tanto, debemos permanecer alerta. Si no podemos entender alguna acusación o reproche, todavía nos queda un camino: pedirle a Dios que nos muestre la verdadera perspectiva por medio de su Espíritu. Entonces veremos claramente, como provocamos la situación. En tiempos de quietud y oración, Dios nos mostrará "nuestra viga". Ciertamente, de vez en cuando habrá un error que deberá explicarse.

Debemos, entonces, orar al respecto, de modo que podamos explicarlo humildemente.

Perseveremos en la batalla de fe, proclamando siempre la victoria de Jesús y preparados para aceptar la disciplina de Dios. Veremos entonces que las cadenas de la autojustificación que nos atan a Satanás, se romperán y heredaremos el Reino. Para Dios no hay nada imposible.



## LOCUACIDAD

Las Sagradas Escrituras dicen continuamente que las palabras inútiles constituyen un pecado, pero generalmente no tomamos esto en serio.

Sin embargo, es un pecado que Dios juzgará severamente. Se enumera al mismo tiempo con la inmoralidad sexual, la impureza y la avaricia, que no convienen a los santos (Ef.5:3-4DHH). En resumen, el apóstol Pablo dice: *“Que nadie los engañe con palabras huecas, porque precisamente por estas cosas viene el terrible castigo de Dios sobre aquellos que no le obedecen. No tengan ustedes, pues, ninguna parte con ellos”* (Ef.5:6-7 DHH). Nuestra conversación ociosa provoca la ira de Dios. Y su ira, trae sobre nosotros el juicio si no nos arrepentimos. No podemos jugar con este pecado. Hablar es un asunto muy serio. Nuestras palabras no se las lleva el viento como si fueran paja. Aparecerán en el Juicio Final. No se perderá ni una de ellas.

Algún día debemos dar cuenta de toda palabra ociosa; seremos juzgados conforme a nuestras palabras (Mt.12:36-37).Y ay de nosotros, si nuestra lengua, *“es un mal que no se deja dominar y que está lleno de veneno mortal”*(Stg.3:8) fue un instrumento de mal, por pronunciar palabras venenosas, amargas, sucias y llenas de odio.

Puesto que el pecado de la locuacidad “*corroe como la gangrena*” (2 Ti.2:17), es necesario realizar en nosotros una operación total. Según las palabras de Jesús, “*¿y si tu ojo [tu lengua] te hace caer en pecado, sácatelo*” (Mar.9:47). De otro modo, corremos el riesgo de ser echados en el infierno.

¿De qué manera podemos ser completamente libres? En primer lugar, tenemos que hallar la raíz de la locuacidad. Muchas veces, es el resultado de nuestro deseo de llamar la atención. Queremos parecer importantes. Pensamos que debemos dar nuestra opinión acerca de todo. ¡Cuán rápidamente estas palabras inútiles nos hacen hablar de un modo despectivo respecto a quienes no están presentes! O comenzamos a murmurar y a difundir rumores. A veces, usamos de mucha palabrería para acallar nuestra propia conciencia; otras veces hablamos por pereza, porque no queremos trabajar; y otras porque estamos amargados y queremos descargar nuestros pensamientos envenenados. Y muchas otras razones.

La causa más profunda de la locuacidad es el hecho de estar separados de Jesús. La persona locuaz generalmente no habla mucho con Jesús, porque la conversación con Él nos deja “en quietud” y hace que nuestra mente se dirija hacia Dios. Cuanto menos tiempo dediquemos a la “hora de quietud” con Él, más habladores seremos. Como resultado de las muchas palabras vacías y conversaciones inútiles perdemos el anhelo por la comunión íntima con Jesús. Todo depende de si reservamos “tiempo de

silencio y oración”, para escucharlo. Cuando nuestro tiempo de reflexión personal termina y volvemos al contacto con lo demás, Su Presencia nos acompañará y nuestras palabras estarán llenas del Espíritu Santo. De esa manera no diremos chistes de doble sentido ni hablaremos innecesariamente. Diremos solamente aquello que diríamos si Jesús estuviese físicamente presente. Las únicas palabras que saldrán de nuestra boca serán las que sean buenas para edificación, lo que sea adecuado para la ocasión, que comunique gracia a quienes escuchen (Ef.4:29).

Ciertamente, para muchos de nosotros no será fácil hallar tiempo para la quietud, en el transcurso de un día agitado y exigente. Pero donde existe voluntad, el medio aparece. Siempre habrá una oportunidad. Por ejemplo, podemos reducir el tiempo de las visitas o los quehaceres que son más bien de placer que obligatorios y dedicarlo a Jesús. Cuando dejamos la tranquilidad de nuestro cuarto y continuamos la conversación con Jesús en nuestro corazón, nuestro lenguaje mejorará casi por sí mismo. En el Cielo, Jesús sólo hablará con aquellos que aquí lo buscaron en oración y no se perdieron en conversaciones inútiles y palabras ociosas.

Cualquiera que diga: “No sé qué hacer en el tiempo de quietud que dedico a la oración”, no logrará deshacerse de su locuacidad. No quiere pagar el precio para ser sano de esta enfermedad pecaminosa. Para que podamos conversar con Dios, se requiere

paciencia y práctica. Eso es necesario para que podamos orar sinceramente. Pero cualquiera que quiera ser libre de la locuacidad deberá tomar la promesa de Jesús como una realidad: “*Yo hago nuevas todas las cosas*” (Ap.21:5).

Aún nuestra lengua será nueva, de tal modo que llegue a ser un instrumento del Espíritu de Dios y pueda hablar Sus palabras y, permanecer en silencio, en vez de estar hablando palabras ociosas. Jesús nos libertó de la esclavitud del pecado, del fuego del mal que hay en nuestra lengua que puede conducirnos al juicio y al infierno. Él tiene todo poder, también sobre nuestra lengua.



## MENTIRA: LA INCLINACIÓN A ESCONDER ALGO

"... y todos los mentirosos, a ellos les tocará ir al lago de azufre ardiente" (Apocalipsis 21:8). Tal vez nos sorprendamos por este veredicto. Pero, ¿cómo podría ser de otro modo si Satanás es el "padre de mentira" (Jn. 8:44)? De modo que los mentirosos irán a su reino. Por eso, Jesús dijo a los fariseos (un grupo de religiosos en la época de Jesús), a los cuales acusó de mentira: "¿Cómo van a escapar del castigo del infierno?" (Mt. 23:33). Si Jesús le concede tanto peso al pecado de la mentira, si este pecado nos puede llevar al reino de Satanás, entonces debemos luchar contra él hasta el punto de derramar sangre y no concederle derecho a existir en nuestras vidas. Es asunto de estar alerta cuando comienzan las primeras señales de la mentira, por ejemplo, cuando torcemos o exageramos los hechos; o evitamos llevar nuestras fallas a la luz, encubriéndolas con silencio y disimulación. El encubrimiento de los hechos comienza cuando sólo decimos medias verdades, tratando de proteger nuestra reputación.

Las mentiras pertenecen al reino de las tinieblas y van hombro a hombro con el disimulo. Generalmente decimos y hacemos cosas disimuladamente cuando nuestra conciencia nos dice que no deberíamos decir las o hacerlas, y otros tendrían razón de

acusarnos. Como no queremos romper con nuestro pecado, tampoco nos gustaría que descubrieran las cosas malas que hemos hecho. Esta es la razón por la cual las practicamos secretamente y no queremos que sean reveladas: no queremos ser juzgados.

Cada vez que obramos en secreto, porque no queremos que otros vean lo que estamos haciendo mal, comenzamos a mentir. Entonces, si somos descubiertos, tratamos de salir, diciendo otra mentira. Por esta razón debemos ser cuidadosos en no hacer nada a escondidas, ni en la forma más pequeña.

Cuando estemos tentados a proceder así, debemos preguntarnos inmediatamente: "¿Por qué no lo hago frente a los demás?" Tal vez, la respuesta será, que hay algo no correcto en relación con aquello. Cuando los fariseos acusaron a Jesús, Él contestó: "Yo he hablado públicamente delante de todo el mundo... así que no he dicho nada en secreto" (Jn. 18:20).

Jesús pudo decir esto. Él está delante de nosotros en su divina majestad. Él es Luz y Verdad y todo discípulo de Jesús debería poder decir: "Todo lo que he dicho o hecho en mi vida lo pueden ver y oír todos. Nada tengo dicho o hecho en secreto, porque todo lo hice ante los ojos de Dios".

Sí, Jesús es Luz. Esa es su gloria. Su naturaleza es pura luz, pura verdad. Él nos redimió para que seamos hijos de luz, de tal modo que nuestras palabras y acciones sean puras y transparentes. Si hablamos y actuamos a la vista de Dios nada haremos

disimuladamente, sólo haremos lo que pueda permanecer bajo la luz de Dios.

Por otra parte, Satanás es el mentiroso, el señor del reino de las tinieblas. Si hablamos y actuamos en la oscuridad, secretamente, y no queremos que nuestras palabras y obras se conozcan, significa que pertenecemos a Satanás. Constantemente estamos enfrentados por situaciones pequeñas y cotidianas que nos hacen decidir entre la luz y las tinieblas. Las palabras de Jesús son muy serias: "Todos los que hacen lo malo odian la luz, y no se acercan a ella para que no se descubra lo que están haciendo. Pero los que viven de acuerdo con la verdad, se acercan a la luz para que se vea que todo lo hacen de acuerdo con la voluntad de Dios" (Jn. 3:20-21).

No siempre tenemos esto presente, pues Satanás con su astucia intenta convencernos de que encubrir nuestros pecados no es algo malo. Él procura llevarnos a esconder la verdad ante Dios y la gente, incluso ante nosotros mismos, y así crear ocasiones para mentiras. Decimos que no fue nuestra intención. Cuando se nos critica, presentamos otros motivos para nuestras acciones, pero éstos no son los verdaderos. No nos damos cuenta de que estamos en el camino de la mentira, o que nuestras vidas ya están plagadas por la falsedad. Mentimos por miedo, por orgullo, por el deseo de complacer a nuestros semejantes y por otras razones.

Pero Jesús nos redimió de los oscuros poderes de la disimulación y de la mentira, por tanto, espera que nosotros reclamemos esta redención y corramos hasta alcanzar el premio (1 Co. 9:24): "la Ciudad de Dios".

La Ciudad de Dios es luz, totalmente luz. Los mentirosos hallarán sus puertas cerradas. Esa es la razón por la cual los apóstoles insisten en que debemos ser hijos de luz y que la luz no se asocia con las tinieblas (Ef. 5:8-13). La luz y las tinieblas, la verdad y la mentira, se excluyen mutuamente. Si somos mentirosos y hacemos las cosas simuladamente, estamos excluidos del Reino de Dios como lo dice la Escritura (Ap. 21:27). No importa cuánto cueste, debemos romper completamente con el reino de las tinieblas, el reino de las mentiras. De otro modo, perderemos nuestra herencia en el Reino de Dios, la comunión de los fieles, y sobre todo, la comunión con Jesús.

¿Cómo podemos librarnos de nuestra disposición e inclinación a hacer las cosas con disimulo y a mentir? El primer paso consiste en pedirle al Señor que nos muestre la magnitud de este pecado, satánico por naturaleza, y que nos ayude a odiarlo. Si no lo detestamos, seremos capaces de tolerarlo y no estaremos dispuestos a luchar contra él. Pero tenemos que combatirlo y no permitirle existir más. ¿Cómo podemos hacerlo? Al desenmascarar las mentiras que hablamos precipitadamente, privamos ese pecado de su poder sobre nosotros. Eso pasa

cuando confesamos inmediatamente esas mentiras para humillación nuestra. El traerlas a la luz sentencia este pecado a la muerte. Es entonces cuando la luz vence y la humillación nos saca de la esfera de influencia de Satanás, pues él sólo puede atacar al orgulloso y altivo.

Tenemos que tomar los mismos pasos si obramos ocultamente. Debemos desenmascarar el pecado y darle el nombre que le corresponde. Si hemos tomado algo que no es nuestro, no podemos devolverlo secretamente sino que, al hacerlo tenemos que admitir que lo tomamos indebidamente. Pero ese no es el fin de todo. Esto sólo tiene que ver con el acto pecaminoso. El rasgo pecaminoso –la mentira, el encubrimiento de las cosas– está profundamente arraigado en nosotros y continuará allí. Cuando se presente la ocasión apropiada, se manifestará nuevamente. Si odiamos en nosotros todo lo que es falso y sentimos que las mentiras nos separan de Jesús, no podremos hacer otra cosa que invocar al Señor diariamente, a Jesús que es la Verdad. Por medio de Su muerte expiatoria en el Calvario Él clavó el pecado de la mentira en la cruz y nos libertó de él. Ya no puede dominarnos por cuanto Él la puso bajo sus pies. Jesús, la Verdad, reina en nosotros.

"¡Soy redimido; fui libertado para la verdad!". Así debemos comenzar nuestra batalla de fe cada día. Y lo que creemos, ocurrirá. No importa cuán inclinados estemos a mentir si peleamos esta batalla de fe, Jesús nos hará vencedores, para permitirnos entrar a la ciudad de luz como hijos de luz.

## MEZQUINDAD

La mezquindad, la avaricia, es un pecado muy grave. La Biblia explica esto cuando dice: *“Porque el amor al dinero es raíz de toda clase de males”* (1 Ti. 6:10). Está claro que todos los que tienen un amor exagerado hacia las cosas terrenales estarán excluidos del Reino de Dios, porque está escrito que no *“heredarán el reino de Dios”* (1Co.6:10; Ef.5:5). La mezquindad es idolatría. *“...por las que viene el terrible castigo de Dios sobre aquellos que no le obedecen”* (Col.3:5b, 6).

Los mezquinos, o los avaros, serán seriamente castigados y la ira de Dios ya pesa sobre ellos. Por eso, tenemos que librarnos de la mezquindad a toda costa. Este pecado está presente en todas las personas, aunque no es tan evidente en algunas. Puede aparecer con síntomas aparentemente inofensivos. La “economía”, o los “ahorros” podrían ser disfraces para este pecado.

La mezquindad revela su verdadero rostro cuando nos es difícil dar alguna cosa. Eso puede ocurrir en muchas áreas, dependiendo de aquello a que nuestro corazón esté particularmente aferrado. Así, una persona mezquina “se zambulle” en sus bienes, negándose a darlos, hasta casi ahogarse en sus posesiones. A menudo rehúsa dar a los que le piden

y nunca comparte voluntariamente dinero ni posesiones con nadie. Está atada a las cosas pasajeras de esta tierra y no comprende que también permanece atada al príncipe de este mundo, Satanás. Ha llegado a ser siervo de éste aquí y un día no heredará el Reino de Dios aunque parezca que creyó en el Señor Jesús cuando estuvo en la tierra.

Frecuentemente los cristianos aparentamos no ser mezquinos, sin embargo, estamos apegados a nuestras posesiones.

¡Cuán frecuentemente constatamos esto en mi país, Alemania, cuando se les pidió a algunos que recibiesen en sus hogares a damnificados y a refugiados durante y después de la Segunda Guerra Mundial! Las personas trataban de convencerse de que estaban obligadas a mantener su hogar, los muebles y otras cosas intactas para el bien de sus hijos. Por amor a sus hijos, pensaron que no podían hacer otra cosa que negarse a recibir refugiados y personas sin hogar, o a lo sumo les concedían la peor habitación y las peores cosas.

Ni siquiera los cristianos comprendían que se estaban comportando mezquinamente y que estaban pecando contra su prójimo que se encontraba en gran necesidad.

Mientras no estemos enfrentándonos a situaciones tan extraordinarias como ésta, tenemos que aprovechar las circunstancias para vencer este pecado. Porque la mezquindad es lo opuesto al amor, el cual da todo, y eso nos hace felices a nosotros y a los

demás. La mezquindad nos hace pecar contra el amor, que es una característica de lo divino y puede convertir la vida en la tierra en un paraíso. Los mezquinos siembran terribles semillas durante su corta vida en la tierra, las cuales cosecharán en el otro mundo. Su herencia será el reino de las tinieblas, donde la ira de Dios caerá sobre ellos.

¡Por tanto, declarémosle la guerra a la mezquindad en nuestros corazones y vidas! Jesús nos advierte “Cuídense ustedes de toda avaricia; porque la vida no depende del poseer muchas cosas” (Lc.12:15). Al mismo tiempo, Jesús nos revela la principal raíz de la mezquindad. Estamos ciegos y no podemos ver el verdadero tesoro, el “tesoro en el cielo”, el mismo Dios. Si Dios es el gran amor de nuestras vidas entonces somos “ricos en Él” y no estaremos atados a las riquezas de este mundo. Entonces recibiremos de Él todo lo que necesitemos en esta vida. Sin embargo, si Dios no es el “tesoro” de nuestras vidas, si buscamos las cosas terrenales y pasajeras, permaneceremos atados a ellas y seremos esclavos de la mezquindad y de Satanás.

Si no amamos verdaderamente a Jesús, ni estamos completamente entregados a Él, cada vez que se presente el caso, cederemos a la mezquindad. Jesús no sólo nos da tesoros eternos, imperecederos, sino que también nos da abundantemente todo lo que necesitemos en esta vida, si abandonamos el apego a las cosas por amor a Él.

La manera de liberarnos de la mezquindad consiste en “dar”. El mismo Jesús nos dio este consejo: “Ustedes han recibido gratuitamente, así que también den gratuitamente” (Mt.10:8). ¿Pero quién puede hacer esto? Sólo los que han hallado completa abundancia en Jesús y al mismo tiempo, con fe, confían en Su promesa: “*Den a otros, y Dios les dará a ustedes. Les dará en su bolsa una medida buena, apretada, sacudida y repleta*” (Lc.6:38). Tenemos que atrevernos a dar y regalar aquello que preferiríamos retener con nosotros. Si damos este paso por amor a Jesús, experimentaremos que Él actuará conforme a su promesa y nos devolverá cien veces más. Tales experiencias nos animarán a continuar siendo generosos. Jesús nos redimió de nuestra vana manera de vivir heredada de nuestros padres (1 P.1:18) y nos trasladó a su Reino donde impera el amor.



## ORGULLO: LA ALTIVEZ

*“Dios se opone a los orgullosos”* (1 P.5:5). Este versículo nos muestra un severo veredicto de Dios contra el soberbio, porque difícilmente podría haber algo peor que el hecho de que Dios nos retire su gracia y llegue hasta oponerse a nosotros. Tal vez nos quejamos de que estamos espiritualmente muertos, que tenemos dificultades para orar o que Dios no oye nuestras oraciones. La razón puede ser esa. Por causa de nuestro orgullo, Dios se opone a nosotros y se rehúsa respondernos. O tal vez nos parezca que somos perseguidos por la desdicha. No logramos éxito en nada que emprendemos, no importa cuánto esfuerzo hagamos. ¿Por qué? Dios no puede bendecirnos porque nuestro orgullo le ha cerrado la puerta.

El enemigo hace el mayor esfuerzo posible para impedir que reconozcamos este pecado. Cada vez que dejamos de exponer a la luz nuestras faltas y no nos arrepentimos de ellas, el diablo nos retiene en sus manos. En muchos casos, él ha ocultado nuestro orgullo. Esta soberbia escondida es el pecado más peligroso. Por ejemplo, no soportamos cuando la gente nos presta poca atención y no nos honran, sino que elogian a alguna otra persona. No aguantamos el saber que no somos de valor a otros, por el hecho de que no tenemos muchos talentos, ni cualidades

brillantes, ni una personalidad encantadora. No nos contenemos si alguien nos reprocha y nos humilla delante de los demás. No toleramos si no tenemos una posición de liderazgo, y si los demás no aceptan nuestras ideas. No comprendemos que esto brota de nuestro orgullo.

Al contrario, a menudo nos entristecemos porque la gente no nos trata según lo que merecen nuestros talentos, nuestra educación o capacidad, o porque debemos hacer tareas que son demasiado “inferiores”. Nos entristecemos porque no hemos recibido la educación o la preparación necesaria para cumplir nuestra tarea. O no soportamos el hecho de que nuestros padres sean incultos, y que nosotros mismos no hayamos alcanzado una posición prominente. Todas estas cosas nos oprimen y nos hacen infelices. Le echamos la culpa a las condiciones externas y nos engañamos acerca de los verdaderos motivos que nos llevan a esa actitud.

No aceptamos ninguna crítica. Nos aislamos de las demás personas y aún podemos llegar a pensar que es humildad persistir en esa actitud: “Yo mismo necesito resolver este asunto”. Pero, en nuestro orgullo disfrazado, estamos tan confundidos que no comprendemos cuál es el siguiente paso que debemos dar para recibir ayuda y liberación. Nuestro deseo de hacer que otros piensen que somos particularmente humildes y modestos, puede ser orgullo escondido. Nos preocupamos demasiado acerca de lo que los demás piensan de nosotros. El

orgullo puede manifestarse de muchas formas diferentes. Sólo el Espíritu de Dios puede darnos luz respecto a esas cosas.

Nuestro orgullo oculto es como un veneno que amenaza nuestra vida espiritual con la muerte y destruirá nuestras vidas. Debemos hacer el mayor esfuerzo posible para reconocer nuestro orgullo. Al examinar la conciencia, necesitamos permitir que los síntomas peligrosos nos sean mostrados. Tenemos que llegar hasta el fondo de esto y comprobar qué situación ha sido difícil para nosotros, cuando fuimos humillados, o avergonzados, o ignorados.

Los siguientes versículos bíblicos nos ayudarán a tomar la actitud apropiada hacia el orgullo:

*“El Señor no soporta a los orgullosos.”*  
(Pr.16:5 DHH).

*“Tras el orgullo viene el fracaso; tras la altanería, la caída”* (Pr.16:18 DHH).

*“El Señor...a los altaneros les da con creces su merecido”* (Sal.31:23 DHH).

*“Pues lo que los hombres tienen por más elevado, Dios lo aborrece”* (Lc.16:15 DHH).

Es un severo veredicto el que pronuncia Jesús contra el orgulloso y el altivo, en este último versículo. Ellos son abominación para Dios. Esa es la razón por la cual vendrá un horrible juicio contra el

orgullosos y el altivo en los últimos días (Is.2:12). “...voy a terminar con la altanería de los orgullosos, voy a humillar a los soberbios e insolentes” (Is. 13:11), Esto se refiere al día cuando el Señor vuelva a juzgar a la humanidad. Los soberbios pueden esperar la destrucción.

No importa cuán alto sea el precio, tenemos que ser liberados de nuestro orgullo. De otro modo, un terrible juicio nos espera. Tenemos que horrorizarnos con este pecado, que es uno de los más diabólicos, porque Satanás es el orgullo personificado. Los soberbios pertenecen a su reino. Por medio del orgullo, los soberbios preparan el terreno para muchos otros pecados. Si no estamos determinados a hacer un corte radical con él y a buscar la humildad, nunca seremos liberados de las redes de Satanás.

La Palabra de Dios nos ofrece claras directivas. La primera: “Humíllense, pues, bajo la poderosa mano de Dios...” (1 P. 5:6). En la vida práctica diríamos del siguiente modo: Si nos niegan algún honor, un cargo, una posición de liderazgo, alguna cosa que nuestro orgullo anda buscando, debemos humillarnos bajo la poderosa mano de Dios. Debemos rendir nuestra voluntad a Dios; debemos someternos a todo lo que nos humilla. Debemos decir: “Sí, Padre”, a las fallas de nuestra personalidad, o algo de nuestra apariencia física, a la insuficiente educación, a la falta de talentos, a la situación familiar; al hecho de que somos pecadores, a nuestras faltas que se reflejan en la conducta de nuestros hijos, etc.

Digamos: “Te doy las gracias, Padre, por preocuparte por mí y por escoger para mí este camino de humillación, para que así pueda ser liberado de mi orgullo”. Si invocamos el nombre del Señor de esta manera, descubriremos que Dios contesta nuestra oración.

Lo segundo que Jesús nos aconseja hacer es: humillarnos como lo hizo Él, el Hijo de Dios, el Señor Altísimo, a cuyos pies se postran los ángeles, rindiéndole honra. Como está escrito: “*Y tomando naturaleza de siervo...se humilló a sí mismo*” (Fil.2:7-8). Ahora, Él nos invita a nosotros, seres humanos pecadores, que realmente no merecemos otro lugar que el de la humildad: “... *y el que se humilla, será engrandecido*” (Mt.23:12). Respondamos al desafío de Jesús, humillándonos voluntariamente. Eso nos ayudará a ser humildes porque cuando andamos por el camino de humildad de Jesús, algo de nuestro orgullo tiene que derrumbarse.

Escojamos libremente una posición inferior, para que nos humille. Cada vez que nos sea posible, rehusemos todo título u honra; no debemos intentar sobresalir en ningún grupo, ni esforzarnos por obtener posiciones de honor. Por el contrario, aprovechemos las oportunidades para ocupar el último lugar y permitir que otros reciban el honor que posiblemente mereceríamos. Quedémonos quietos cuando se presente la oportunidad de llamar la atención hacia nosotros.

Sobre todo, admitamos nuestros errores y pecados a un consejero, o a otras personas cuando sea necesario, puesto que eso a menudo nos humilla más. Sólo las verdaderas humillaciones pueden hacernos humildes y librarnos del orgullo. Cualquiera que llegue a ser “amigo” de las humillaciones hallará que éstas tienen gran poder. Cuando son aceptadas por amor a Jesús, son como un martillo que hace pedazos nuestro orgullo.

Pero también es necesario librar una intensa batalla de fe contra el poder pecaminoso de la soberbia, detrás del cual está Satanás, para librarnos de ella. Tenemos que actuar según los consejos de las Sagradas Escrituras y aceptar las humillaciones, pero al mismo tiempo someter diariamente la atadura del orgullo bajo la Sangre del Cordero, el cual nos libera de este espíritu de orgullo. Tenemos que pelear una batalla de fe contra “principados y potestades”, sin cansarnos ni desanimarnos. Debemos luchar con la seguridad de que Jesús obtendrá la victoria, porque Él venció en la cruz y nos redimió para la humildad. Entonces experimentaremos el cumplimiento de la promesa de Dios de venir a morar con los humildes (Is.57:15).

Jesús pudo decir que Él era “humilde de corazón” (Mt 11:29). Qué resplandor hay en la vida de una persona verdaderamente humilde: La majestad de Cristo Jesús que brilló en Él, el humilde y manso Señor, en su amargo camino hacia el Calvario. ¿Podría ser posible que Él, que fue “humilde de

corazón” no haga todo lo posible para vestir también a sus discípulos con esta preciosa virtud? Él tiene el poder para hacernos personas humildes, portadoras de Su resplandor y majestad. Para esto ofreció Él Su sacrificio en el Calvario. En la cruz, Él puso bajo sus pies la cabeza de la serpiente, que personifica el orgullo. En la medida que invoquemos al Cordero de Dios, quien venció el orgullo, Él también nos hará vencedores también.



## EVITAR LA CRUZ: LA FALTA DE DISPOSICIÓN PARA SUFRIR

¿Cómo pueden ser compatibles estas cosas: queremos ser cristianos, discípulos de Jesucristo, quien llevó la cruz en beneficio de todo el mundo, haciéndolo voluntariamente, y al mismo tiempo rechazamos nuestra propia cruz? Jesús dice: “*Y el que no toma su cruz y me sigue, no merece ser mío*” (Mt.10:38). “*Y el que no toma su propia cruz y me sigue, no puede ser mi discípulo*” (Lc.14:27). Un día Jesús dirá a los que evitan sus cruces: “*No los considero como mis discípulos*”. Entonces la puerta de Su Reino les será cerrada.

Si rehusamos llevar la cruz que nos fue dada y nos quejamos ante Dios y el hombre respecto a ella, sufriremos las consecuencias. Nuestras quejas generalmente son acusaciones. Si soportamos el sufrimiento diciendo: “*¡Sí, Padre!*”, alcanzaremos un día grande gloria en el Cielo y, aquí en la tierra, llegaremos a una íntima comunión de amor con Jesús. Pero si eludimos la cruz, experimentaremos exactamente lo opuesto. Aquí en la tierra, seremos infelices por estar separados de Jesús. Solamente Sus verdaderos seguidores, los que siguen con Él por el camino de la cruz, estarán cerca de Él aquí y, después,-allá arriba por la eternidad.

Si queremos estar con Jesús y que nuestras vidas lleguen a la Ciudad de Dios, sólo hay un camino: el de la cruz. Jesús está preguntando a cada uno de nosotros: -“¿Vas a elegir mi camino de la cruz?”- Él nos invita con amor: - “Vengan, síganme, tomen su cruz”-. Si no atendemos a la invitación, de Aquel que nos ama más que cualquier otra persona, si rehusamos tomar nuestra cruz y nos rebelamos contra ella, tendremos que escuchar al Señor diciéndonos, como le dijo a Pedro: “¡Apártate de mí, Satanás!” (Mt.16:23). Porque el tentador nos tendría en sus garras. Él llevará a todos los que no quieren tomar sus respectivas cruces al reino del infierno. Entonces, sufrirán de un modo peor. Satanás utiliza todos los medios posibles para impedir que sigamos el camino de la cruz, porque no quiere que lleguemos al Reino del gozo eterno. Allá, nuestra cruz será cambiada por una gran alegría, si aquí, la llevamos por amor a Jesús. Esta es una decisión cuyas consecuencias se extenderán por toda la eternidad.

Si queremos entrar un día al Reino de Jesús y heredar la corona de vida, tenemos que seguir el consejo del apóstol Pablo: *“Toma tu parte en los sufrimientos como un buen soldado de Jesucristo”* (2 Ti.2:3). Se trata de una entrega al sufrimiento, cuando, por ejemplo, Dios pone sobre nosotros esa cruz en que somos llevados a sufrir injustamente, o si la gente nos ofende sin razón, si nos insultan y maltratan. Es entonces cuando tenemos que seguir los pasos de Jesús. *“Cuando lo insultaban, no contestaba con insultos; cuando lo hacían sufrir, no*

*amenazaba, sino que se encomendaba a Dios que juzga con rectitud*” (1 P. 2:23). Si queremos elegir los caminos de Cristo Jesús (ver 1 Co.4:11-13; 17), estaremos dispuestos a sufrirlo todo: cuando seamos perseguidos e injuriados, bendeciremos; si sufrimos injustamente; o si somos desechados; o aun pisoteados por todos. Pero entonces estaremos al lado de Jesús, Él nos reconocerá como sus discípulos y compartirá con nosotros su gloria celestial, dándonos tronos y coronas.

Los que sufren con Cristo y soportan pacientemente diversas clases de padecimientos y aflicciones, tales como dolores del cuerpo o del alma; desilusiones, soledad, la muerte de los seres queridos y aflicciones familiares, heredarán la gloria eterna con Jesús (Ro.8:17). Pero si pertenecemos a aquellos que se quejan por cada cruz y se desaniman, llegando incluso a acusar a Dios diciendo: “¿Por qué a mí? ¿Por qué tengo que sufrir?”. Entonces la condenación de Dios puede alcanzarlos. “*Pero en cuanto a los cobardes... les tocará ir al lago de azufre ardiente*” (Ap.21:8).

De modo que, todo depende de si realmente llevamos nuestra cruz. Pero ¿cómo ser libres cuando estamos dominados por el miedo a la cruz? ¡Nuestro primer “deber” es descubrir la razón por la cual tratamos de escapar de la cruz! Nos falta la perspectiva de la verdad en cuanto a nuestra naturaleza pecaminosa no redimida y nos falta el arrepentimiento por ésta, que repetidamente nos hace culpables.

Cualquiera que reconozca cuán contaminado está por el pecado y se sienta verdaderamente triste por ello, queriendo ser libertado, sin importarle el precio, aceptará con agrado la corrección y todo sufrimiento que procede de Dios. Se dice a sí mismo: “Necesito de las cruces para que me purifiquen y transformen a la imagen de Jesús, para alcanzar la meta de la gloria celestial”. Pero el que no toma en serio sus pecados y esta meta eterna, hallará que toda clase de sufrimiento es demasiado para él. Entonces se quejará y acusará a Dios y a las personas, en vez de lamentarse de sus debilidades y pecados y admitir honestamente que necesita de la aflicción y la disciplina. Por esto, necesitamos pedir contrición para esta ceguera. Así nuestra actitud hacia la cruz se modificará y veremos en ella la bendición del Señor.

A veces, cuando sufrimos en la carne dejamos de pecar (1 Pe.4:1). Dios permite que la cruz actúe en alguna área de nuestra vida en que hay pecado, de manera que ese pecado muera. De este modo, seremos transformados más y más a la imagen de Jesús y así, un día, podremos verlo cara a cara. A través de la disciplina participamos de su santidad (He.12:10) y, sin santidad nadie verá al Señor (He.12:14). Por ejemplo, la cruz que consiste en perder bienes terrenales, si se acepta con agrado, muchas veces liberta a las personas de la esclavitud a las cosas de este mundo, haciéndolas libres para vivir para Jesús y Su Reino. O la cruz que consiste en perder a un ser amado, al cual estábamos atados: liberta nuestra alma para brindarle a Jesús un amor

no dividido y, así, darle mayor felicidad a nuestro corazón. La cruz trae gloria y profunda alegría, aún aquí en la tierra, porque Dios Padre, en Su amor, no puede esperar hasta la eternidad; Él anhela recompensarnos aquí también.

El segundo “deber” para llegar a estar libres del intento de evitar la cruz es: mirar al Padre, cuyo corazón está lleno de amor por su hijo y que cuidadosamente considera cuánto él puede soportar y lo que será mejor para él. Él nos da la cruz necesaria que puede llevarnos a la gloria. Él tiene escondido un tesoro maravilloso en nuestra cruz.

Es importante descubrirlo: maravilloso fruto, transfiguración, victoria, gozo eterno, unión con Jesús. Debemos decirnos vez tras vez: “Porque Dios es amor, el sufrimiento jamás será la última palabra. Dios siempre tiene una salida para mi aflicción; Él siempre tiene consuelo y ayuda para mí, porque Él es mi Padre.” La fe en el amor del Padre, que nos da la cruz, transforma las cosas difíciles en fáciles y las amargas en dulces.

Al mismo tiempo tenemos que mirar a Jesús. Él fue quien llevó la cruz. Doblándose humildemente bajo la pesada carga, llevó con amor la cruz hasta el Calvario por nosotros. Él fue delante nuestro, allanándonos el camino para que no fuésemos a tropezar. Ahora, Él carga nuestra cruz con nosotros. Él sabe lo que significa llevarla, puesto que tomó sobre sí los pecados y sufrimientos de toda la humanidad. Él sabe cómo ayudarnos y fortalecernos.

¿No tendríamos que confiar en Jesús, para poder cargarla? Realmente, si llevamos nuestra cruz junto con Jesús, nos acercaremos a Él más que nunca antes y experimentaremos Su gozo.

Por eso, renunciemos a nuestra desconfianza y dejemos de pensar que Dios no es amor y que Él nos trae el sufrimiento sin consuelo ni ayuda. Tales pensamientos alimentan nuestro deseo de eludir la cruz y hacen que se haga insoportable. Entonces nos sentiremos realmente infelices. El peor sufrimiento es nuestro propio deseo de evitar la cruz. Esa es la razón por la cual queremos renunciar a este pecado. Con fe, queremos exaltar el poder de la redención de Jesús y experimentar este poder en nuestra vida.

*Mi amado Señor Jesús, Tú eres llamado el Señor crucificado, Aquel que llevó la cruz. Yo te elegí como mi Señor, entregándote mi voluntad y mi amor, y deseo seguirte.*

*Oye mi súplica: Que nunca tengas que decirme: “Tú no eres digno de Mí; no puedes ser mi discípulo”; por no haber querido llevar mi cruz.*

*Concédeme la gracia de decir: “Sí, Padre” a toda cruz, confiando que ha sido preparada para mí y que viene de las amorosas manos del Padre. Ella me traerá abundancia de bendición divina.*

*Concédeme la gracia de regocijarme en mis sufrimientos (Ro.5:3), porque ellos me transforman y me preparan para tu Reino de gozo y gloria; y también me unen Contigo, mi Señor*

*Jesús, en íntima comunión, aquí en la tierra, y me da un anticipo del gozo y de la gloria eterna.*

Te doy las gracias, Señor Jesús, por mostrarnos que:

*En la cruz hay un gran fruto.*

*En la cruz hay gloria.*

*En la cruz hay victoria,  
poder y resurrección.*

*La cruz liberta mi alma de esta tierra  
y me guía al Cielo.*

La cruz me da ganancia aquí y en el Cielo arriba.  
Enséñame a amar mi cruz como un precioso don de tu mano, por el cual te daré gracias en la eternidad.  
Por amor a Ti, Señor Jesús, quiero seguirte. Hazme cargar fielmente mí cruz. Amén.



## REPRIMIR U OCULTAR LAS FALTAS

De vez en cuando, nos damos cuenta que, inesperadamente, nos sentimos oprimidos sin saber por qué. Los que nos rodean dicen: “Hoy estás muy sombrío, ¿qué te pasa?”.

Sucede que, a veces, somos incapaces de enfrentar una situación desagradable y, entonces, la reprimimos en nuestro subconsciente. Pero todo lo que está en el subconsciente, y de lo cual “nos olvidamos”, y a lo cual no queremos enfrentarnos, está en la oscuridad. Y Satanás tiene poder sobre esta oscuridad. Él es el señor del reino de las tinieblas y, si quedamos bajo su poder, también llegaremos a estar en tinieblas.

Vamos a imaginarnos que en un pueblo hay dos médicos. Uno tiene pocos pacientes, y el otro tiene más de los que puede atender. Cada vez que el primero oye todo lo que el otro tiene que hacer, se deprime y se pone de mal humor. Toda su familia sufre por este motivo. Un amigo que observa atentamente, comprende de inmediato lo que sucede: “Él no puede afrontar esta humillación”. Pero, aunque sea extraño, el que sufre la humillación no está consciente de la razón que está detrás de su mal humor. Tal vez incluso esté persuadido de que tiene que atender los casos más difíciles, los que requieren

más tiempo y conocimiento. De este modo, no reconoce la raíz de su tristeza, de su mal humor, y falta de amabilidad para con su colega.

O tal vez sea el caso de dos muchachas que están sentadas juntas. Se acerca un joven y una de ellas tiene que levantarse y darle el lugar y observarlo conversando con su amiga, sin que él le dé ni la más mínima atención a ella. En la casa, después, la madre se sorprende de que su hija esté tan sombría, e incluso comportándose tan mal. Todo es demasiado para ella; tampoco quiere ayudar en las cosas de la casa. La explicación está en el incidente anterior: ella no acepta el hecho de no ser tan popular como su amiga.

Nosotros, al igual que el médico y la muchacha, tenemos la tendencia de reprimir en nuestro subconsciente nuestras humillaciones y falta de reconocimiento. De esta forma no podemos luchar contra el orgullo y nuestro deseo de atención, que quedaron en evidencia en estas situaciones. No queremos enfrentar la situación y admitir: Estoy deprimido y enojado, rebelándome contra otros, tal vez usando palabras injustas y airadas, porque no pude soportar esa humillación. Soy orgulloso, celoso y envidioso, por eso no puedo soportar esta situación”. Si admitimos esto, hallaremos ayuda. Entonces podremos luchar contra el orgullo y la envidia. Podremos comprometernos en una batalla de oración y fe, suplicar por odio contra el pecado

del orgullo y clamar por la Sangre del Cordero que nos hará libres.

Pero eso será imposible, mientras continuemos reprimiendo esos hechos, y no mostremos el deseo de exponer el pecado a la luz. La verdad es que no queremos que Dios comience a obrar contra ese pecado, juzgándonos y disciplinándonos. Por eso, ese “orgullo oculto” es lo más peligroso para nuestra vida espiritual y emocional. No podemos permitirnos ese orgullo. Si reprimimos algo desagradable o difícil, tendremos que sufrir las consecuencias. Este orgullo se cobra tan alto precio que muchos, especialmente cristianos, están deprimidos y dominados por la melancolía, llegando, en algunos casos, al extremo de tener que ser internados en instituciones mentales. Si usted investiga sobre esta cuestión, descubrirá que el 80% de los casos de depresión y melancolía son causados por este orgullo oculto, el cual las personas siempre reprimen hacia su subconsciente y no lo exponen a la luz.

De modo que estos cristianos, que no quieren admitir y enfrentar su deseo de reconocimiento, el orgullo y la envidia, tendrán que cosechar el infortunio, la desesperación y aún la enfermedad mental aquí en la tierra. Pero si las consecuencias de no admitir nuestros pecados son tan grandes aquí en la tierra, ¡cuánto más grandes serán en la eternidad! ¡Cuán severo juicio espera a los cristianos que ocultan en su corazón el orgullo! De modo que debemos sacar a la luz nuestro pecado, si no quere-

mos que la luz del fuego santo de Dios nos exponga y juzgue en el mundo venidero.

De modo que tenemos que admitir que cedemos a Satanás cada vez que nuestro orgullo no soporta el cumplir con un papel secundario al lado de otra persona y no sacamos a la luz este pecado. Pero si admitimos la verdad, eso nos liberará. Entonces, Jesucristo, la Luz, estará presente. Él traerá paz y gozo a nuestro corazón y nos redimirá de las amargas consecuencias de nuestro pecado. Él nos protegerá de la depresión y de las enfermedades mentales.

Esta es una cuestión de decisiones: U ocultamos algunas cosas y terminamos con vidas frustradas, tal vez en alguna institución mental, o admitimos nuestro pecado de orgullo y envidia y terminamos en luz y alegría. Entonces nuestras vidas se llenarán de poder y nuestras actividades serán bendición para otros. En vez de estar melancólicos, luciremos radiantes con el gozo de Jesús. Porque nuestra elección y sus consecuencias tendrán resultados eternos, es necesario traer a la luz todo aquello que preferiríamos reprimir.

El primer paso hacia la redención de esta situación está en descubrir por qué nos encontramos tan malhumorados. Debemos pensar en todo lo ocurrido recientemente, y en el modo como reaccionamos. Luego, debemos romper nuestro pacto con los pecados del orgullo y la envidia, no reprimiéndolos, sino admitiéndolos y desenmascarándolos, confesán-

dolos a un consejero o a otra persona que pueda escucharnos, si esa confesión nos humilla. Luego, debemos invocar a Cristo Jesús para que Su Sangre nos libere. Si le traemos a Él nuestro orgullo y aceptamos que nos discipline y nos humille, entonces seremos transformados. Así experimentaremos la liberación. Y ya no estaremos más malhumorados; ya no estaremos desesperados, ni emocionalmente enfermos. Las humillaciones siempre son dolorosas para nosotros, pero se hacen fáciles de sobrellevar, cuando comenzamos a dar gracias por ellas. Dios, por medio de su disciplina, nos hace un gran servicio: nos redime de nuestro orgullo escondido, el cual arruina nuestras vidas y nos hace infelices. Él anhela para nosotros vidas gozosas y plenas.

*Sólo cuando mi pecado me sea insoportable y comience a odiarlo, seré capaz de usar el bisturí para extirparlo como se hace con un tumor cancerígeno. Sólo entonces comenzará algo nuevo a florecer en mi vida.*



## PREOCUPACIÓN: ANSIEDAD

La preocupación es un problema que tienen la mayoría de las personas, ésta llega cuando pensamos en el futuro. Consideremos un ejemplo. Si un padre de familia se enferma, sin tener todavía garantizado el futuro de sus hijos, la preocupación comienza a apoderarse de él. Si empeora, ¿quién cuidará de sus hijos? O, imaginemos que haya amenazas de guerra o revueltas. O, de inflación monetaria. Es entonces cuando empezamos a preocuparnos de que nuestros ahorros pierdan su valor, o si tendremos ingresos estables y lo que necesitaremos para la vida, o si perderemos nuestra seguridad.

O comenzamos a preocuparnos por nuestros hijos y su desarrollo interior, especialmente si comienzan a hacer cosas que no aprobamos. La preocupación puede surgir por problemas conyugales. Ya sea en cuestiones físicas o emocionales, públicas o personales, cuanto mayor sea la variedad de problemas que el ser humano tiene que enfrentar, más numerosas serán sus preocupaciones.

Porque nuestro bienestar y el de nuestra familia para el futuro, nunca estarán completamente garantizados, no podemos estar seguros de quedarnos libres de la preocupación.

Muchas veces nos compadecemos porque pensamos que tenemos demasiado por lo cual estar preocupados, y eso nos irrita.

Pero Jesús considera las preocupaciones de otra manera. Él dice que la preocupación es propia de los paganos. Surge de una actitud no cristiana (Mateo 6:32), por tanto, es pecado. ¿Por qué? porque significa que nuestros corazones no están arraigados en el Reino de Dios; que no lo buscamos por encima de todas las cosas; que no tenemos a Dios como centro de nuestras vidas. No buscamos el Reino de Dios en primer lugar, porque no estamos apasionados por él. Al contrario, somos atraídos por cosas que para nosotros son más importantes: un ingreso seguro, buena salud, reconocimiento, bienestar del cuerpo y del alma para nosotros y nuestra familia. Estas cosas constituyen el centro de nuestros pensamientos.

Pero esto no puede continuar así. Porque entonces Dios dirá que somos paganos, que no conocemos al Dios viviente, que no pertenecemos a Él, que no somos sus hijos. Si nos dejamos influenciar por el espíritu de preocupación, la razón se halla en nuestra incredulidad y desaliento. Nos preocupamos porque no creemos que Dios, como Padre, cuidará de nosotros. Pero cuando la Escritura nos habla acerca de los cobardes e incrédulos, dice: “tendrán su parte en el lago de azufre ardiente” (Apocalipsis 21:8). De modo que cueste lo que cueste, debemos vencer el espíritu de preocupación, para no permitir que el enemigo reclame derechos sobre nosotros. No sólo

por el bien de nuestro destino eterno, sino también para el bien de nuestra paz mental aquí en la tierra, debemos ser liberados. No son las necesidades actuales, ni las dificultades las que afligen nuestras vidas, sino la preocupación. Por esa razón, debemos llegar al fondo del asunto y descubrir la raíz de la preocupación, para pedirle al Señor que nos indique el modo de vencerla.

El motivo de nuestra ansiedad es, en última instancia, el no querer sufrir. La ansiedad es alimentada por el miedo de que podríamos perder cosas que poseemos y que nos dan seguridad y comodidad. Tendríamos, entonces, que sufrir, y no estamos dispuestos a aceptar ese sacrificio.

Queremos librarnos de las cosas difíciles que podrían venir. De modo que nuestros pensamientos de preocupación se centran en buscar el modo de eludir dificultades.

Por causa de nuestro orgullo pensamos a menudo que podemos manejar nuestra vida por nuestra propia cuenta, independientemente de la ayuda de Dios. Cuando llegamos al fin de nuestras posibilidades, nuestras preocupaciones, alimentadas por el miedo al sufrimiento, comienzan a dominarnos.

Por tanto, el camino para comenzar a vencer el pecado de la preocupación consiste en hacer una entrega total a la Voluntad de Dios. Debemos decirle “Sí” a todas las cosas difíciles que preocupan a nuestro corazón. En espíritu, debemos depositar

sobre el altar del sacrificio todo lo que queramos conservar a cualquier precio, y decir:

*Señor, toma mi vida y todo lo que hace que ella sea preciosa para mí: mi salud, mis seres queridos, mi seguridad, mis deseos, y cualquier otra cosa que yo tenga y quiera conservar para el futuro. Rindo mi voluntad a Ti, si quieres tomar todo de mí. Ya no me aferraré a nada porque confío en Ti, mi Dios y Padre. Tú me cuidarás a mí y a mi familia, y nos darás todo lo que nos sea necesario en el futuro. Sólo esperaré ayuda de Ti. Sé que no me decepcionarás. Hasta ahora me has sustentado, y como siempre eres el mismo, también me sustentarás en tiempos difíciles.*

Si podemos imaginar quién es realmente nuestro Padre y declaramos sus maravillosos atributos, entonces toda preocupación desaparecerá a la luz de su omnipotencia y su amor. Cada vez que nos sometamos a la aflicción, digámosle a Él:

*Dios mío, Tú eres mi Padre, que amorosamente ya has pensado en todo lo que yo, tu hijo, pueda necesitar. Confío que me darás todo lo que necesito, especialmente en tiempos de dificultad. Tú me cuidarás, Padre mío, y me sustentarás. No dejarás que yo sea tentado más de lo que pueda resistir. Como Padre, has preparado un camino para mí y para mi familia. ¡Confío en Ti, Padre mío! Tú eres más grande que todas las dificultades que pudieran sobrevenirme. Tú eres más fuerte y me ayudarás.*

Es absolutamente necesario llegar a esta oración que dice: “Padre mío, confío en Ti”, si queremos ser liberados del espíritu de preocupación. De otro modo, este pecado nos llevará a la desgracia. Esto lo podemos observar en los hijos de Israel cuando estaban en el desierto.

Estaban llenos de preocupaciones con respecto al futuro, que imaginaban lleno de peligros y que perecerían en el desierto. Fue entonces que el Señor dijo: “Sí, exactamente como Israel declaró en su desconfianza, con su espíritu de ansiedad, así les sucederá”: perecerán en el desierto (Números 14:28 y siguientes). Pero los que confiaron en el Señor y dijeron que Él los sustentaría, pudieron ver que realmente lo hizo. No murieron en el desierto y llegaron a la Tierra Prometida. Todo lo que esperamos de Dios, ¡eso ocurrirá! Si estamos llenos de preocupación, no esperemos nada bueno de Él. Por esa razón no llegamos a experimentar las cosas buenas que Dios tiene preparadas para nosotros. Pues las estamos destruyendo por medio de nuestra preocupación, que es lo opuesto a la confianza en el Padre. Ella está relacionada con la incredulidad, la cual debemos vencer a cualquier precio, porque realmente nos excluye de la “Tierra Prometida” que contiene toda la riqueza física, espiritual y bendiciones para nosotros.

Si nos es difícil confiar en el Señor, deberíamos comenzar como ya dije, proclamando quién es el Padre y que Él nos ayudará. Así la preocupación se calmará. Porque el espíritu de confianza es más

poderoso que el de ansiedad, que viene del maligno. Debemos aferrarnos a la promesa que encontramos en Su Palabra: “Dejen todas sus preocupaciones a Dios, porque Él se interesa por ustedes” (1 Pedro 5:7).

Debemos transformar cada preocupación en una oración y presentársela al Padre, según la exhortación del apóstol Pablo: “No se aflijan por nada, sino preséntenselo todo a Dios en oración; pídanle, y denle gracias también. Así Dios les dará su paz, que es más grande de lo que el hombre puede entender; y esta paz cuidará sus corazones” (Filipenses 4:6-7). Es entonces cuando hallamos la paz de Dios.

Luego viene la segunda parte del consejo que Jesús nos da para la batalla contra el pecado de la preocupación: “Por tanto, pongan toda su atención en el Reino de Dios” (Mateo 6:33). En el tiempo presente, que Dios nos concede como un tiempo de gracia, debemos vivir completamente para su Reino y sus deseos.

Debemos dedicarnos y gastar tiempo y energía en Su trabajo. Debemos invertir tiempo en oración, y también dinero en Su servicio. Si hacemos esto, comenzaremos a descubrir el verdadero significado de la promesa del Señor. Ahora, y en el futuro, cada vez que la necesidad toque nuestra puerta, nuestro Padre cumplirá su palabra: “... y recibirán también todas estas cosas” (Mt.6:33).

Quien se ocupa en la obra de Jesús, sacrificando tiempo, dinero y energía, constatará que el Señor cuidará de él. En las adversidades experimentará los

milagros y el tierno y cariñoso cuidado del Padre. Será sustentado y recibirá ayuda de una manera maravillosa para el cuerpo, el alma y el espíritu. Su Palabra es Sí y Amén. Por tanto, tenemos que actuar conforme a su Palabra y recibiremos ayuda.

El espíritu de preocupación debe retroceder cuando invocamos el nombre de Dios el Padre y del Señor Jesucristo. De este modo seremos un signo puesto en alto que declare la omnipotencia y bondad de Dios. Su Nombre será glorificado por las personas que reciben consolación y seguridad, porque todas sus preocupaciones han sido calmadas en Él.



## PRESUNCIÓN: LA VANIDAD

¡Una persona presumida! Estas palabras no son lo que podríamos llamar un cumplido. No obstante, la suprema meta de una persona presumida es ser elogiada. Externamente trata de tener una apariencia atractiva y usa ropas llamativas. Internamente se esfuerza por presentar una personalidad agradable. Su motivo básico es tener buena apariencia en público, para alcanzar respeto y atención. La persona presumida es fuertemente atraída por el espejo, se mira constantemente y se regocija al verse. En sentido figurado también mira todas sus reacciones, actividades y conversaciones en un espejo y se agrada de ellas.

El vanidoso y el presumido olvidan, sin embargo, que hay otro espejo, el ojo de Dios, que nos muestra la verdad respecto de nosotros mismos, es decir, lo que hay realmente tras la fachada. Es entonces cuando vemos cuán “vano” es realmente todo, cuán pasajero y perecedero. Pero si eludimos el espejo de Dios, nos engañamos a nosotros mismos con el espejo de los ojos humanos, el cual miramos todo el tiempo y preguntamos: ¿Cómo reaccionan los demás hacia nosotros? ¿Tenemos buena apariencia? ¿Somos populares? Luego nuestra vanidad crece cada vez más, pero al fin nos hace infelices. Porque cuanto más crece, más nos tiraniza. Ya no podemos hacer

nada sin pensar cómo reaccionarán los demás. Terminamos poniendo incómodos a quienes nos rodean porque, al menos inconscientemente, perciben las demandas de nuestro ego, de nuestra vanidad.

La vanidad pone al ego en el trono. Ella idolatra al ego y esa es la razón por la cual constituye un gran pecado. Todo ídolo toma el lugar que, en nuestra vida, debería ser de Dios. Por esa razón, el mismo veredicto que Dios pronunció contra los adoradores de ídolos, nos alcanza también a nosotros. Pues, no podemos servir a Dios y a nuestro ídolo “ego”. Nuestra presunción pretende que los demás admiren nuestra belleza, inteligencia, talentos, capacidades y los elogien. En algunos casos se combina con el aumento de las riquezas del mundo. Es entonces cuando gastamos grandes sumas de dinero en vestuario y otras cosas que puedan ayudarnos a ganar la admiración de otros.

Pero sobre todo, la vanidad y el deseo de ser agradables a los que nos rodean nos hace insensibles a lo más importante para nuestra vida aquí y en la eternidad: el ser agradables a Dios. Nadie conseguirá agradar a Dios presentando una apariencia atractiva o exhibiendo sus talentos y habilidades. Solamente los que no pretenden ser algo a los ojos de los hombres, recibirán la aprobación de Dios. Este es el punto al cual debemos llegar. Sería terrible perder la aprobación de Dios por estar buscando la de los hombres. Entonces estaríamos lejos de Jesús. Por esa razón debemos arrepentirnos profundamente.

El primer paso para deshacernos de este pecado consiste en reconocer honestamente que somos vanidosos y presumidos. Si permitimos que la luz de Dios nos lo muestre, sólo podremos decir: “¿Cómo pude llegar a ser vanidoso? Mis pecados son tan horribles.

Aunque, si en realidad fuese especialmente atractivo o talentoso, ¿qué valor tendría esto a los ojos de Dios, quien sabe lo que realmente hay en mi corazón? Debo avergonzarme por estar tan lejos de Dios, por cuanto me he complacido con mi pobre y horrible ser”.

Tenemos que pedirle a Dios “colirio para ungir nuestros ojos” (Apocalipsis 3:18). ¿Qué significa eso? Significa que debemos pedir a Dios y a otras personas que nos digan cómo somos realmente. Eso nos va a doler, pero, en compensación, nos ayudará a ver la verdad con respecto a nosotros mismos. También debemos pedirle al Señor: “Líbrame de oír cualquier alabanza respecto a mí mismo, y saca a la luz tanto de mi pecado como sea posible, de tal modo que lo vea claramente.”

Entonces me avergonzaré y perderé mi presunción. Sí, aún yo mismo debería decirles a otros lo que realmente soy, para sentirme humillado y para aprender a no vivir del favor de ellos, sino del perdón y la misericordia de Dios.

Otro paso para ser libres de la vanidad consiste en poner en la luz nuestros pensamientos presuntuosos, confesándolos a otra persona. Si queremos recibir la

gracia de Dios, debemos llegar a ser libres de la presunción y la vanidad, pues la gracia sólo se da a los humildes y a los pecadores contritos que no se complacen consigo mismos. Pero si continuamos admirando nuestras supuestas cualidades en el espejo y permitimos que nuestra mano izquierda vea lo que hace nuestra derecha, perdemos nuestra recompensa (Mateo 6:1).

Hubo Uno que no halló complacencia en sí mismo y Él fue el único que mereció hallarla: Jesús (Romanos 15:3). Y en Él somos justos, esto es, somos justificados de todo pecado, incluyendo la vanidad y la presunción. Esa es la razón por la cual debemos alabarlo con fe diciendo:

*“Jesús, Tú nos liberarás de este pecado. Nos transformarás a tu imagen que está libre de toda vanidad y presuntuosidad. Tú transformarás nuestros corazones de tal modo que ya no busquemos agradar a los hombres, sino solamente a Dios.”*



## PLEITOS: PELEAS, DISCORDIA

En Gálatas 5:19-21, el apóstol Pablo enumera los pecados que denomina “obras de la carne”, y nos dice con mucha firmeza: “Les advierto a ustedes, como ya antes lo he hecho, que los que así se portan no tendrán parte en el Reino de Dios”. Los pecados que allí se enumeran son: el adulterio, la fornicación, la inmundicia, las borracheras y otros, los cuales se conocen como vicios.

Pero en esta lista también aparece un pecado del cual raras veces creemos que nos impedirá heredar el Reino de Dios. Se trata de la discordia: la vida en tensión con otros y en divisiones. Sí, las Sagradas Escrituras toman este pecado tan en serio que el apóstol Pablo utiliza cuatro expresiones diferentes para describirlo, ya que nos puede excluir del Reino de Dios: hostilidad, peleas, discordias, y divisiones (NTV).

Esta es una poderosa advertencia de Dios, que generalmente pasamos por alto. Si la tomásemos en serio, la Iglesia de Dios no estaría dividida en tantas facciones ni existirían tantas discordias. No hubo deseo más intenso en el corazón de Jesús que la unidad entre sus seguidores. Ese fue su último pedido. El hecho de que casi nadie pone atención a esta plegaria indica que Jesús no es el Señor de Su

Iglesia. No creemos que sus mandamientos sean obligatorios para nosotros. Eso demuestra que Su Iglesia y nosotros, como miembros de ella, a menudo vivimos separados de Él; llevamos una vida de pecado, discordias, enemistad, etc..

Como Cuerpo de Cristo estamos desfigurando a la Cabeza, Jesucristo, desacreditándolo a Él y Su enseñanza de amor. De ese modo, nos hacemos culpables por las incontables personas que, por ese motivo, se ofenden con el cristianismo. Pero al mismo tiempo, sin que estemos enterados, llegamos a estar separados de Jesús, la Cabeza, y vivimos bajo el dominio de aquel que incita toda enemistad, odio, peleas y discordias. Destruimos el Reino de Dios, ese Reino que está edificado sobre la unidad del amor, pero es desgarrado por la lucha y la desunión.

No hay palabras suficientes para expresar las consecuencias que las peleas y las enemistades producen en las familias, en las iglesias y otros grupos dentro de la Iglesia de Cristo. Las Sagradas Escrituras dicen que todo en nuestra vida está escrito en un libro de memoria (Malaquías 3:16), de modo que nuestra deuda, respecto a estos pecados, debe ser grande. Porque, ¿qué hemos hecho para evitar tales disputas y divisiones? Nos corresponde a nosotros, como discípulos de Jesús, ser portadores de paz. Pero en vez de ello, a menudo avivamos la llama de la enemistad. Un día Dios nos preguntará si ayudamos a alcanzar la paz, por medio de palabras bondadosas y amables, en las familias, en las actividades y comunidades cristianas o si hemos

contribuido a las contiendas, o si aún fuimos los que iniciamos las discordias.

La tendencia a avivar las llamas, cada vez que hay un poco de tensión, está profundamente arraigada en nuestros corazones. Y una pequeña chispa, de un comentario negativo que podamos introducir en una conversación, puede causar una ardiente hoguera, produciendo divisiones en iglesias, comunidades, o familias. Un día, cuando estemos ante el Tribunal de Dios, el juicio por todas esas cosas terribles, que las peleas y divisiones hayan causado al Reino de Dios, caerán sobre nosotros.

Las Sagradas Escrituras hacen mucho énfasis en este pecado, mencionándolo cuatro veces en el mismo versículo y advirtiéndonos que tal pecado puede excluirnos del Reino de Dios. Por tanto, debemos tomar este pecado en forma seria y no tolerarlo más en nuestras vidas. Pero solamente conseguiremos luchar contra él con firmeza, si primero lo llamamos por su nombre, tal como lo llaman las Sagradas Escrituras. No debemos minimizar su gravedad, razonando defender la verdad, ni diciendo que son “problemas inevitables en la familia”, etc. Debemos desechar tales excusas. Habitualmente no es sincero nuestro deseo de mantener la verdad y la razón, aún en el sentido teológico. Podríamos aplicarnos las palabras que el apóstol Pablo escribió a los Corintios con respecto a sus “piadosas divisiones” (“Yo soy de Pablo: y yo de Apolos...”): “Mientras haya entre ustedes envidias y discordias, es que todavía son

débiles y actúan con criterios puramente humanos (1 Corintios 3:3 DHH).

Las peleas y las divisiones están relacionadas con nuestra “carne”. La raíz de estos pecados son el orgullo, la envidia, los celos y otras faltas. Los soberbios piensan que sólo sus opiniones son correctas. No consiguen ver lo bueno en los demás, como hacen los humildes, ni apreciar sus puntos de vista. Esa es la razón por la cual hay tanto desacuerdo, lucha y disputas, y aún falta de reconciliación en familias y grupos.

Las Escrituras no están interesadas en si tenemos la razón o no, cuando surge un problema en nuestra familia o iglesia. Más bien afirman claramente que cada vez que reñimos con otros, estamos entre los que no heredarán el Reino de Dios; si no extendemos la mano a nuestros oponentes y, por lo malo que nos han hecho, les devolvemos un amor perdonador y paciente (Mateo 5:23 y siguientes). En este aspecto, Dios es inexorable en sus demandas y tiene derecho de serlo. Porque cuando nosotros éramos sus enemigos, Él nos perdonó todo en Jesús. Nosotros le causamos continuamente dolor con nuestros pecados, mucho más del que cualquier persona podría causarnos a nosotros, y Él continúa soportándonos. Él nos ama y en respuesta a la tristeza que le causamos, nos da Su amor y nos otorga generosamente sus buenas dádivas.

Por eso, no hay nada que provoque más la ira de Dios contra nosotros, que cuando peleamos contra otros, en vez de ser bondadosos con ellos y cubrir sus errores como Él cubrió los nuestros. Si no lo hacemos, Dios nos excluirá de Su Reino, aunque habíamos participado de éste por medio del perdón de Jesús. Entonces iremos al reino donde morarán todos los que vivieron odiando, envidiando, mintiendo y peleando. Por tanto, abramos nuestros ojos y veamos la clase de obras que estamos sembrando por medio de nuestras riñas.

Tenemos que renunciar a la tendencia a pelear o disputar, ya sea que se trate de herencias, matrimonio o derechos legales, o en lo relacionado con enseñanzas y doctrinas espirituales. ¿Qué podría ayudarnos más en esto que mirar de nuevo la imagen de Jesús? Él es el Príncipe de Paz, el Pacificador, quien “cuando lo insultaban, no contestaba con insultos; cuando lo hacían sufrir, no amenazaba, sino que se encomendaba a Dios, que juzga con rectitud.” (1 Pedro 2:23. DHH). Él reaccionó como un Cordero, amontonando así brasas de amor sobre las cabezas de quienes lo torturaron hasta la muerte. Él quiere invitarnos a seguirlo por Su camino. Si lo seguimos, pertenecemos a Él, aquí y en la eternidad. Entonces Satanás no tendrá derecho sobre nosotros.

Que las palabras de la Biblia nos guíen: “No te dejes vencer por el mal. Al contrario, vence con el bien el mal” (Romanos 12:21). Demos el primer paso, vamos a nuestro hermano y nos reconciliemos con

él, cuando se trata de una cuestión personal, o estrechemos con amor la mano de un hermano que esté en un campo cristiano diferente pero bajo la misma Cruz de Cristo, respetando sus opiniones, llamado y dirección, aunque sean diferentes a los nuestros. Si no actuamos así, perderemos el Reino de Dios, a pesar de todos los esfuerzos que hagamos a favor de él. Porque los que pelean y exigen sus derechos, nunca heredarán el Reino de Dios.

Por tanto, roguemos a Jesús: “Hazme ver mi pecado secreto de querer tener la razón, discusiones y discordias”. Él nos responderá y nos permitirá ver nuestro propio pecado. Entonces ya no seremos capaces de usar la espada con otras personas, sino contra nosotros mismos. Jesús vino como el Amor eterno y en la Cruz ganó la victoria sobre el odio y las peleas. Él también vencerá en nosotros, si queremos ser libres de este pecado. Esta victoria es válida para nosotros que tenemos la tendencia a crear discordias; es válida para todo aquel que la reclame con fe.



**REBELDÍA**

La rebeldía es el pecado que cometieron los seguidores de Coré (Números 16), los que murmuraron y protestaron contra sus dirigentes y contra los que tenían privilegios y bendiciones especiales que ellos no poseían. Este espíritu rebelde puede hallarse particularmente entre los piadosos. Dios castigó a los hijos de Coré de la manera más severa posible, tuvieron que pagar con la muerte su rebeldía. El espíritu rebelde contiene el veneno del diablo, porque Satanás es el jefe de los rebeldes. Por el hecho de que Satanás no tenía la misma posición de Dios, se rebeló contra Él. Podemos constatar que el espíritu de rebelión se origina en la envidia y el orgullo. Satanás hace todo esfuerzo para llevar su veneno a los corazones de los cristianos y atraparlos en sus manos. Es una fuerza destructiva; así como el amor humilde que es servicial es una fuerza constructiva. El amor construye el reino del amor, el espíritu de rebeldía construye el infierno. Todo espíritu rebelde de crítica contra las disposiciones tomadas por nuestros superiores, agrega ladrillos al edificio del reino del infierno.

Pero, el peligro respecto a la rebeldía es que muchas veces está disfrazada y, por esta razón, muchos son contagiados por ella. La rebeldía es muy contagiosa. Hoy en día podemos ver esto en gran escala. Surge con argumentos engañosos e ideas de reforma que,

aparentemente, procuran mejorar las condiciones de los pobres y pretenden brindar una vida más humana a los oprimidos, más libertad y otras ventajas. Se cree que estas buenas intenciones justificarían el uso de la violencia contra el orden establecido y la eliminación de toda clase de autoridades, y entonces, la abolición de todas las leyes y de los mandamientos de Dios. Esto conduce a una violencia y un caos de grandes proporciones, y comienza en la pequeña esfera de nuestra vida, disfrazada con un camuflaje satánico, más o menos así: “¿Tendrá Dios ese propósito realmente? ¿Será que Dios quiere que yo esté sometido a otros, que obedezca a los otros con sus reglas? Fui creado con autodeterminación y no necesito sujetarme a nadie”.

Normalmente intentamos hacer que estas reacciones parezcan inocentes y no nos damos cuenta de que “la rebelión es tan pecaminosa como la hechicería” (ver 1 Samuel 15:23 NTV). Satanás, el rebelde, introduce su veneno en nuestra mente. Él sabe que esto traerá sobre nosotros la sentencia de muerte, así como la trajo sobre el grupo de Coré; esto es, caeremos en las manos del príncipe del infierno y sufriremos “la muerte segunda” (Ap.20:14-15; 21:8), una muerte terrible y sin fin. Pero aún aquí, en esta vida presente, tal juicio caerá sobre los rebeldes. Podemos ver esto en nuestros tiempos. Los que se rebelan tienen su alma muerta; sus vidas son vacías y sin sentido. La consecuencia de esto es un creciente número de suicidios, porque los rebeldes están condenados a muerte.

Si no queremos ser esclavos de Satanás, debemos adoptar una posición clara contra todo espíritu de rebelión que exista en nosotros. El primer paso consiste en rendir completamente nuestras opiniones personales a Dios. Tenemos que hacer todo el esfuerzo posible para amoldarnos al orden establecido, en el cual Dios nos ha puesto, y estar dispuestos a reconocer las autoridades, así como sus determinaciones. Como señal de nuestra buena voluntad, debemos acercarnos a nuestros superiores, sin importar quiénes sean, aun los que sean difíciles de soportar (1 Pedro 2:18), con respeto y obediencia. Y si vemos algo que necesita ser cambiado, debemos pedirles con humildad que permitan el cambio, y al mismo tiempo, presentar este asunto a Dios, el cual puede cambiar los corazones de las personas.

Sin embargo, si no queremos llegar a estar en las garras de Satanás, el jefe de los rebeldes, es importante que invoquemos el nombre de Jesús tan pronto como surja algún pensamiento rebelde en nosotros. Jesús, el Hijo de Dios, se sometió humildemente a otras personas, tal como lo hizo con sus padres en Nazaret, "...vivió obedeciéndoles en todo" (Lucas 2:51). Aún en las horas más oscuras cuando todo parecía no tener sentido, Él no se rebeló contra la dirección incomprensible de Dios, sino que confió en el Padre. Por medio de Su obediencia, nos redimió también del pecado de rebeldía. Debemos decir esto siempre y orar:

*¡Alabo el Nombre de Jesús que tiene el poder  
De hacer caer y derrotar las fuerzas de Satán!*

En el Nombre de Jesús hay gran poder. Ante Él, el infierno tiembla y todos sus ataques tienen que cesar, porque el Nombre de Jesús es victorioso. En Él hay victoria contra todo poder del pecado. Por tanto, podemos confiar en la promesa de Dios: “Todo el que invoque el nombre del Señor será salvo” (Romanos 10:13 NTV).

Si con toda determinación entramos en la batalla de fe contra el espíritu de rebeldía, entonces Jesús, quien pagó con su muerte nuestra rebelión satánica, nos hará libres.



## RIDICULIZAR: LA BURLA

Siempre estamos dispuestos a usar la burla y el ridículo como algo divertido e inofensivo. Sin embargo, debemos reconocer que el ridiculizar a los demás es pecado, aunque, a diferencia de otros, muchas veces pueda tener una apariencia aceptable. En fiestas y otras reuniones el ridiculizar a otros crea una atmósfera de “humor”; no nos cuesta nada, hace que la gente se divierta y nos ayuda a ganar amigos.

Pero el espíritu de burla (que no debe confundirse con el don divino del humor) procede del diablo. Esto lo vemos al recordar cuando Jesús fue coronado con una corona de espinas. En este caso el infierno estaba suelto; enfurecido contra su Creador. La burla, que a menudo hiere tan profundamente, brota del infierno. Y lo que proceda del infierno y lo sembramos, nos hará cosechar el castigo del infierno. De modo que si tenemos la tendencia a ridiculizar a otros, es importante comprender claramente que es un grave pecado que nos traerá juicio. La segunda epístola de Pedro (3:3) enumera a los “burladores” como hombres anticristianos que aparecerán en los últimos tiempos.

En los Salmos siempre se los nombra juntos a los malvados y los burlones, como dice el primer Salmo: “Feliz el hombre que no sigue el consejo de

los malvados...ni hace causa común con los que se burlan de Dios” (1:1). En Proverbios 21:24 está escrito: “Burlón es el nombre del orgulloso y arrogante” (PDT). La burla y el ridículo tienen una raíz: el orgullo.

Las maldiciones, los insultos y la burla que salen de la boca de los soberbios son como veneno del infierno; de la misma forma que la bendición y el amor humilde de los unos para con los otros es lo que hace que el cielo sea cielo. Y el que quiera entrar en la gloria celestial debe librarse del veneno de ridiculizar a otros, cueste lo que cueste.

De modo que para ver más claramente este pecado y su causa y luchar contra él, tenemos que comprender cuán perverso es nuestro orgullo cuando pone en práctica este pecado. ¿Por qué ridiculizaron a Jesús los adherentes de los fariseos? Porque se rebelaron contra la idea de tener al Hijo de Dios como su Señor. Como no tenían verdadero poder para luchar contra Él se valieron de la burla y la injuria. Como realmente no poseían armas para atacar al Santo de Dios, lo humillaron con el ridículo.

Nosotros hacemos lo mismo cuando envidiamos a ciertas personas, somos amargos con ellas o las odiamos. Las atacamos, usando tácticas viles y mezquinas de las cuales nadie puede defenderse. Amontonamos burla sobre ellas. Basta sólo un comentario malicioso, un poco de ironía, respecto a alguien, para arruinar su reputación. Y sabemos que

nuestra reputación frecuentemente vale más que nuestras vidas. De modo que tenemos que comprender que podemos casi matar a una persona por medio de la burla, el ridículo y la ironía.

Algún día descubriremos cuánto daño hemos causado. Veremos las heridas que les causamos a otros por ridiculizarlos y las cicatrices que llevaron durante toda la vida. El ridículo y la burla son diabólicas y constituyen una característica de las personas inspiradas por Satanás en los tiempos finales. Si persistimos en ridiculizar a otros, caeremos en las manos de Satanás y el juicio se ensañará con nosotros en el otro mundo.

Por eso, a toda costa tenemos que ser libres del pecado de la burla. ¿Pero cómo? La primera cosa importante que tenemos que hacer es permitir que la luz de Dios nos muestre que estas tácticas bajas que provienen del infierno, aunque el enemigo hace que este pecado parezca inofensivo. Además de esto, nos ayudará mucho el hecho de meditar en Jesús, coronado de espinas. Luego, en vez de la burla, nos llenaremos de vergüenza por lo que le hemos hecho al Rey de reyes a través del ridículo. El que continúe viviendo en este pecado, sin odiarlo, ni pelear contra él la batalla de la fe, se une a las filas de los que se oponen a Jesús.

En cada caso particular debemos pedirle al Espíritu de verdad que nos ayude a ver por qué reaccionamos tan rápidamente con comentarios irónicos hacia

ciertas personas. Así podremos ver la raíz del mal en nuestro corazón: tal vez la envidia, los celos o el rencor. La ironía es a menudo arma de venganza que utilizamos maliciosamente, por cuanto somos cobardes para decir algo en frente de la otra persona, o para conversar abiertamente con ella.

Pero la Escritura dice: “Arrepiéntete”, de la envidia, del rencor o de cualquier otra raíz que este pecado pueda tener. Y la tristeza santa que le pidamos al Señor por este pecado nos conducirá a los brazos de Jesús. Él nos rescatará de este pecado que nos ata a Satanás, porque Jesús vino “para deshacer las obras del diablo” (1 Juan 3:8), y a establecer el reino de amor en el cual nadie ridiculizará ni se burlará de nadie. Ahí está Jesús ante nosotros como el Señor coronado de espinas, como el Cordero de Dios. Un cordero no ridiculiza a nadie, sino que es ridiculizado. Fuimos redimidos para llevar la imagen del Cordero. Como seguidores de Jesús, debemos estar dispuestos para ser sometidos al ridículo, a la burla y a la deshonra por amor a Su Nombre; porque “ningún criado es más que su amo” (Juan 13:16). Así perderemos el deseo de ridiculizar a los demás y, en vez de ello, aprenderemos a bendecir a nuestros enemigos.

Detrás de este pecado está Satanás y él está dispuesto a luchar. ¿Estamos nosotros también dispuestos? Si es así, Jesús estará a nuestro lado y Él siempre sale Vencedor.

## SUSCEPTIBILIDAD: FACILIDAD PARA OFENDERSE

Cuando nuestros cuerpos están enfermos son especialmente sensibles al frío, a las corrientes de aire y a otros factores ambientales. Si nuestro “ego” está enfermo, nuestra alma también es sensible. La susceptibilidad es el deseo del ego de llamar la atención. Esperamos que nuestro ego sea consentido y mimado como un cuerpo enfermo. Si no ocurre eso, si no recibimos amor, atención, respeto, si se nos pasa por alto o alguien se olvida de nosotros, si somos criticados, reaccionamos como una persona que está físicamente enferma y ponemos una cara de sufrimiento. Nos sentimos heridos, lloramos y nos rebelamos contra nuestro prójimo y los criticamos. Nos imaginamos que los demás no se preocupan por nosotros, que no estamos recibiendo lo que merecemos, y que la gente es injusta con nosotros. Cada vez que dicen algo, pensamos que tratan de dañar nuestra reputación. Somos infelices, pero al mismo tiempo atormentamos y tiranizamos a quienes nos rodean por medio de la susceptibilidad y el egoísmo. Esa es la razón por la cual esa no es sólo “una predisposición difícil no afortunada”, sino un pecado que origina muchos males, que nos hacen amontonar culpa sobre culpa por causa de nuestra conducta hacia nuestros semejantes. No importa cuál sea el

costo, tenemos que ser libres de este pecado y comenzar a librar una campaña contra él.

Por lo general, ¿qué es lo que hacen las personas susceptibles? En vez de declarar la guerra contra este pecado, “ponen a su ego en cama”, esperando que alguien acuda a consolarlo y mimarlo. Aún si esto ocurre, la situación no mejora; porque la susceptibilidad es una dolencia imaginaria. Los pacientes que padecen enfermedades imaginarias, mientras más mimados sean, peor se ponen. Sólo reciben ayuda si las personas dejan de afligirse con ellos y los confrontan con la dura realidad de la vida. Lo mismo es cierto respecto a las almas sensibles que sufren de egoísmo. Deben estar dispuestas a someterse a un tratamiento rudo.

Ante todo, tenemos que aceptar el diagnóstico sin formular excusas. No son los demás los que nos hieren todo el tiempo, sino nosotros mismos, con nuestras demandas egoístas de amor y respeto, que somos la causa de nuestras propias dificultades. Nosotros somos los culpables cuando aparecen las tensiones. Éstas sólo pueden resolverse si nos arrepentimos de nuestro pecado de egoísmo, que es un pecado contra el amor. Jesús nos redimió para que no vivamos para nosotros mismos, ni para nuestro ego, sino para Aquel que murió por nosotros (2 Corintios 5:15), y también para nuestros semejantes. Los egoístas se sienten fácilmente heridos. Destruyen la armonía y quitan la credibilidad en la redención de Jesús, y hacen que otros que recién

comienzan a seguir a Jesús, tropiecen. Así que, sin darnos cuenta, por nuestro egoísmo podemos ser la causa de que otros dejen de creer en Jesús, y de esa forma quedarían expuestos a mayores peligros. ¡Cuán terrible será si en el día del juicio las acusaciones de ellos caen sobre nosotros!

Debemos hacer todo esfuerzo posible para liberarnos del egoísmo. La Palabra de Dios demuestra que somos esclavos de nuestro ego. Nuestra mente y emociones giran en torno a nuestro yo, en vez de centrarse en Jesús y eso a pesar de que fuimos llamados a tenerlo como Centro de nuestras vidas. Pero si lo más importante en este mundo es satisfacer nuestro ego con atenciones, amor, respeto y otras cosas, nunca entraremos en el reino de Jesús en el Cielo. Allí todo se centra en Él, libre de toda atadura egoísta. Nuestra susceptibilidad debe ser y será vencida, porque Jesús vino a liberarnos de nuestros pecados.

¿De qué modo? No prestando atención a sí mismo, no haciendo demandas de amor, atención ni respeto. Esto debemos hacerlo de modo práctico. En un tiempo de quietud, nos entregamos a Jesús –a lo mejor por escrito– con fe en su redención. Diciéndole al Señor:

*De hoy en adelante ya no quiero recibir atención, no quiero tratar de que me amen, me respeten y me comprendan. Quiero aceptar la crítica y el reproche. Quiero que mi ego y sus*

*demandas se mueran de hambre de tal modo que pueda tener en mí corazón lugar para Ti, Jesús, y para tu amor, que no busca satisfacerse a sí mismo.*

*Que las exigencias de mi ego mueran y busque satisfacer las de los demás. Permíteme seguir tu camino y dar fruto para Ti. Creo en tus palabras: "El que quiera salvar su vida, la perderá; pero el que pierda la vida por causa mía, la encontrará" (Mateo 16:25).*

*Realmente quiero ser liberado pronto de este pecado. Por eso me esforzaré en fe para ser capaz de decir: "Te doy gracias, oh Dios, por todo trato áspero que reciba. Tú me has dado lo que te pedí. Al disciplinar mi ego, quieres ayudarme a ser libre de mi susceptibilidad. Con acción de gracias recibo el hecho de que Tú me redimes de este pecado con esa redención que ganaste para mí. En espíritu, veo al nuevo hombre libre y gozoso, y ya no afectado más por la facilidad para ofenderse.*

Pero, por el hecho de que el camino es frecuentemente largo, no debemos cansarnos ni desanimarnos si caemos vez tras vez. Tenemos que perseverar hasta el final, con fe en que la redención de Jesús nos ha libertado. Experimentaremos lo que hemos creído. ¿Existe algo imposible para Dios? La Sangre de Jesucristo nos purifica de todo pecado, no importa cuán fuerte y persistente sea. Jesús es mayor que cualquier cosa, mayor aún que el terrible poder de

nuestro ego. No obstante, tenemos que perseverar con fe y frecuentemente pasar mucho tiempo, invocando el victorioso nombre de JESÚS y alabando el poder de ese Nombre sobre nuestro pecado. Si Jesús se llama a Sí mismo el Redentor, no permitirá que su nombre sea avergonzado, sino que lo honrará en las circunstancias más difíciles y probará que Él puede realmente romper las cadenas del pecado. Por eso, créelo y lo experimentarás.

*No es suficiente invocar el nombre de Jesús y su victoria, si no estamos dispuestos a ponernos en las manos de Dios y permitirle que nos discipline; esto nos purificará. Sólo si hacemos las dos cosas, lograremos la meta.*



## TRABAJO EXCESIVO: EL HIPERACTIVISMO

¡El hiperactivismo! ¿No es verdad que a veces imaginamos que es algo bueno? ¿Pensamos que la energía y el trabajo están detrás de él? ¿O por lo menos que es necesario para poder realizar algo? Pero no es así. El trabajo excesivo nos separa de Jesús. Es un pecado y ejerce un efecto negativo sobre mi vida de fe.

Todo depende de si estoy unido a Jesús, o no. Él dice: *“El que permanece unido a mí, y yo unido a él, da mucho fruto; pues sin mí no pueden ustedes hacer nada”* (Jn.15:5). Solamente lo que hacemos en unión con Jesús, quien es Vida, tiene la vida divina y nunca perece. Sólo eso hallaremos como fruto en la eternidad.

Pero sabemos que Satanás se esfuerza para robarnos este fruto eterno. Él quiere evitar, a cualquier precio, que pasemos el día unidos con nuestro Señor Jesús, porque él sabe que esta unión con Cristo nos fortalece. Porque entonces estamos unidos con el Señor del cielo y de la tierra, el que tiene poder sobre todo nombre que se nombra. Es entonces cuando su poder es nuestro y trae bendición para nuestro trabajo. Por otra parte, si nosotros, pobres pecadores, estamos separados de Jesús, sólo podemos realizar cosas sin valor,

que se irán como tamo que arrebatara el viento, sin importar cuán buenas puedan parecer al principio.

Esa es la razón por la cual Satanás utiliza todas las artimañas posibles para hacer que el trabajo nos cautive completamente y nos separe de Jesús. El trabajo nos puede encadenar, porque nos interesa demasiado, porque satisface los deseos humanos y porque en él hallamos satisfacción. El trabajo puede alimentar nuestra ambición. Queremos lograr muchas cosas y obtener éxito y reconocimiento. Algunos simplemente aman el trabajo.

Les gusta poder hacer mucho. O el trabajo puede ser un escape, un modo de acallar nuestras conciencias, por cuanto no manejamos nuestras vidas correctamente. En estas situaciones, nuestros tiempos de oración se nos hacen insostenibles. Algunas personas que tienen demasiadas actividades caen en la prisa alocada. Están “asfixiadas” y tensas y por lo tanto no consiguen orar mientras trabajan.

De modo que Satanás nos llega de varias direcciones y trata de llevarnos al trabajo excesivo, a una vida sin Jesús, pues Satanás es el espíritu malicioso de la agitación. Jesús, en cambio, es el Príncipe de paz. El que hace su trabajo junto a Él está en paz y no tiene agitación. Es entonces cuando nuestro trabajo no es una loca premura.

Entonces no estamos esclavizados al trabajo ni manejados por él, sino que trabajamos conjuntamente con Dios, sacando la fortaleza que necesitamos de

nuestros tiempos de silencio y oración. Entonces el trabajo está lleno de vida divina, de celo y de gozo.

Aunque no queramos estar separados de Jesús y ser infelices, hay cadenas que nos atan en forma negativa a nuestro trabajo. Vez tras vez tenemos que lamentar el hecho de perder nuestra comunión con Jesús durante el transcurso del día. En realidad, cuando permanecemos absortos en nuestras diversas tareas, tendemos a olvidarnos de Él durante horas. ¡Pero este activismo no puede ser tolerado más en nuestras vidas! No es una simple agitación inofensiva, ni un simple “perderse en el trabajo”, sino un pecado que nos traerá el más severo castigo. ¿Quién ha aplicado alguna vez en serio las palabras de Jesús a su propia hiperactividad?: *“El que no permanece unido a mí, será echado fuera y se secará como las ramas que se recogen y se queman en el fuego”* (Jn.15:6).

El destino de quien está demasiado ocupado es el de ser *“echado fuera”*. Serán echados fuera de la presencia de Jesús y de su reino, porque no hicieron su trabajo para Dios, con un amor personal para con Él y para agradecerle. No sólo se quemarán sus obras, sino la misma persona que no tuvo tiempo para Dios. De modo que tenemos que ser redimidos, liberados del trabajo excesivo, no importa lo que nos cueste.

¿Pero cómo ser libres? Permaneciendo en Él, haciendo todo conjuntamente con Jesús; es una práctica. Debemos pronunciar el nombre de JESÚS vez tras vez en nuestros corazones, dirigiéndonos a Él

con amor. Mientras trabajamos, debemos decir: “Esto lo hago para TI, para TI”. Antes de ir a dormir, preguntémosnos si permanecemos con Jesús durante el día. Pidámosle al Espíritu de Dios que el día siguiente nos lleve a pensar en Jesús. En la oración de la mañana, antes de ir al trabajo, pongamos nuevamente esta petición ante Él. Y si estamos sufriendo especialmente bajo el pecado del hiperactivismo, debemos pedirle que nos lo haga recordar para hacer una oración cada hora durante este tiempo.

No dejemos de rogarle al Señor que nos ayude a “permanecer en Cristo”, aunque experimentemos muchas derrotas. Cada vez que perdamos el contacto interior con Él en el trabajo, debemos establecer de nuevo la conexión, aunque sea necesario hacerlo cien veces por día. De esto depende el fruto de nuestra labor para la eternidad. Debemos establecernos una meta definida de fe. Pidámosle a Jesús todos los días:

*Permíteme estar inmerso en TI, más y más profundamente, hasta que ya no pueda perderte. Por el poder de tu Sangre, líbrame de la esclavitud al trabajo excesivo.*

Dios contestará esta oración y experimentaremos que Jesús es el Redentor que nos libra de las cadenas que nos atan a nuestro trabajo. Entonces estaremos unidos a Él y daremos frutos eternos para su gloria.

*¡Jesús!, Tú siempre serás el primero en mi vida. Yo quiero hablar contigo y trabajar para Ti. Quiero planearlo todo contigo, y tomar mis decisiones junto a Ti. Que nada de lo que haga, sea hecho sin Ti, porque no quiero excluirte de mi vida. Úneme estrechamente a Ti, para que nada - ningún trabajo, ninguna carga, ningún otro interés, ninguna alegría - pueda separarnos durante este día. A fin de que pueda vivir, constantemente, en Tu santa Presencia; ¡porque Tú estás aquí!*



## COMODIDAD Y FLOJERA: LA PEREZA

Si tenemos la intención de disfrutar de la vida de la manera más cómoda posible, entonces estamos actuando en contra del llamado de Jesús, que nos dice que debemos perder nuestras vidas y negarnos a nosotros mismos. Jesús dice que sólo reconoce como discípulos y seguidores suyos a los que obedecen este mandamiento (ver Lc.14:26). Si somos perezosos y flojos, si nuestro anhelo de comodidad y confort nos impide llevar a cabo correctamente nuestro trabajo para Cristo, y no peleamos contra esta tendencia, se nos aplican las siguientes palabras de la Escritura: “*¡Maldito el que sea negligente para realizar el trabajo del Señor!*” (Je.48:10) NVI. ¿Comprendemos que esto significa ser maldecidos por Dios, cuyo corazón anhela bendecirnos totalmente? ¿Comprendemos cuál es el juicio que nos traerá la pereza en la eternidad?

Si no queremos sufrir esa maldición, tenemos que renunciar a toda pereza y flojera; es necesario declarar la guerra a estos pecados. Las cortantes palabras de Jesús: “*...cualquiera de ustedes que no deje todo lo que tiene, no puede ser mí discípulo*” (Lc.14:33), también se aplican a la forma en que realizamos nuestro trabajo para Él. Si no podemos renunciar a nuestras demandas de comodidad, más

tiempo libre y descanso, una mejor paga, éstas harán imposible que dispongamos del tiempo y la energía necesarios para Jesús. Si un soldado marchara cargado con muchas cosas para su comodidad, nunca podría ir a la guerra. Tampoco podemos ser soldados de Jesucristo, ni verdaderos discípulos, si hacemos esto. Aparte de esto, la pereza y la flojera abren la puerta a muchos otros pecados que, realmente, nos hacen incapaces para el servicio.

Debemos permitir que las palabras de Jesús lleguen a lo más profundo de nuestros corazones, odiar la pereza y el amor a la comodidad y por fe renunciar a todo lo que nos hace incapaces de servir a Jesús apropiadamente. Esto significa, por ejemplo, abandonar nuestro deseo de poseer comodidades especiales, el hogar más bello, la mejor decoración interior o aquel alimento del cual disfrutamos especialmente. Recordando a Jesús, a quien deseamos seguir, tenemos que arrepentirnos y seguir un nuevo camino. Por ejemplo, en caso de que permitamos que nuestra familia u otras personas nos sirvan más de lo necesario, o si eludimos el trabajo difícil y de ese modo abandonamos el camino de Jesús. Jesús nos dice *“En cambio, yo estoy entre ustedes como el que sirve”* (Lc.22:27). Esto nos muestra la verdadera gloria de Jesús. Sin embargo, *“...ningún discípulo es más que su maestro”* (Mt.10:24). La señal de que somos verdaderos discípulos de Jesús es que renunciamos a la pereza, no en forma impuesta, sino por amor a Él, este amor nos conducirá por el camino de la negación.

En este camino de servir a los demás, sin reclamar nada especial o innecesario, y sin esperar ninguna comodidad, estamos en el camino de Jesús, unidos a Él. Es por eso que, a pesar de todo el sacrificio, no es un camino difícil, porque nos une a Jesús, que es puro amor y tierno en su cuidado y al mismo tiempo el Todopoderoso Señor. ¿A quién temeremos? Él nos cuida con gran amor y cumple su promesa: “...*el que pierde su vida –es decir, el que pierde lo que piensa que necesita en la vida- por causa mía, la salvará*” (Mt.10:39). Al seguirlo recibimos todo lo necesario por medio de su bendición, amoroso cuidado y poder. Hallamos que nuestro Padre Celestial cuida de sus hijos y les proporciona bienes terrenales, sustento, vestido y abrigo, en abundancia.

Puesto que Jesús renunció a Su vida, ¿no deberíamos nosotros, también, ser capaces de renunciar a lo que hace que la vida nos sea buena?.

La Escritura dice que Él tenía el poder para entregar su vida (Jn.10:18). Realmente si somos capaces de renunciar a nuestras vidas y nuestras demandas, alcanzaremos gran poder y autoridad.

Jesús quiere conceder ese poder a los suyos. Es el poder más grande; aún más grande que el poder de hacer milagros. ¿Cómo podemos obtenerlo? ¡Por fe! Por medio de la fe, las fortalezas y barreras que hay en nuestro corazón se derrumbarán, aún la fortaleza de querer mantener nuestra propia vida con sus demandas de comodidad.

Esta batalla de fe contra la pereza es más importante ahora que nunca antes, porque nos aproximamos a

“tiempos difíciles”, cuando seremos perseguidos a causa del nombre de Cristo. Tenemos que vencer esta flojera y esta pereza en el poder de la redención de Jesús, de tal modo que estos pecados no nos lleven a caer en la tentación. No fue por casualidad que Pedro cambió de discípulo a traidor mientras se calentaba junto al fuego (Juan 18:18; 25-27).



## OTROS LIBROS DE M. BASILEA SCHLINK

Algunos de estos libros los puedes  
**DESCARGAR GRATIS** yendo a este LINK:  
<https://kanaanhispano.net/descargas/>

### **MI TODO PARA ÉL** 208 pp.

"Mi vida cambió completamente desde que abrí mi corazón al mensaje del primer amor a Jesús. Nunca antes había experimentado cuánta felicidad hay en amar a Jesús, y cómo esto hace que todo lo demás pierda su importancia."

### **DÉJAME ESTAR A TU LADO** 160 pp.

Una narrativa sobre la Pasión de Jesús. "Nunca he leído un libro, que de una manera tan conmovedora, nos haga entender los sufrimientos de Jesús como si estuviéramos allí."

### **EL PADRE DE TODO CONSUELO** 256 pp.

Una palabra de consuelo para cada día, de nuestro Padre celestial. A veces, en tiempos de tristeza y aflicción, no nos damos cuenta que Dios quiere revelarnos Su amor paternal.

Estas lecturas nos fortalecen y ayudan a desarrollar una relación personal de amor y confianza como para con Él.

Puedes bajar este devocional como una aplicación en tu teléfono en este LINK:

<https://play.google.com/store/apps/details?id=org.kanaan.father&hl=es>

**ENCONTRÉ LA LLAVE  
AL CORAZÓN DE DIOS** 550 pp.

Autobiografía. "Aquí encontré a Jesús, el Dios vivo, y no teorías. Aquí descubrí el corazón de Dios y los secretos sobre una relación profunda de amor con Jesús, que me hizo anhelar un amor más profundo para con Jesús y un andar más cerca de El".

**GUIADOS POR EL ESPÍRITU** 136 pp.

"Hubiera agradecido tener este libro mucho antes. Es muy equilibrado y una ayuda verdadera para todos los que se interesan en conocer más al Espíritu Santo."

**ARREPENTIMIENTO,  
UNA VIDA PLENA DE ALEGRÍA** 106 pp.

¿Es realmente verdad? Sí, miles lo han descubierto. Este libro ha ayudado a sanar matrimonios y vidas. El arrepentimiento es una llave de oro hacia una vida rebosante de alegría.

**EL TESORO ESCONDIDO  
DEL SUFRIMIENTO** 118 pp.

De las riquezas de sus experiencias personales, la Madre Basilea comparte cómo podemos descubrir el tesoro que está escondido dentro de cada prueba y sufrimiento, a la luz del amor de Dios. Esto nos ayudará a tomar las decisiones correctas, cuando nos encontramos en las encrucijadas dolorosas de la vida.

### **¿Puede la victoria sobre el pecado cambiar a una persona completamente?**

Una señora, que descubrió el secreto de esta victoria, cambió tanto que pensó que era mejor enviar una fotografía nueva para que se la colocaran en su pasaporte. Se sorprendió tanto cuando el jefe de la oficina de pasaportes le dijo que era imposible usar esa foto, pues al compararla con la antigua parecía que eran dos personas distintas. Por eso, ella tendría que hacer una nueva solicitud de pasaporte en que hubiera firmas que atestiguaran que la persona de las dos fotos era la misma.

### **¿Cómo se puede vencer el pecado?**

Al hacerle esta pregunta a M. Basilea Schlink, ella nos prescribe en este libro "la medicina espiritual" para tratar uno por uno los rasgos pecaminosos que pueden desfigurar la vida del cristiano. Ofrece ayuda para que podamos reconocer en nosotros esos rasgos pecaminosos de nuestro carácter, y nos señala el remedio.